

Sergio Kohn

CUADERNO ALERCE N° 5



Cuaderno Alerce N° 5

Sergio Kohn



Cuaderno Alerce Sergio Kohn

CRÉDITOS

© SERGIO KOHN, 2021

PRIMERA EDICIÓN: DICIEMBRE 2021

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

NINGUNA PARTE DE ESTA PUBLICACIÓN PUEDE SER REPRODUCIDA SIN LA AUTORIZACIÓN DEL AUTOR.

GRUPO DE TRABAJO CUADERNO ALERCE: HUGO BASCOU, ALFREDO BEHRMANN,

NORMAN GOJJBERG Y JAVIERA MÜLLER

INVESTIGACIÓN, ENTREVISTAS Y REDACCIÓN: SERGIO KOHN Y SUSANA GAZMURI

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: LUIS VILLALOBOS

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: DANIELA PÉREZ Y SOLEDAD MONTOYA

EXTENSIÓN CChC: JAVIERA MÜLLER, RUBÉN MIRANDA Y ANA CHAMORRO

IMPRESO EN CHILE EN MASTERPRINT S.A.

SANTIAGO, DICIEMBRE DE 2021

Índice.



PALABRAS DEL PRESIDENTE	9
I. INTRODUCCIÓN	
1. Introducción a mis cuadernos para la CChC	11
2. Soy, intelectualmente, el resultado de un piropo	13
3. Prácticas de vacaciones	14
4. Primer trabajo	16
II. INSTITUCIONES DE LA CChC EN LAS QUE PARTICIPÉ	
5. Comité de Industriales de la CChC o cómo entré a la Cámara	19
6. Comisión de Socios	21
7. Compañía de Seguros de la CChC	23
8. Fundación Social de la CChC	24
III. CONSEJOS NACIONALES DE LA CÁMARA	
9. 39° Consejo Nacional en Punta Arenas y viaje a Torres del Paine	28
10. 43° Consejo Nacional de Cartagena	29
11. 44° Consejo Nacional de Portillo	29
12. 45° Consejo Nacional de la CChC celebrado en Concepción	30
IV. DIRECTORIO DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN	
13. El directorio	33
14. La infraestructura de Chile	34
15. Recuerdos de Consejos Nacionales	37
V. AFP HABITAT S.A.	
16. Inicios	41
17. AFP Habitat	42
18. Comisión Clasificadora de Riesgo de las AFP (ccr)	45
19. Vicepresidente de AFP Habitat	47
20. Visitas a ciudades	48
21. Corporación Cultural de la CChC	54
VI. VARIOS	
22. Llegada del Winnipeg a Valparaíso	59
23. Viaje a Puerto Rico	61
24. Conflicto del canal Beagle	64
25. Viajes a Valdivia después del terremoto	65
26. Viaje a la Carretera Austral	69
27. Consejo de PBEC (Pacific Basin Economic Council) en Hong Kong	74
28. Viaje a Japón, Corea del Sur y China	78
29. Tour a Nueva Zelanda, Australia, Indonesia, Tailandia,	82
Malasia, Singapur y Tahití	
30. Paseos del Grupo Alerce	90
DESPEDIDA	97

El cuaderno N°5 representa un valioso documento escrito por nuestro miembro del Grupo Alerce, Sergio Kohn Pepay, destacado socio de la Cámara que ha dedicado largos años al gremio aportando su talento en la formación de muchas Corporaciones del área social y visión humanista en beneficio de la industria de la construcción, de los trabajadores y del país.

Este cuaderno Alerce nos relata en forma anecdótica la experiencia de Sergio desde sus inicios en los estudios hasta egresar de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile y posteriormente su vida como profesional.

En detalle nos narra sus experiencias en la Cámara desde el Comité de Industriales desde donde se interesa por la vida gremial cultivando la relación con los socios creando fuertes vínculos de amistad y camaradería que lo llevan a participar en la creación de grupos de trabajo dedicados a buscar soluciones para el mejoramiento de la institucionalidad gremial.

Personalmente mis interacciones con Sergio han sido muy variadas desde los años 80 en que me traspasó la presidencia de la Comisión de Socios y también sus actuaciones en el Comité de Industriales y en el Consejo Nacional han marcado a lo largo de los años un ejemplo de visión amplia de sensibilidad humanista del gremio.

En este cuaderno encontrarán las nuevas generaciones de socios el trabajo gremial de Sergio Kohn en Instituciones de la Cámara que han aportado una mejor vida a los trabajadores.

HUGO BASCOU LETELIER

Presidente Grupo Alerce



I. Introducción

1. INTRODUCCIÓN A MIS CUADERNOS PARA LA CChC

El 10 de octubre de 2019 cumplí noventa y cinco años. Al retirarse mi familia después de un almuerzo, en el que extrañamos a Mimi, mi querida esposa que había fallecido tres meses antes, mis pensamientos volaron.

Viví, desde lejos una sangrienta, y demencial Segunda Guerra Mundial a cuyo final aparecieron las imágenes de los campos de concentración que los alemanes erigieron en diversas localidades europeas y se supo la magnitud del Holocausto y de las matanzas de judíos e intelectuales en Rusia. Festejamos y gozamos el término de este conflicto, pero las primeras bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki nos aterraron y nos alertaron sobre el futuro incierto de la humanidad. También fui testigo de las guerras de Corea y Vietnam, y del profundo cambio de la tecnología con su imprevisto y tremendo impacto social en las formas de relacionarse entre las personas. A lo largo de mi vida, vi cómo el mundo se había transformado en “una aldea”, aunque en buen chileno, creo más bien que “el mundo es un conventillo con narcos incluidos”.

La Primera Guerra, también la viví, prácticamente de lejos, a través de las vivencias de mi padre que le correspondió participar en ella como oficial en Mozambique, colonia portuguesa, junto al ejército inglés.

En nuestro país, sufrí la aguda escasez de productos y servicios nacionales e importados. Conocí automóviles que suplían la insuficiencia de bencina con gas de carbón que era producido en unas grandes retortas instaladas en el maletero. Quienes andábamos en micro, debíamos colgarnos de ellas para llegar a la Escuela de Ingeniería. También escaseaban los libros. En mis primeros años en la Escuela de Ingeniería de la U de Chile (1942-1944) solíamos estudiar en grupos en la Biblioteca Nacional para acceder a algunos libros con problemas de álgebra, geometría o de trigonometría. Había pocos teléfonos. Nosotros teníamos uno que facilitábamos a nuestro amigo y vecino, un médico que no conseguía línea. También conocí el racionamiento eléctrico que afectó a Chile por varios años al igual que la crónica escasez de dólares.

A propósito de escasez: Mi primera regla de cálculo, en ese entonces, distintivo de los estudiantes de ingeniería, se obtuvo mediante una gestión de mi padre que mandó una carta con algunos dólares en billetes solicitando que le vendieran una. Al cabo de más de dos meses recibimos un paquetito que contenía la regla que habíamos pedido, pero para cerrar la cuenta incluyeron otra regla de cálculo de fierro nueva, que aún conservo, y mandaban una estampilla de correos de Estados Unidos, por los centavos que completaban lo enviado.

Viví la elección de varios presidentes de Chile, desde don Pedro Aguirre Cerda hasta la de don

Eduardo Frei Montalva y, en septiembre 1970, la turbulenta elección de Salvador Allende Gossens. Durante el gobierno de este último, mis hijos menores, Luis y Eduardo, terminaron sus estudios secundarios en Berkeley, Estados Unidos, donde fueron recibidos por nuestros amigos, el señor Tocher y su mujer Carol. Años antes, en 1967, ellos habían escogido a nuestro hijo Roberto para alojarlo y cuidarlo mientras duraba su «beca» de la Youth for Understanding (YFU). Nunca logré que mis preferencias presidenciales coincidieran con el candidato elegido por la mayoría. En 1973, aplaudí el derrocamiento de Allende y voté apruebo en el plebiscito de Pinochet por una nueva Constitución y SI en el Plebiscito Nacional de 1988.

He visto al mundo y a Chile cambiar positiva y aceleradamente. De la comunicación por carta y telegrama al email y WhatsApp, desde el lento teléfono con operadora, que se pagaba por minuto, al teléfono celular que permite el contacto instantáneo, con imágenes y gratis. Presencí por televisión la llegada del hombre a la luna y el nacimiento de la Internet. Vi la aceptación social de parejas del mismo sexo y la convivencia de parejas sin formalidades ni religiosas ni civiles. Y la irrupción de una generación de todo tipo de profesionales jóvenes que conquistaban el quehacer de Chile gracias a la libertad para la creación de Institutos Profesionales y Universidades en todo el territorio.

En el plano laboral: En 1948 formamos, con otros tres compañeros de curso, la empresa «INEIN Ltda.», que subsiste hasta hoy y de la que me retiré recién en 1986. Participé en el Instituto de Ingenieros y en la Cámara Chilena de la Construcción, donde hice buenos amigos chilenos, suecos y norteamericanos. Fui segundo vicepresidente de la Cámara Chilena

de la Construcción en 1970 y fui uno de sus directores por diez años. He formado parte de los directorios de varias de las empresas y corporaciones que formó nuestra Cámara, y que constituyen su llamada «Red Social». También fui secretario del directorio del Instituto de Ingenieros en 1976 y en 1981 con ocasión de mi viaje a Japón, Manuel Valdés V., a la sazón presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio (CPC), me designó su representante ante el PBEC (Pacific Basin Economic Council) -antecesor de la actual APEC (Asian Pacific Economic Cooperation)- que se realizó en Hong- Kong.

En el plano familiar: Me casé en 1949, tuve tres hijos que vivieron con nosotros hasta que ellos también se casaron. Asistimos a las tres fiestas incluso a la de mi hijo Luis, que se celebró en 1981, al sur de Tokio en Hamamatsu, Japón. Viajé por placer, a diferentes países de los cinco continentes. Visitamos a la familia de mi padre en Lisboa en tres ocasiones.

La tarde de ese almuerzo, el 10 de octubre de 2019, era un viudo longevo, entre nonagenario y centenario, que aún seguía desarrollando ciertos trabajos en la oficina de nuestras empresas. A pesar de mis años, la vida me reservaba otras sorpresas que nadie imaginaba.

La primera en Chile, ocho días después de mi cumpleaños número 95, estalló la explosión social-terrorista del viernes 18 de octubre que se prolongó varios meses, indiscutiblemente azuzada por partidos de extrema izquierda apoyados por regímenes dictatoriales latinoamericanos. Esta ha tenido, entre sus múltiples y graves efectos negativos, tuvo la quema de más de veinte estaciones del metro, el incendio y saqueo de iglesias, museos y locales comerciales. Además, impidió la celebración en nuestro país de dos eventos de

repercusiones mundiales: la celebración de la APEC (Asian Pacific Economic Cooperation) la que entre sus variadas actividades programadas contaba con una reunión de Donald Trump con el presidente de China Xi-Jinping, las dos potencias más poderosas del mundo actual y principales socios comerciales de Chile, cuyo objetivo era celebrar un pacto de cooperación, que con el paso de la oportunidad no se concretó. El segundo evento que debió ser suspendido fue la COP25, que había de ocurrir en diciembre y enero del 2020, y reuniría a ministros y Jefes de Estados de 196 países para avanzar en medidas en favor de la contención del cambio climático, fenómeno que puede, dentro del presente siglo, hacer desaparecer a la raza humana del planeta tierra. Ambos eventos habrían tenido un gran impacto positivo en la imagen de Chile en el contexto mundial y en la economía nacional, además del efecto inmediato de los cientos de delegados y miles de turistas que habrían visitado Chile.

La segunda, a nivel global, la eclosión de la pandemia del Covid-19, totalmente imprevista, salvo por Bill Gates en la conferencia TEC de 2016. La epidemia comenzó cinco meses después de la explosión social-terrorista, en marzo del 2020 y continúa hasta hoy, en octubre del 2021. Creo que esta pandemia será un punto de inflexión en la línea de relaciones interpersonales y por ende en las relaciones internacionales, las que debieran ser abordadas con un sesgo menos impositivo y más igualitario en lo relativo al poder relativo económico-militar de las grandes potencias.

En las postrimerías de mi vida no me cabe duda de que: el largo futuro es imprevisible, sólo el breve presente es cierto, mientras que el acotado pasado se conforma en la medida en que se aleja. En las páginas siguientes procuro plasmar trozos de recuerdos de mi ya larga vida que deseo puedan servir a las próximas

generaciones como antecedentes para su actuar dentro de una sociedad que nadie sabe con qué moldes se regirá... si es que se ajusta a algún patrón.

2. SOY, INTELECTUALMENTE, EL RESULTADO DE UN PIROPO

Entré al Instituto Inglés a tercera preparatoria en 1932, tenía ocho años y salí de él al terminar el sexto año de las humanidades en diciembre de 1942. Sus cinco pabellones se extendían en Macul, sobre varias hectáreas de jardines y canchas de fútbol, basquetbol y tenis. Hoy es el Campus del Instituto Pedagógico.

Sobre la puerta de entrada se leía en letras en relieve sobre el concreto, “ENTER TO LEARN, GO FORTH TO SERVE” inscripción que fue borrada con mazo y cincel al traspasarse la propiedad al Pedagógico. Quien ordenó la supresión del lema debió ser adivino. Su nuevo apodo es el “PIEDRAGÓGICO” debido a que comúnmente sus integrantes se enfrentan a pedrazos con los carabineros.

En esos años, los estudios de humanidades en el Instituto Inglés se regían por el “Plan Dalton” que consistía, básicamente, en estudiar por libros de acuerdo con pautas que abarcaban todas las materias, que eran controladas periódicamente mediante interrogaciones sobre partes de la materia. No había clases, sino muchas interrogaciones, tanto orales como escritas. En ese entonces, la educación escolar no se dividía en enseñanza básica y media, sino en seis años de preparatoria y seis de humanidades. En humanidades, me había distinguido por tener facilidad para las matemáticas y una pésima ortografía.

En el tercer y sexto año los exámenes eran tomados por una comisión fiscal. El examen de

castellano de tercer año empezó con un dictado al curso, el que fue corregido de inmediato por los profesores fiscales. Percibí al instante cuando corregían el mío por la seguidilla de marcas que hacía el examinador. Todos mis compañeros fueron interrogados verbalmente, obteniendo diferentes notas, y después salieron al patio. Fui el último en la sala y quedé sólo frente a la comisión y a mi profesor, el Sr. Altmann. Primero me dijeron que por mi ortografía tenía un uno y debía repetir el examen en marzo. Mi profesor intervino, supongo que solicitando que me dieran otra oportunidad. Empezó un larguísimo interrogatorio sobre reglas de acentuación, y de ortografía, interrumpidas por un repetido “¿Por qué no la aplicó?” Siguió un interrogatorio sobre los libros que dije haber leído y, finalmente, preguntas sobre análisis lógico que culminaron presentándome una oración para que hiciera su análisis. Parece que lo hice bien pues me dijeron que había obtenido un siete en el examen oral lo que, sumado al uno de ortografía, promediaba un cuatro con lo cual pasaba de curso.

Este examen fue tan impresionante para mí que aun puedo recordar el verso que analicé, pero no recuerdo ni sé cuál es el sujeto ni el complemento directo, ni nada. La oración, repito, sí me quedó grabada y dice:

*“Donde matan un cristiano
suelen colocar una cruz,
por eso, colgada al pecho
del cuello, la llevas tú”¹*

1 Matar figurativamente significa “Hacer grandes esfuerzos por conseguir algo” “Gustar mucho algo o a alguien.

Este verso es, indudablemente, un piro-po. De allí el título de este cuadernillo. Dudo que hubiese repetido el curso. Pareciera que este defecto, mi pésima ortografía, es parte de mi ADN o constituye un síntoma de una dolencia que nunca se me diagnosticó y me ha seguido de por vida. Antes de que se masificaran los computadores, yo elegía a mis secretarias entre las que tuvieran una ortografía a toda prueba. Nunca quise ser secretario de alguna de las muchas comisiones de las que forme parte. A pesar de mi pésima ortografía y de otros defectos, debo consignar con orgullo que nunca reprobé un examen ni repetí curso alguno, ni siquiera en los incluso en los seis años de Ingeniería Civil e Industrial en la Universidad de Chile de Chile.²

3. PRÁCTICAS DE VACACIONES

Al terminar el cuarto y quinto año de Ingeniería en la Universidad de Chile, debíamos hacer sendas “prácticas de vacaciones”. A finales del cuarto año Jorge Millán y yo le pedimos a uno de nuestros profesores, don Horacio Lira D., profesor de cálculo estructural, que nos recomendará dónde realizar la práctica. Nos envió a la que sería la futura planta de filtros de las Vizcachas. Nuestra primera tarea fue examinar si el estuco interior de innumerables tubos subterráneos de la planta no estaba “soplado”, es decir verificar que no estuviese adherido a la pared del tubo. Para esto, basta golpear el estuco con algo duro, y si suena hueco, significa que está soplado. La dificultad era que los tubos estaban a más de ocho metros bajo tierra y eran de un metro de diámetro. Para revisarlos, era necesario acostarse sobre una plataforma de madera con cuatro ruedas y cada 50 centíme-

2 Mi curso de primer año en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile era de más o menos 300 alumnos, gran parte repitentes. Pasamos a 2° año unos cien pero sólo cerca de diez fuimos no repitentes. Recuerdo algunos de sus nombres: Guillermo Feliú, Efraín Friedman Jorge Jiménez, Jorge Jorquera, Jorge Millán, Mario Sarquís, entre otros.

tros golpear todo el entorno. Para ello debíamos dar una vuelta sobre nosotros mismos. Calculo que revisé como 160 metros en los tres o cuatro días de esta faena. La dificultad era que los tubos estaban a más de ocho metros bajo tierra y eran de un metro de diámetro. Para revisarlos, era necesario acostarse sobre una plataforma de madera con cuatro ruedas y cada 50 centímetros golpear todo el entorno. Para ello debíamos dar una vuelta sobre nosotros mismos. Calculo que revisé como 160 metros en los tres o cuatro días de esta faena.

Luego se nos asignó la construcción del cimiento y sobre-cimiento de concreto de la reja exterior de Las Vizcachas. Debimos cubicar sus cimientos y el sobre-muro, que debía ser horizontal, en múltiplos de seis y tener escalones de un mínimo de 15 centímetros. Para nuestras sumas y otras operaciones aritméticas disponíamos de una calculadora manual, lo que implicaba girar su manivela manualmente un cierto número de veces, acorde con la multiplicación o división que hiciéramos. Una vez terminada la cubicación empezamos a construirlo con una cuadrilla de concreteros y excavadores, otra de carpinteros y un enfierrador. Ocho obreros en total. Grande fue nuestro contento cuando desmoldamos el primer tramo al norte pese a que el concreto no estaba del todo bien. Sólo alcanzamos a construir como un tercio de las bases de la reja cuando terminó nuestra práctica y pude gozar de mis vacaciones en Concón. Muchos años después, pasando en auto camino a Las Vertientes con Mimí y mis tres hijos, en esa época de cinco, siete y nueve años, les conté que esa reja había sido mi primer trabajo. Desde entonces cada vez que pasábamos por allí, cada uno competía por gritar primero: “la reja de papá”.

Al terminar el quinto año de ingeniería volvimos hacer la práctica en la misma obra. La reja ya estaba terminada, y esta vez don Horacio nos encargó trabajos dirigiendo cuadrillas de numerosos operarios. Se trataba de obras

adicionales, en general fuera del recinto. De paso nos dijo que la cubicación había estado mejor de lo que él esperaba, especialmente en la cantidad de fierro empleado.

Han pasado más de setenta años de estas prácticas, pero dos hechos permanecen en mi memoria:

El primero. Antes de comenzar una nueva faena, Horacio Lira nos autorizó la compra de palas y chuzos³. Fuimos a comprarlas fuera de Santiago, y cuando volvimos, había una fila de operarios esperándonos. Una vez descargadas, ante nuestro asombro, el primer operario en la fila tomo uno de los 25 o 30 chuzos y colocándose en posición de trabajo lo probó rompiendo el terreno que tenía a sus pies unas tres veces y dejó el chuzo a un lado. Esta operación la repitió con varios chuzos, los que dejaba en dos pilas separadas. Luego cogió uno de la pila que tenía menos chuzos y repitió la prueba con cada uno de ellos. Finalmente escogió uno y dijo “con este me quedo”. Mientras tanto otro operario realizaba una selección parecida con las palas y escogía una de ellas. La fila era para tener prioridad para elegir el chuzo y la pala que usarían en la faena, pues la gente que trabajaba con pala y chuzo puede reconocer las diferencias entre una herramienta y otra, y saben cuál les acomoda más, distinciones que no podría entender un neófito.

El segundo hecho me parece verlo en video. Es la escena de la conexión de la tubería de salida de la planta de filtros de agua potable de Las Vizcachas. Todo estaba preparado para realizar la unión de la nueva planta de filtros con la aducción en el socavón que se había excavado para ello. La idea era dejar al descubierto una pequeña parte superior de esta. Se trataba de una maciza tubería de grueso concreto armado que emergía por el lado sur del

3 Chuzos son trozos de fierro acerado hexagonales o redondos de 25 a 35mm. de diámetro por 1,5 a 1,7 mt. de largo que se usaban para soltar la tierra al hacer excavaciones.

camino para evacuar el agua de Las Vizcachas hacia la ciudad. El trozo que uniría la cañería con la aducción colgaba en la posición adecuada para conectarse. Sólo faltaba hacer el hueco en la maciza tubería de concreto armado. Para realizar la faena, había sido necesario vaciar la aducción, proceso que demoró dos o tres días, dejando sin agua a gran parte de Santiago, que se estaba abasteciendo del agua almacenada en los estanques de Antonio Varas. Teníamos muy pocas horas para realizar la conexión o Santiago quedaría sin suministro. Como no disponíamos de martillos neumáticos para perforar, la tarea quedó a cargo de tres macizos operarios en camiseta, premunidos de sendos combos de mango largo de 3 o 4 kilos. Los hombres subieron a sus posiciones, uno de ellos con los pies desnudos sobre la tubería, los otros dos sobre andamios de madera a ambos lados, a la misma altura. El lugar de la perforación estaba marcado con un círculo rojo y debía hacerse en el centro del triángulo que formaban los pies de los operarios. A una señal entre ellos, que no percibí, empezaron a golpear la gran tubería de concreto. Golpeaban rítmicamente con sus combos, uno después del otro, diría, en un mismo lugar, conformando una especie de danza con sus torsos, brazos y largos mazos, pero sin música, solamente con el acompasado retumbar de sus golpes contra el concreto, ampliado por la ronca vibración de la inmensa tubería. Esta ruidosa pero solemne “danza” se me hizo eterna, pues el concreto no mostraba señales de sentir los rudos golpes. Hasta que, después de una expectante y larga espera, de repente, se desprendió una pequeña laminilla de concreto de no más de un centímetro de largo. Luego la siguieron otras hasta que se resquebrajó el concreto mientras los operarios seguían su danza. Se detuvieron, sudorosos pero satisfechos, cuando la perforación alcanzó las dimensiones previstas y los fierros de la armadura del tubo quedaron listos para ser cortados. Cuatro horas más tarde la conexión estaba terminada y Santiago ya no sufría de sed. En esos pocos momentos aprendí, gracias a nuestros operarios, que con

constancia y trabajo en equipo se consigue lo propuesto y que de esta forma podemos lograr nuestros propósitos. Fue la más valiosa lección de mis prácticas de vacaciones.

Debido a estas prácticas en Las Vizcachas, Jorge Millán y yo somos de los pocos profesionales inscritos en la Caja del Seguro Obrero y todavía contamos con nuestras libretas del Seguro Obligatorio, pues para cumplir con las disposiciones de la época, debíamos inscribirnos en la caja. Recuerdo que de esta “práctica” salíamos tan cansados, desarreglados, polvorientos y desgredados, que un día de regreso a mi casa, caminando por la Av. Manuel Montt un ropavejero desde la otra vereda se me acercó y me ofreció un par de zapatos usados... Sin darle explicaciones le pedí la usual rebaja y se los compré.

4. PRIMER TRABAJO

Recién egresado de Ingeniería en la Universidad de Chile, logré entrar al Departamento de Hidráulica de Ministerio de Obras Públicas (MOP). El Ingeniero Jefe de la Sección, de apellido Jarpa (no recuerdo su nombre), me recibió y de inmediato, luego de presentarme y de asignarme un escritorio, me pidió que calculara las dimensiones que debería tener una “torre” de compensación para una posible pequeña central hidroeléctrica enclavada al pie de un cerro y que desaguaba un lago aguas arriba, con un desnivel de varias decenas de metros, y con gasto de una fracción de metros cúbicos por segundo que escurría por dos cañerías que empezaban arriba cuatro decímetros de diámetro y terminaban en uno y medio decímetros. Era un problema difícil pues la torre, que se excavaría en el cerro, debía ser de suficiente diámetro y altura, la que era determinada por los cerros cercanos para que pudiese acumular suficiente agua en el plazo en que la velocidad máxima del agua en la cañería se reduce a cero con las oscilaciones previas al estado de reposo. Se de-

bía construir para evitar el “golpe de ariete” que se produciría en el evento de que deba desconectarse de improviso la turbina. Esto implicaba que figuraba toda la energía cinética de toda el agua en la cañería.

Para resolver el problema recurrí a la biblioteca. Planteé y resolví las ecuaciones necesarias, algunas por aproximaciones sucesivas (recordemos que todavía no disponíamos de computadores). Fue una semana, o más de intenso trabajo, pero llegué a determinar la forma que debía tener la torre. Me permití comprobar el resultado y presenté mi proyecto, con un bosquejo de la torre al ingeniero Jarpa, quién guardó la carpeta diciéndome que regresara al día siguiente.

Ese día la entrevista comenzó preguntándome sobre mis aspiraciones para el futuro. Fue, en resumen, una amable conversación de una hora, que empezó a finalizar con una frase que nunca olvidaré, pues me dijo en tono paternal: “si te quedas aquí, se te van a limar las uñas Sergio”. A buen entendedor... Pasados unos minutos le di las gracias y me retiré del MOP. Nunca supe si lo que había hecho, con máximo empeño, estaba bien, regular o mal.

En 1948, INEIN Ltda., empresa formada junto a otros tres compañeros de curso, consiguió varios contratos, por la mano de obra, para instalar cañerías para agua potable en diferentes sitios. En esos años todavía no existían en Chile máquinas que pudieran realizar el trabajo. Nuestro trabajo consistía en excavar las zanjas de 40 x100 de profundidad, lo que se hacía manualmente a pala y chuzo, y en colocar las cañerías, que eran tubos de fierro fundido de diez o quince centímetros de diámetro por ocho metros de largo, en uno de cuyos extremos el tubo terminaba en una cabeza de mayor diámetro que permitía que el extremo liso del siguiente tubo se introdujera en él. La estanqueidad se lograba mediante filástica que se introducía a golpes sobre una herramienta especial y poste-

riormente unido con plomo derretido por calentamiento. Este, una vez frío, se martillaba también a mano, para impedir que el agua filtrara. Los tramos de cañería, de 150 a 300 metros, se probaban con agua a presión y se volvía a martillar las uniones en que había filtraciones. Sólo después de que el tramo era totalmente estanco se rellenaba la zanja con la misma tierra que se había escavado. Cada operario excavaba aproximadamente 10 metros lineales de zanja de 40 x 100 centímetros, por día en tierra de cultivo.

Habíamos terminado algunos contratos y nos correspondió hacerlo en un sitio mucho más amplio que los anteriores, absolutamente plano y vacío. Ya teníamos instaladas como la mitad de las cañerías y la faena estaba en pleno desarrollo, por lo que había zanjas excavadas sin y con cañerías, y estas estaban en las distintas fases de avance cuando nos tocó un fin de semana largo debido a un feriado. Al regresar a la faena el lunes o martes siguiente, como a las ocho de la mañana, nos encontramos con un panorama totalmente distinto. Parte del terreno donde estábamos haciendo la instalación, que días antes estaba vacío, ahora estaba lleno de medias aguas y algunas carpas. Camiones del ejército estaban trasladando una población callampa instalada en las cercanías del Estadio Nacional a nuestro sitio. Una estafeta uniformada nos dijo, con ronca voz de mando, que su mayor quería hablar con el jefe de la obra. Concurrí y, después de explicarme lo relatado anteriormente, me solicitó que les diera trabajo a los recién llegados. Colocamos un aviso solicitando dos puestos para excavar las zanjas y hasta la fecha no hemos recibido postulaciones.

Desde ese día en adelante la faena cambió radicalmente. Tuvimos público. Primero aparecían los niños menores que saltaban sobre las zanjas derrumbando alguna de sus paredes y dificultando la colocación de las cañerías. Después las dueñas de casa colgaban multicolores prendas y, finalmente, los varones adultos aparecían como a medio día, estirando los brazos

como para desperezarse, vestidos con pantalones y camiseta. En las tardes teníamos público participativo, especialmente en las faenas de llenado con plomo ardiente. Llovían las instrucciones surtidas. Prontamente debimos tapar con tierra las cañerías recién colocadas pues detectamos que algunas desaparecían. También tuvimos que llevar los lingotes de plomo de manera racionada, pues parecía que se habían contagiado con la misma enfermedad que los tubos de hierro fundido.

Sorteando las dificultades brevemente descritas y muchas otras, logramos terminar este contrato. Instalando su agua potable, habíamos asistido y participado en el nacimiento de la célebre Población La Legua.

Seguimos con otros contratos menores, hasta llegar a instalar a cuatro o más metros bajo tierra una matriz de agua potable, que consistía en una cañería de acero de 80 centímetros de diámetro envuelta en tela impregnada con alquitrán. Fue mi despedida de trabajos del Departamento de Obras Sanitarias del MOP. Después de esto, me contrató mi tío político, Eduardo Humeres Castro, para dirigir la construcción de la primera parte de la Población Isabel Riquelme en Rancagua.

II. Instituciones de la CChC en las que participé

5. COMITÉ DE INDUSTRIALES DE LA CChC O CÓMO ENTRÉ A LA CÁMARA

En 1965 era socio ejecutivo de la firma Ingeniería e Industrias INEIN Ltda., dedicada principalmente a la fabricación de postes de concreto armado para las líneas eléctricas y de alumbrado. Como tal, manteníamos contacto con Jaime Gibson quien nos proveía de acero en barras “reviradas”, las que tenían mayor resistencia a la tracción que el acero normal suministrado por CAP (años después CAP produjo barras de acero estructural que los reemplazaron).

Con ánimo de expandir el campo de INEIN, importamos de Estados Unidos una máquina para fabricar bloques huecos de hormigón. Estábamos en pleno proceso de introducción en el mercado de este producto cuando se produjo un terremoto que destruyó los muros de una construcción en San Felipe que eran de ladrillos sílico-calcáreo. La prensa se refería a ellos como muros de bloques que no resistían a los terremotos. Ello evidentemente, afectaba negativamente la solvencia resistente de los bloques de concreto.

Me puse en contacto con Jaime solicitándole que en la revista de la Cámara se publicase un artículo que estableciera las diferencias entre los ladrillos sílico-calcáreos y los bloques huecos de hormigón. Amablemente me respondió invitándome a que participara en la CChC, haciéndome ver que era mejor actuar desde dentro y no a través de terceras personas. Aceptamos y

esta es, en breve, la historia del comienzo de la participación de una firma industrial, “INEIN”, en la CChC. Ella continúa operando hasta ahora bajo el nombre de “Hormisur”, representada por Fernando Jabalquinto.

Jaime me invitó de inmediato a participar en el Comité de Industriales que sesionaba almorzando en el Club de la Unión. Participaban los dueños o los gerentes de las empresas entre otros: Sergio Délano, Juan de la Cerda, Jaime Gibson, el “Almirante” Grau, Víctor Zilleruelo, y el Sr. Ricardo Kitzing. Pronto me sentí parte de un grupo de amigos con los cuales compartíamos ideas, entre ellas que la construcción era uno de los pilares del desarrollo de Chile. Los almuerzos eran pagados por nuestras respectivas empresas y esto continúa hasta la fecha. Pero acordamos fijar un costo promedio y que, aunque alguien faltara, pagarían todos los que pertenecían al grupo, alrededor de quince personas. En ciertas ocasiones nos correspondía deleitarnos con ostras y a veces, en época de vacaciones, hasta probábamos una media langosta. Dada mi afición al arte culinario fui designado para elegir el menú del grupo, cargo que ejercí por varios años.

Los asuntos que preocupaban al Comité de industriales en 1965 eran el estado de la economía nacional, la construcción de viviendas, la realización de obras públicas y el plazo de pago real de los contratistas. Para abordarlos dependíamos de nuestros propios datos, pues no existía un Departamento de Estudios.



Imagen general de los asistentes al 63° Consejo Nacional. Se ve a Jaime Reyes, Sergio Kohn, Manuel Valcárcel y Jorge Bronfman.

Para el Comité resultaban muy importante conocer los números de las ventas de cemento Melón y Polpaico y sus respectivos plazos de pago, además de otras informaciones de menor trascendencia que nos permitía formarnos una idea del estado de la economía nacional. Podríamos decir que las inquietudes del Comité eran las mismas que las actuales, salvo que en esa época figuraba de manera especial la cantidad de dólares disponibles para el pago de las acreencias fiscales y de las importaciones esenciales. En el día de hoy sólo nos importa el precio de la divisa. Antes este era fijado por la entidad correspondiente y existían diversos tipos de cambio según su origen y/o destino. Las importaciones eran reguladas por varios entes estatales. Sólo los diplomáticos y las personas que hubieran estado un tiempo fuera de Chile

en misiones especiales podían importar vehículos u otros objetos de lujo, como alfombras.

Hablando de comercio exterior recuerdo que en una visita al mercado en Buenos Aires me di cuenta de que los tomates valían varias veces más que en Chile. En consecuencia, cuando volví a Chile hice las diligencias para enviar un carro de ferrocarril lleno con cajas de tomates a un conocido en Buenos Aires para que él los comercializara. Pero, oportunamente, descubrí que una vez que el carro estuviese materialmente cargado en la Estación de Los Andes en Chile, se requerirían tal sucesión de inspecciones y permisos que el cargamento estaría varado más de un mes bajo el sol abrazador de esa ciudad. En ese lapso los tomates se habrían convertidos en líquido con olor a chicha descompuesta. Debí abortar el proyecto. Creo que las trabas

injustificadas al comercio exterior perduraron, como secuela del nuestro largo periodo colonial, hasta el gobierno militar, alrededor de 1980.

El Comité debía entregar a cada nuevo presidente de Chile un compendio indicando las Obras Públicas y Habitacionales que la CChC consideraba debían realizarse en el periodo, junto a un plan para su financiamiento. Participábamos activa y personalmente en su elaboración, pues la CChC no disponía de un Departamento de Estudios. Nuestro Gerente General era el encargado de la redacción final de un texto que tenía unas cien páginas y siempre se agotaba. Nuestra biblioteca debiera conservar copias de ellos.

En un Consejo Nacional realizado en el hotel Crillón 1967 o 68, fui elegido para representar al Comité en el Directorio de la Cámara. Fue la primera vez que el Comité de Industriales tenía un personero en el Directorio de la CChC. Al cabo de diez años en el Directorio de la CChC y de participación activa en los trabajos del Comité, renuncié al Directorio, pero he seguido manteniendo mi asistencia al Comité, salvo durante ciertos periodos en que mis obligaciones con AFP Hábitat SA me lo impidieron, y aunque en 1986 me retiré de INEIN, he permanecido en el Comité, como representante de la Sociedad Constructora Hogar Propio Ltda., que actualmente ejerce como inmobiliaria.

6. COMISIÓN DE SOCIOS

Ingresé a la Comisión de socios de la CChC a instancias de Jaime Gibson, que en ese entonces era su presidente. Su secretaria era la Sra. Olga Calderón, quien periódicamente nos presentaba la lista de solicitudes de nuevos adherentes, de los socios que renunciaban y de los que solicitaban rebaja de cuotas. También pasábamos revista a las empresas que tenían menos de las 25 cuotas básicas. Las sesiones, que se realizaban a la hora de almuerzo, tenían una primera parte dedicada a informarnos de

los avatares de la situación nacional y de lo que se comentaba en diversos círculos. Luego pasábamos a estudiar caso a caso los antecedentes entregados por Olguita. Al presidente de la Comisión de Socios le correspondía entregar un resumen de estos informes al Directorio de la CChC junto con la propuesta de esta, la que generalmente era aceptada por la Cámara.

Me di cuenta de que formar parte de la comisión era un cargo de alta responsabilidad. Cada miembro aportaba con su conocimiento particular de la situación de cada empresa y de sus dirigentes, lo que permitía formarse una visión del estado financiero y organizacional de la empresa. Esta suma de información haría el festín de lo que hoy llamamos “hackers”, pero hasta donde yo sé, nunca se produjeron filtraciones. Al cabo de varios años Jaime Gibson renunció como presidente de la comisión y propuso mi nombre para reemplazarlo. Una vez que el directorio de la CChC aceptó mi designación, asumí como presidente de este organismo.

En la comisión se comentaba desde hacía tiempo la conveniencia de una instancia en que se informara acerca de los avances técnicos en la construcción. Hasta entonces, el escollo para llevar adelante esta propuesta había sido la falta de un lugar para realizar las conferencias. La Cámara tenía sus oficinas en dos pisos de un edificio en calle Huérfanos, entre Ahumada y Bandera, en cuyas salas no cabían más de diez a quince personas. Sin embargo, disponíamos de los recursos suficientes para arrendar un espacio para realizarlas, así que nos decidimos a organizarlas.

Para la primera conferencia necesitábamos alguien que atrajera público. Le solicitamos a don Modesto Collados, quien además de haber sido director y presidente de la Cámara, había sido ministro Obras Públicas del presidente Eduardo Frei Montalva. Bajo su gobierno había participado en la creación del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Más tarde también sería



Retrato del directorio elegido en el 47° Consejo Nacional. De pie están Víctor Larraguibel, Luis de Mussy, Patricio Abalos, Jorge López, Sergio Kohn (segundo vicepresidente), Salvador Valdés y Agustín Viollier. Sentados están Jaime Gibson, David Frías, Arsenio Alcalde (presidente) y Carlos Lagos (past presidente). Fotografía para el número 99 de la Revista de la Construcción de agosto de 1970.

ministro de Obras Públicas de Augusto Pinochet. Modesto accedió a nuestra invitación.

Aunque enviamos las invitaciones correspondientes y nos esforzamos por promover la conferencia, ese día apenas reunimos seis personas, incluyéndome. No obstante la baja convocatoria, don Modesto dio su conferencia, la que fue, como siempre, muy interesante. A pesar de este traspie inicial, persistimos en la idea de las que llamamos “Conferencias Tecnológicas”, las que fueron posibles gracias a la ayuda decisiva de la Sra. Olga Calderón. Entre las que tengo en la memoria está la que versó sobre las dificultades de cálculo del edificio de veintitantos pisos que posteriormente se concretó en la acera sur de Agustinas al llegar a Miraflores. También recuerdo la exposición de Armando Holzapfel sobre el puente de concreto en diagonal sobre el Mapocho, que tuvo que llevar de contrabando

a Buenos Aires una copia para su aprobación de sus apoyos elásticos, pues en Chile no había prensas del tonelaje necesario.

Olguita, que seguía siendo la secretaria de la Comisión de Socios, sufrió mucho con el accidente de su hijo mayor, que la devastó. Estando de vacaciones en La Serena, como premio por el éxito en sus estudios, estaba jugando con sus amigos a correr más rápido que los trenes. El juego consistía en correr al lado del tren y superar su velocidad. Era de noche y no vio que un fierro sobresalía de uno de los carros. Lo golpeó en la cabeza y tuvo que ser traído a Santiago en el helicóptero de la Mutual de Seguridad. A pesar de los esfuerzos médicos, nunca se repuso totalmente, al igual que su mamá, que quedó destruida y ya nunca más fue la misma. A él lo encontré hace algunos años en Pucón vendiendo baratijas que él mismo confeccionaba a



Imagen de Norman Goijberg y Sergio Kohn en el 163° Consejo Nacional, realizado en Santiago en agosto de 2012.

la vereda de una calle. Olguita se retiró de la Cámara un par de años después del accidente.

En 1987 Sergio Melo fue elegido presidente de la CChC. En esa ocasión, como con cada nuevo presidente, presenté mi renuncia, pero esta vez fue aceptada. Había permanecido más de dieciséis años en la Comisión de Socios. El presidente me encargó ahora la dirección de la Comisión de Desarrollo Tecnológico.

Años más tarde asistí a una de las “Conferencias Tecnológicas” que había ayudado a instaurar, pero ya no quedaban cupos. Mi amigo, Tadashi Asahi, que en ese momento era director de las conferencias, me pidió disculpas. De todas formas, me emocioné profundamente recordando las primeras conferencias, la primera de don Modesto, y las de muchos otros.

En algún momento durante mis años en la comisión Jaime Gibson me insinuó a Hugo Bascou como un posible miembro de la Comi-

sión en reemplazo de alguien que había renunciado. Lo entrevisté y me pareció adecuado. Lo propuse y lo aceptaron. Cuando le correspondió la presidencia de la Comisión instauró la costumbre de invitar, a fin de año, a todos los que habían sido miembros de ella a un almuerzo. Recuerdo estas ocasiones con alegría por lo bien que lo pasábamos rememorando tiempos pretéritos o avizorando el futuro. También recuerdo con especial emoción la reunión en la Caja de Compensación en calle P. Alonso Ovalle en la que nació el Grupo Alerce, por insinuación del presidente de la Comisión de Socios, Hugo Bascou.

7. COMPAÑÍA DE SEGUROS DE LA CChC

Un día del año 1975 Florencio Guzmán, Secretario Administrativo de la CChC me preguntó si podía ser director de la Compañía de



Sergio Kohn votando para la elección de la directiva de la CChC para el período 2012-2013.

Seguros de la Cámara. Me explicó brevemente sus orígenes, en qué consistía el cargo y quiénes eran sus directores. Acepté y me incorporé al Directorio que sesionaba en un edificio al costado sur de la Alameda, casi al llegar a la esquina de la calle Serrano, en la sede del Consorcio Kappes. El directorio era presidido por un funcionario del Consorcio y lo integraban entre otros, Víctor Larraguibel. Uno de los temas recurrentes era la necesidad de pronunciarnos sobre la exigencia de Pólizas por hacían distintas empresas. La mayoría se informaba favorablemente. Otro tema era el balance de la Compañía que se hacía semestralmente. El Directorio no tenía acceso al detalle de su gestión, razón por la cual la CChC decidió darle fin. Me parece que se logró un buen acuerdo económico y que este di-

nero fue parte del capital que posteriormente la Cámara aportó a la formación de la “AFP HÁBITAT”.

En 1985 la Superintendencia de AFP estableció, por aprobación del Congreso, un seguro de vida de los afiliados a las AFP. Los directores de AFP Hábitat debatimos, fuera de sesión, si la CChC. debía formar una Compañía de Seguros de Vida. El consenso fue que no era conveniente por el momento. Al año siguiente se hizo evidente que era necesario formarla. Le insinuamos a la junta de accionistas las ventajas de la creación de una compañía de Seguros de Vida y se formó la Compañía de Seguros de Vida La Construcción SA’, con un directorio espejo al de Hábitat SA. Esta compañía se adjudicó algunas propuestas públicas de seguros de vida y aprobó la construcción de un edificio de veinte pisos en Av. Providencia esquina de La Concepción y se designó a Jorge Bronfman H. a cargo de las obras.

Estudiando los balances de la Compañía de Seguros de Vida La Construcción, pareciera que las utilidades de un año se producen en enero, y el resto de los meses son neutros en cuanto a ellas.

A mediados de 1988 la Junta determinó que los directorios debían ser distintos. Se nombró a Jorge Bronfman H. como su presidente. Por mi parte, opté por permanecer en AFP Hábitat SA. Esta Compañía ha logrado una importancia destacada en la Industria de los Seguros de Vida.

8. FUNDACIÓN SOCIAL DE LA CChC

Jaime Gibson me invitó a ser miembro del grupo que dirigía la Fundación Social de la CChC. Subí al 4° piso de uno de los dos departamentos ubicados en Nataniel Cox en el Barrio Cívico. El Directorio sesionaba en una sala estrecha alrededor de un mesón alargado puesto en diagonal para obtener mayor cabida con sillas



Sergio Kohn, Miriam Ratinoff, Rosa María Roth y Blas Bellolio en el 163° Consejo Nacional realizado en Santiago en agosto de 2012.

distintas entre sí. Nos iluminaba una ampolleta colgada al medio de la sala. A pesar de la precariedad de las instalaciones, el espíritu de sus directores y creo que también fundadores, Manuel Valcarcel, Guillermo Pérez-Cotapos, Jaime Gibson, y de su gerente, entusiasmaba a las tres o cuatro asistentes sociales que colaboraban en las escasas labores que la estrechez de dinero nos permitía realizar. En lo esencial, dependía de ciertos pagos de servicios y de lo que podían donar la Cámara y algunos de sus socios.

Parece que en cierta ocasión pregunté por el patrimonio de la fundación y se me respondió que nunca había existido. En sus inicios, un grupo de empresarios de la CChC se había organizado para repartir comida y ropa, a raíz de una ola de cesantía. Ellos se dieron cuenta de lo complicado que era enfrentar las diversas situaciones de los obreros. Con este fin contra-

taron una asistente y de esta forma había comenzado la “Fundación Social de la CChC”. Prácticamente la única fuente de recursos de la Cámara entre 1960 y 1980 eran las cuotas de los socios y sus aportes voluntarios. Las elecciones de presidente y de su directorio servían para que sus socios se pusieran al día en sus cuotas. Con todo, a medida que en 1974 se agravaba la cesantía, el aporte de la Cámara había ido creciendo. Se hizo un presupuesto para entregar a los operarios cesantes de las empresas socias una caja con alimentos, además de indicaciones para acceder a atención dental y médica de bajo costo, así como instrucciones para acceder a ciertos beneficios del Estado. Poco a poco se ampliaron los trabajos de la Fundación y aumentó el número de asistentes sociales que prestaba sus invaluable y sacrificados servicios a diversas empresas.

Para comodidad de los miembros del Directorio sesionábamos en las oficinas del presidente en ejercicio y nos preocupábamos principalmente de asuntos contingentes y del financiamiento de los sueldos que debían pagarse la semana próxima. Gradualmente las directivas de la Cámara se fueron convenciendo de que el Bienestar Social de los empleados de los socios constituía una importante función propia.

Don Guillermo Pérez-Cotapos, había donado un extenso sitio en el Quisco. Estaba lejos del mar. Era un potrero seco que limitaba por el sur en una quebrada, y que tenía acceso a la calle por una franja de ocho metros de ancho por cien de largo. Se llegaba a él por un polvoriento camino en subida. No sabíamos muy bien qué hacer con el sitio. Después de considerar diversas alternativas adoptamos la más insólita decisión basada en el resultado de una encuesta realizada a pedido de la Cámara con otro objetivo. Este revelaba que las familias de nuestros obreros no pasaban las vacaciones en familia. En realidad, la Mamá “veraneaba” con sus hijas en la casa de un familiar y el Papá con sus hijos se quedaba cuidando la casa. En el mejor de los casos, salían después por pocos días como allegados a la casa de otro compadre o abuelo.

El directorio de la Fundación decidió convertir el sitio del Quisco en un lugar de veraneo para las familias de los operarios de la CChC., arrendando las futuras cabañas a las empresas para que sus trabajadores pudieran tener una semana de convivencia familiar. Siempre con el impulso de “Don Guillermo”, la primera propuesta de construir quince cabañas mínimas fue obtenida por la “Constructora Délano y Cía.”. Se financió con un crédito del Banco de Chile con garantía hipotecaria del terreno y las promesas de arriendo de las cabañas, por una semana, a varias empresas socias. Una vez solucionadas las habituales dificultades relacionadas con la energía eléctrica, el agua potable, el alcantarillado y los permisos municipales, me correspondió como presidente de la Fundación en ese mo-

mento, inaugurar las primeras cabañas de un futuro complejo vacacional que deslindaría con el que construiría la Caja de Compensación Los Andes, hoy “Huallilemu Norte”. Aun no estaba terminado el quincho por lo que la pequeña ceremonia se realizó bajo un cielo azul una mañana de diciembre. También asistieron a la inauguración del naciente “Centro Vacacional Huallilemu” el Alcalde del Quisco, el cura Párrero, la Sra. Evelyn Matthei junto a su esposo, el presidente de la CChC y prácticamente todo el directorio de la Fundación.

Después de visitar las cabañas se procedió a la bendición del lugar, y luego de un vino de honor correspondieron los discursos de rigor, entre los que creo, pude explicar el propósito general de la Fundación de la CChC., el aporte de la donación del sitio por don Guillermo Pérez-Cotapos y las circunstancias, descritas más arriba, que llevaron al directorio a decidir la construcción de este Centro Vacacional para los obreros de la Cámara.

Al poco tiempo de administrarlo, nuestro Directorio convino entregar a la Caja de Compensación de los Andes la administración del Centro Vacacional Huallilemu mediante un contrato, que reservaba a la Fundación una cantidad de cabañas durante los cuatro meses de vacaciones. De esta forma podíamos seguir cumpliendo con su propósito inicial de ofrecer vacaciones a los obreros de la CChC. La Caja ya contaba con una organización experimentada para atender sus múltiples Centros Vacacionales que se extendían a lo largo de Chile. Los socios de la Fundación pagaban el arriendo de las cabañas y con ello se pagó el préstamo hipotecario del Banco de Chile.

El Centro creció a más de cuarenta cabañas. El que era entonces gerente de la caja de compensación, el Sr. Patricio Merino S. es un experto y enamorado de la flora nacional. Gracias a él, el sitio, al igual que todos los Centros Vacacionales de la Caja se transformó en un vergel con grandes árboles y plantas



Sergio Melo, Sergio Kohn y Jaime Allende durante el 169° Consejo Nacional, realizado en Santiago el 20 de agosto de 2015.

nativas, dos piscinas, lugares para picnic y otras comodidades para los trabajadores de la CChC.

Posteriormente la Caja compró el terreno al lado norte de la quebrada donde construyó un Hotel y cabañas para sus propios afiliados que cuenta con varias canchas de tenis, conformando, con un puente sobre la quebrada, una unión material y también simbólica, de la variada población de afiliados a la Caja de Compensación Los Andes con los trabajadores de la construcción.

Considero que el Centro ha sido uno de los muchos aportes efectivos al bienestar de los trabajadores de la Fundación Social de la CChC. Bajo la hábil dirección de eficientes presidentes y directorios y del que fuera por largo tiempo su gerente general, Fernando

Álamos, la Fundación Social ha continuado su desarrollo logrando convertirse en el «brazo ejecutor de la labor social de la Cámara». La Fundación ha realizado un gasto creciente en proyectos sociales el que ha sobrepasado los \$28.000.000.000 en el año 2019.

Por mi parte, pasé de ser presidente a director honorario hasta el año 2020, en que se cambió la organización general del Área Social de la CChC.

III. Consejos nacionales de la CChC

9. 39° CONSEJO NACIONAL EN PUNTA ARENAS Y VIAJE A TORRES DEL PAINE

Fue en 1967. Debe haber sido en la primavera. Me acuerdo vívidamente de nuestro viaje a Torres del Paine. Mimí y yo llegamos en avión a medio día, con un cielo despejado pero frío para nosotros. Fuimos recibidos por un fuerte viento y por un grupo de miembros de la recién constituida Delegación de Punta Arenas. Nos trasladaron al Hotel donde se desarrollaría el Consejo del que no recuerdo lo tratado salvo que lo presidía el Presidente de la Cámara don Francisco Soza y que se expresaron múltiples buenos deseos para la nascente Delegación de Punta Arenas. Era nuestro primer viaje a esa ciudad aunque mi empresa INEIN ya había fabricados allí postes de concreto.

Durante la comida con que finalizaba el evento se conversó de un viaje a conocer las Torres del Paine que están más allá de Puerto Natales. Debíamos salir temprano al día siguiente, de modo que no habría problemas con el pasaje de regreso a Santiago. Mimí y yo nos miramos y decidimos inscribirnos. En aquella época, hace más de cincuenta años, las Torres del Paine eran completamente desconocidas para nosotros, que ni siquiera sabíamos de su existencia. Pero nos impulsaba a conocer Puerto Natales el recuerdo del tío de Mimí, Julio Rocco, quien había iniciado allí su carrera como juez, y solía contar historias de su estadía en esta ciudad. A la mañana siguiente, en la puerta del hotel, nos encontramos con Víctor Larraguibel, compañero de estudios de Ingeniería, con don Francisco Soza, Sergio May, Raúl Varela, todos

acompañados por sus esposas. Algunas ya se conocían, pero Mimí era nueva para este grupo.

Nos acomodamos en el bus que nos esperaba y partimos por un larguísimo camino de tierra. Durante el viaje, el chofer, quien oficiaba de guía, nos describía las inmensas haciendas que pasábamos a lo largo del camino, refiriéndonos sus nombres e informándonos de las miles de cabezas de ganado que se contaban en ellas. Las ovejas, detalló el chofer, muchas veces eran víctimas de los ataques de los cernícalos, aves rapaces que les sacaban los ojos para cegarlas y apartarlas del rebaño. También nos explicó que durante el invierno el camino se demarcaba con largas estacas pues todo se cubría con una capa de nieve de hasta dos o tres metros. Este antiguo sistema de señalización todavía es usado por los lugareños.

Almorzamos en Puerto Natales, en ese entonces un pequeño pueblo ganadero que se había formado cerca del matadero y del frigorífico de la Compañía Explotadora de Tierra del Fuego. Desde su puerto, conectado con el Pacífico, se exportaban la lana y la carne congelada a Inglaterra. Durante el gobierno de Allende el frigorífico dejó de funcionar, dado que la Compañía fue expropiada, pero el pueblo ya tenía vida propia y ahora subsiste gracias al impulso del turismo, que según reporta El Mercurio, solo en el año 2019 atrajo más de trescientas cincuenta mil visitas, la mayoría extranjeros. Llegamos de noche a nuestro alojamiento, un pequeño hotel, que al parecer copamos. A la mañana siguiente me desperté temprano y salí a estirar las piernas. Ante mi

asombro, encontré que el hotel tenía un jardín con preciosos y grandes tulipanes que formaban islas, cada una de distintos colores vivos: rojos, amarillo, blancos, lilas y naranjas. Desayunamos entre alegres risas antes de partir en nuestro recorrido por el parque.

A poco de haber empezado nuestro paseo, bordeamos un gran lago y contemplamos de cerca una montaña coronada por dos enormes cuernos que parecían equilibrarse entre sí. A lo lejos, detrás del lago, se podía ver una cadena de altas montañas. Era un paisaje espectacular. Nos bajamos antes de un puente de acero colgante sobre un caudaloso río que corría impetuoso para desembocar en un lago cercano. El chofer nos indicó que ahí se terminaba el camino y que pasando el puente había que seguir a caballo. ¡Nunca me había imaginado un camino que terminara en un puente colgante de acero! Aunque he vuelto en repetidas ocasiones al Parque, nunca hemos llegado a ese lugar en el que había un puente colgante de acero, que en 1967 era el final del camino.

Hicimos otra parada para ver de cerca una manada de ñandúes. Alguien tomó un polluelo que fue pasado de brazo en brazo de cada una de las señoras, hasta llegar a Mimí que se rehusaba a tomarlo, pues tenía cierta aversión a tener plumíferos en sus manos. Después de algunos momentos lo soltó y el pequeño ñandú corrió hacia su madre, pero no tan rápido como para evitar el ataque de un cernícalo, que acechaba a los polluelos. El pájaro cayó como un rayo sobre él y se lo llevó en sus garras. Oí su piar desesperado entre los gritos de nuestras señoras. Fue la inmisericorde naturaleza que nos había hecho presente que aún en esas soledades, ella reinaba.

10. 43° CONSEJO NACIONAL DE CARTAGENA

El 43° Consejo de la CChC se realizó en abril de 1969 en el Gran Hotel de Cartagena,

que era pequeño para contener a los asistentes. A Ricardo Kitzing, compañero en el Comité de Industriales como representante de Cemento Polpaico, y a mí nos asignaron la misma pieza. En este Consejo fue abordada la cuestión de la empresa y sus defectos, un tema que sería uno de los ejes centrales de las discusiones hasta 1973, al igual que la situación de Chile y sus múltiples problemas en aquella época. La reunión comenzó en un ambiente de franca y alegre camaradería y fue presidida por don Francisco Soza C. Al término del segundo día se concluyó que los principales defectos de la “empresa” se podían clasificar en tres categorías relacionadas con tres factores: a) La participación de sus trabajadores y de la comunidad en sus decisiones; b) el poder de ella sobre sus trabajadores y sobre la economía del país, y c) sus influencias materiales sobre sus entornos cercanos y sobre el país. Al terminar la jornada, parecía envolvernos una sensación de fiesta, quizás precursora de los gravísimos acontecimientos que nos esperaban en el futuro. Con Ricardo y otros amigos del Comité nos quedamos charlando hasta altas horas de la noche y me costó levantarme la mañana siguiente.

11. 44° CONSEJO NACIONAL DE PORTILLO

El mismo año 1969 se realizó el Consejo en Portillo. Viajamos con mi esposa Myriam en nuestro auto Chevrolet que, como se usaba en época, tenía un parachoques de fierro galvanizado. Nos acompañaban mi ex profesor de química. Rodolfo Mebus, miembro del Comité de Industriales y Florencio Bravo, secretario de la Cámara y su señora. Partimos un viernes temprano y ya en el camino, a la altura de Colina, el auto atropelló una pobre gallina que se atravesó por el camino. Para amenizar el trayecto conté que, en una ocasión, mientras era estudiante universitario, una vez que estaba preparando mis exámenes en el Parque

Cousiño, me encontré con un compañero que también se paseaba, estudiando química. Noté con extrañeza que estaba leyendo el libro del Profesor Mebus, pero, para mi sorpresa, lo mantenía al revés. Al preguntarle porque sostenía el libro así, me explicó, tartamudeando, que el profesor tomaba el examen con el libro abierto y que necesitaba poder leer al revés en caso de no saber la respuesta. Todos rieron con la anécdota, especialmente mi exprofesor. El relato logró romper el hielo y así el viaje se hizo más ameno, con cada uno contando chascarro. Mi amigo del parque llegó a ser uno de los Superintendente en Chuquicamata donde, muchos años después, también comentamos esta historia, provocando risas entre los contertulios.

Antes de llegar a Portillo, mientras pasábamos por una parte del camino en que había un corte del cerro de unos dos metros de alto, de repente saltó una cabra seguida por sus crías. Fue imposible esquivar a uno de los cabritos, que fue aplastado por una de las ruedas del auto entre el griterío de los vecinos que estaban en la orilla del camino y también de los pasajeros del auto, que ya me habían visto atropellar a la gallina.

Durante el Consejo destacó una conferencia de Sergio Silva Bascuñán, en la que insistió en que era necesario poner a la “empresa” a tono con los tiempos, pero que había que hacerlo de manera que no generara los reparos que se habían hecho en el Consejo de Cartagena. Se decidió para esto formar una Comisión que sería presidida por Sergio Silva y de la que serían miembros, entre otros: Raúl Varela, Modesto Collados, Camilo Pérez de Arce, Agustín Viollier y yo mismo, como representante del Comité de Industriales.

Estando en Portillo, decidimos subir con Mimí a un andarivel que nos llevó a un punto que, según recuerdo, era llamado algo así como «Nido de Cóndores». Desde ahí se podía apreciar la belleza de este panorama inmenso y espléndido, de cerros nevados con

la Laguna Negra a sus pies. Todos nuestros amigos descendieron en esquí, pero Mimí y yo bajamos en el mismo andarivel que nos había llevado hasta ahí, pues no éramos esquiadores. Una vez en el hotel nos bañamos en la alberca de agua temperada y después de almuerzo, emprendimos el regreso a Santiago. Una vez en el camino pavimentado se nos atravesó un gran perro, que pese a mi violenta frenada, resultó mal herido o muerto. Demás está decirles que por mucho tiempo mis amigos del auto y los que supieron del viaje, me llamaban “El terror de los caminos”.

Don “Pancho”, como en confianza nos referíamos al Presidente, comentó al pasar «¿A quién, se le ocurrió elegir el Hotel Portillo como sede, con tan pésimo camino de acceso? Lindo el paisaje pero...»

12. 45° CONSEJO NACIONAL DE LA CChC CELEBRADO EN CONCEPCIÓN EL 05 Y 06 DE DICIEMBRE DE 1969 E INFORME SOBRE “LA REFORMA DE LA EMPRESA”, COMISIÓN PRESIDENTE SERGIO SILVA B.

El 9 de abril de 1969 se constituyó la Comisión para Reforma de la Empresa, presidida por Sergio Silva B. Formaban parte de ella Arsenio Alcalde, Agustín Viollier, Mario Figueroa, Raúl Varela, Modesto Collados, Camilo Pérez de Arce, Germán Molina, Luis de Mussy y yo mismo. Aunque originalmente también participaron Mario Figueroa y German Molina, a la postre renunciaron por razones diversas y muy atendibles. Las conclusiones de la comisión, que había sesionado en 30 reuniones de dos horas cada una, fueron presentadas ese mismo año, en el Consejo Nacional de Concepción. Este fue dirigido por Carlos Lagos M. como presidente de la CChC.

A partir de la segunda sesión llamó mi atención la minuciosidad con la que don Sergio revisaba el Acta de la primera sesión y como esto

se repitió en las siguientes reuniones fue necesario que entrara como secretario un abogado. Fue elegido Augusto Bruna quien con el paso del tiempo llegaría a ser Fiscal y actualmente miembro del Grupo Alerce. Las reuniones se sucedieron puntualmente y bajo la hábil dirección de don Sergio me fui impregnando de la relevancia que tenía el tema en ese tiempo y estimo personalmente que lo sigue teniendo actualmente. Pareciera que la Cámara también lo intuyó, por algo hizo repartir las conclusiones de la Comisión en dos ocasiones: en este mismo Consejo en que se debatió el tema, y, varios años después, en el Consejo Nacional celebrado en La Serena en 1974. Creo que es uno de los varios temas no resueltos y que han contribuido a la crisis nacional que hoy enfrentamos.

La cuenta de la “Comisión de Análisis de la Empresa” estaba programada para después de la apertura de rigor y de los intercambios protocolares y buenos deseos. Antes de esta exposición, me correspondió presentar, en nombre del Comité de Industriales, una proposición de acuerdo para hacer pública la «firme protesta de la CChC ante la difusión del llamado a la ocupación de faenas e industrias por parte de una dirigente gremial ocurrida el 21 de octubre pasado”. Esta ponencia recibió muchas voces de apoyo, pero también tuvo detractores. Finalmente fue aprobada incluyendo palabras que la moderaban. Todo esto sucedía durante el último año del gobierno de Eduardo Frei Montalva, un año antes de las elecciones de 1970, pero ya existía un ambiente de confrontación. La población de Chile ya estaba dividida en partes difícilmente reconciliables.

En seguida le correspondió a Sergio Silva Bascañán, como presidente de la comisión nombrada al efecto en el Consejo de Portillo, exponer el «El análisis de la Empresa”. Esta presentación se dividió en tres partes. La primera, que correspondía al contenido general del tema, estuvo a cargo del propio Sergio Silva B. quien planteó la importancia que tenía

la “empresa” en el desarrollo y progreso del mundo y cómo la libertad del ser humano, en todos sus aspectos, es una de las condiciones de su existencia. Para ello citó textualmente al padre Pierre Bigó, quien afirmaba que «la iniciativa y la propiedad privadas, el derecho de emprender y de vender, siendo las bases mismas de la economía, son, pura y simplemente, las condiciones irremplazables de una sociedad económica y política de hombres libres”. La segunda parte, que fue presentada por mí, trataba de las características esenciales de la reforma. Procuré centrarme en los diversos actores de las empresas: socios, ejecutivos, operarios y sus familias, así como terceros involucrados directamente. También me referí a los múltiples individuos y grupos que son afectados por el actuar de las empresas, y a la preocupación que debía dedicarse a cada uno, tales como: vecinos cercanos, funcionarios de múltiples organismos del Estado. Finalmente, Raúl Varela expuso sobre la manera en que se podría alcanzar la reforma propuesta. Empezó comparando lo ya expresado con la llegada del hombre a la luna. En ese año, 1969, este era un tema de suma actualidad. Después de relatar las peripecias del viaje, Raúl Varela dijo, causando la hilaridad del público, que a él solo le correspondía mostrar las piedras que se habían traído. Luego, planteó que para lograr los cambios que se dejaban ver en las exposiciones de Sergio Silva y mía era necesario hacer reformas concretas. Para ello, serían necesarias múltiples alteraciones legales y tributarias, y otras menores del ente estatal. Más allá de eso, se necesitaba un cambio conceptual en la conciencia de los empresarios, de los empleados y de los usuarios y, en general, de todos.

La conclusión a la que llegó la Comisión hace ya más de medio siglo, era que, en el futuro, los destinos de las empresas no sólo deberían regirse por el capital, sino que paulatinamente debían participar en ello todos los involucrados directamente y la comunidad. Después de varias intervenciones en las que se objetaban,

se complementaban o reforzaban algunos aspectos planteados, el Consejo Nacional acordó aprobar en general la filosofía contenida en las relaciones hechas sobre reforma de la empresa y recomendar al directorio que designara una Comisión especial que estudiase el procedimiento que permitiría llevar a la práctica las recomendaciones propuestas por la Comisión de previsión y análisis de la empresa. También se acordó distribuir el texto entre los Consejeros Nacionales y felicitar a la Comisión por el trabajo desarrollado.

Durante muchos años, Don Sergio Silva Bascuñán insistió en avanzar la idea de que era necesario destacar la importancia social y económica de la “empresa”, de la necesidad de reformarla. Entre 1971 y 1973, una comisión de la Confederación de la Industria y el Comercio, dirigida por el mismo Sergio Silva B., que contaba con diez delegados, dos por rama, recomendó una «Reforma de la Empresa» que era similar a la que había propuesto la CChC en 1969. Raúl Varela y yo fuimos los representantes de la CChC. La comisión continuó sesionando periódicamente hasta finales de 1972, pero en esa época, bajo el Gobierno de don Salvador Allende Gossens, ya «el horno no estaba para bollos». Sin embargo, en el Consejo Nacional de la Serena, que se llevó a cabo a fines de 1974, se acordó distribuir nuevamente entre los Consejeros Nacionales el documento de la Reforma de la Empresa que presentamos en 1969.

Hasta el día de hoy creo que, en la medida que los seres humanos pasan la mayor parte de su tiempo activo en la “empresa”, esta debe ser considerada como una segunda familia. Es por esto que en la compañía donde trabajo, hace años atrás decidimos otorgar un diploma a quienes cumplían veinte años, que les otorgaba el derecho a ser llamados y considerados “Tío”. Quienes llevan 30 años reciben el título de “Papi”, y quienes han trabajado por más de 35 años son llamados “Tata”. La idea de la “empresa”, que aún se mantiene a nivel mundial, en la que sigue

siendo el capital, representado por las acciones, el único que elige el directorio y el que tiene poderes para hacer y deshacer a su antojo, es absolutamente antagónico con los tiempos que vivimos. En alguna forma deben participar en los directorios personas que representen a aquellos que trabajan en la organización y a la comunidad cercana, por lo menos. Realizar el cambio de mentalidad que requiere esta idea, es imprescindible, pero tal como lo visualizó don Raúl Varela, aunque será un proceso lento, debe ser abordado de inmediato, pues en el 2021 ya hemos superado la época capitalista.

IV. Directorio de la Cámara Chilena de la Construcción

13. EL DIRECTORIO

En 1966 asumió la presidencia de la CChC Carlos Lagos, mi vecino de oficina en calle Compañía 1068, 9° piso. En la misma fecha el directorio de la Cámara me recibió como uno de sus miembros como presidente del Comité de Industriales que había crecido y contaba en ese entonces con alrededor de veinte miembros.

En 1969 como director integré la Comisión para Reforma de la Empresa, presidida por Sergio Silva B. sobre las carencias que tenía la empresa actual y la forma de solucionarlo. Creo que los asuntos políticos que sacudieron al país en los años siguientes y los avances tecnológicos del siglo actual hacen que las recomendaciones de este informe sean ahora obsoletas, pero el espíritu que se desprende de ellas, de acuerdo al cual la Empresa, privada o estatal, debe integrar a todos sus empleados y a la comunidad en sus decisiones y beneficios, sigue siendo válida, después de cincuenta años.

Se sucedieron los presidentes del directorio: Sergio Torreti R. quien, en confianza, me llamaba “tocayo”. Lo sucedieron Francisco Soza C. por dos años y Arsenio Alcalde C. que me nombró como 2° vicepresidente. Como tal formé parte de la Comisión de la CChC que se entrevistó con uno de los ministros de Hacienda de la UP y con su excelencia don Salvador Allende G.

También me correspondió en esos años lidiar con las finanzas deficitarias de nuestra Cámara. Estas dependían fundamentalmente

de las cuotas de sus afiliados. Durante el primer año del gobierno de Allende, cuando las “tomas” de fundos y de industrias, algunas nacionalizadas, pero sin promesas de pago, ya eran cotidianas, muchos de nuestros afiliados no pudieron seguir pagando sus cuotas. En esas circunstancias debí, con el visto buenos de la mesa, abandonar el departamento del piso 7 del edificio que arrendábamos en calle Huérfanos, quedando reducidos al arriendo del piso seis. Luego tuve que cortar cuatro de las seis líneas de teléfono con las que contábamos. También debí limitar las llamadas a provincias y prohibir las llamadas al extranjero. Finalmente, solicité a los pocos empleados que quedaban que los documentos internos se escribieran por ambas caras del papel. Posteriormente, en julio de 1973, un socio de la Cámara organizó una colecta entre las empresas para comprar alimentos para los camioneros en huelga que estaban apiñando sus vehículos en las dunas de Concón.

La fábrica de Santiago de la empresa de la que era socio, INEIN Ltda., había sido tomada “ficticiamente” pues a nuestro sindicato le dijeron en privado que si de verdad se declaraba la toma, se demorarían varios meses en pagarles sus remuneraciones y estas serían menores a las usuales. En esas circunstancias acordamos simular la “toma” de la fábrica, lo que implicaba que los propietarios no podíamos ir, aun cuando debíamos abastecerla y pagar el trabajo de quienes asistían a trabajar.

La fábrica lucía, en su entrada una bandera chilena y más atrás, pero visible desde

la calle Guanaco, colgado de un poste, un muñeco de trapo de tamaño normal que lucía un sombrero como el que yo usaba.

Los pedidos que teníamos contratados se demoraron mucho más de lo esperado debido a la dificultad para abastecer a la empresa y a la tardanza en los retiros, hasta llegar a una paralización casi total desde abril o mayo hasta mediados de octubre de 1973. Las secretarías que trabajaban en nuestra oficina fueron incentivadas a llevar sus tejidos a la oficina para que se entretuvieran, pues no tenían nada que hacer.

En tiempos de bonanza previos llegamos a necesitar dos ingenieros, pero uno de ellos prefirió emigrar a Venezuela el año 1971 y el otro decidió a trasladarse con su familia a Quito, Ecuador, a principios de 1973. Había programado volar hasta allá para firmar el contrato en un vuelo de Air France a las 6:30 de la mañana del famoso día 11 de septiembre de 1973. Salieron de su casa de madrugada y a la altura de la Estación Mapocho se encontraron con un regimiento que se desplazaba hacia el centro. Mi amigo, que era ex alumno de la Escuela Militar, dice que pensó “¡Qué temprano están preparando la parada militar!” y siguieron viaje. En el aeropuerto le llamó la atención la rapidez y apuro con que las azafatas estaban despachando a los pasajeros de Air France. Ya dentro del avión, notó que las primeras filas estaban ocupadas por pasajeros que viajaban felices, de paseo o posiblemente en misiones del gobierno, riéndose y tomando whisky, mientras que en las filas de atrás se habían congregado los que forzosamente emigraban de Chile dejando sus familias y seres queridos. Ese fue el ambiente, visiblemente dividido del viaje, hasta aterrizar en Lima Perú cuatro horas más tarde. Al detenerse en la losa del aeropuerto de Quito, antes que los pasajeros se bajaran del avión, irrumpieron los periodistas y sus equipos de televisión, inquiriendo noticias sobre el “golpe en Chile”. Fueron ellos, los periodistas, los que informaron a los pasajeros de lo que acontecía

en Chile. En el tramo del viaje a Quito se trastocaron los ánimos totalmente. Los de las primeras filas se mostraban tristes, preocupados, nerviosos mientras que los pasajeros de atrás se reían y solicitaban golosinas y aperitivos.

Mi amigo ingeniero vivió varios años en Quito en compañía de su familia. Pudimos visitarlos con Mimí alojándonos en su casa. En su compañía conocimos Quito con sus iglesias repujadas en oro, el puerto de Guayaquil y sus instalaciones para exportar bananas y café y un pueblo interior en que por una módica suma fabrican, a escala real, un busto del cliente con su cara y, agregando otra cantidad, se lo entregan en colores. En realidad, los nativos de esa zona son muy diestros en artesanía manual. Nuestros amigos progresaron en Ecuador, incluso después del contrato original hasta 1979, pero finalmente volvieron a Chile.

A fines de 1971 fue elegido presidente de la CChC. Raúl Varela R. Lo sucedió Hugo León P. entre 1972-74. Al término de la presidencia de Gustavo Vicuña, en 1976, no postulé al Directorio. Lo había integrado por diez años y fui el primer director de la CChC que provenía desde el Comité de Industriales.

14. LA INFRAESTRUCTURA DE CHILE

Hugo León Puelma, presidente de la CChC convino con el Instituto de Ingenieros de Chile, presidido por Rodrigo Flores Alvarez, actualizar un estudio sobre el “Análisis de la Infraestructura del País”. La Cámara necesitaba los resultados de este estudio como base del Plan de Obras Públicas que, tradicionalmente, presentaba a cada nuevo gobierno y se comprometió, además, a financiarlo. El Instituto de Ingenieros, por su parte lo lideraría.

Al efecto, el 7 de marzo de 1974 se conformó un Directorio Especial presidido por Rodrigo Flores e integrada, por los ingenieros, Hugo León, Presidente de la CChC, Jaime



Armando Holzapfel, Sergio Melo, Sergio Kohn y Jaime Allende en el 169° Consejo Nacional, realizado en Santiago en agosto de 2015.

Allende y mi persona, actuando como Secretario Ejecutivo. En representación de la CChC participaban también Enrique d'Etigny, Ernesto Pinto, Héctor Henríquez, Juan Antonio Poblete, Luis Court, Pablo Pérez, Ricardo Edwards y Víctor Larraguibel.

Este Directorio Especial definió como Infraestructura Nacional “al “conjunto de obras de uso público y/o las que son necesarias para dar servicios a la comunidad”. También acordó que los objetivos del Estudio serían realizar un catastro de todas las obras de infraestructura existentes y su estado actual, formular las bases de una política de Obras Públicas y, por último, difundir la importancia socio-económica de la Infraestructura nacional y del resultado del Estudio.

El estudio de 1967 se refería a siete aspectos de la infraestructura, pero se determinó que el trabajo actual abordaría once condiciones que corresponden a cuatro áreas. A saber, el área de transportes que comprende los sectores de vialidad, puertos, aeropuertos y ferrocarriles; el uso del agua que incluía los

sectores de riego, obras Sanitarias, y defensas fluviales; el área de energía con un solo sector, generación y distribución; y el área de bienestar social que incluía tres ámbitos, edificación no habitacional, hospitalaria y educacional. Debo destacar que actualmente llama la atención que no se haya incluido un área de comunicaciones con correos, telégrafos y radios.

Si bien contábamos con el permiso del Ministro OO. PP. teníamos fondos acotados para los gastos que se requirieran. Conseguí que se garantizara el pago de los costos gracias a una entrevista con los Jefes de Departamentos del MOP y estos gastos incluían el equipo de ingenieros que haría el recuento de las obras existentes y su estado de conservación para sus respectivos departamentos. Con ese dinero también se realizaría un estudio por región de las obras que faltaban, sus valores y prioridades.

A poco andar llamó mi atención y me asombró que al conversar con quien debía saber sobre las máquinas que disponía el MOP, este contestó que no sabía cuántas retroexcavadoras tenía el MOP, pues no había inventario de

ninguna de ellas y nadie disponía de ese dato. Esto se podía explicar, en parte, porque en esa época los ingenieros del MOP recibían sueldos que los obligaban a buscar trabajos fuera del ministerio, que realizaban en sus casas, tales como cálculos de estructuras, diseño de obras de riego, etc. Como sea, me pareció algo inaudito pues a nuestra pequeña maestranza un inspector del SII había objetado que una máquina, de mucho menor valor pero que figuraba entre las facturas por pagar del balance, no estuviese incorporada al inventario. Más extrañeza y desosiego aún me produjo constatar que las empresas de agua potable, alcantarillado que operaban en las distintas zonas de la capital eran distintas y no tenían nada que ver una con otras, ni con las compañías de electricidad o teléfonos, ni con las áreas que abarcaban las municipalidades correspondientes. Del mismo modo, me di cuenta que Bomberos, el Registro Civil, Carabineros, los Tribunales de Justicia y el Servicio de Correos, entre otros, cubrían zonas diferentes entre sí y con las anteriores. Podríamos haber dibujado mapas transparentes de las zonas que cubrían los servicios de cada una de las doce entidades nombradas y difícilmente se podría haber encontrado puntos en que coincidieran los servicios enumerados.

En esa época los aviones internacionales debían aterrizar forzosamente en Cerrillos, por lo que pasaban, a baja altura sobre mi oficina, que estaba en calle Compañía, a media cuadra de la Plaza de Armas, con tal estruendo que era imposible hablar por teléfono. Yo pensaba en la catástrofe que se provocaría si alguno de esos aviones llegaba a caer sobre Santiago. El Aeropuerto de Cerrillos se cerró décadas más tarde, pero aun hoy vale la pregunta que me hice en 1974: Qué complicaciones y demoras causaría esta tremenda descoordinación que persiste a la fecha si fuera necesario reconstruir, una o varias manzanas contiguas destruidas por una catástrofe cualquiera.

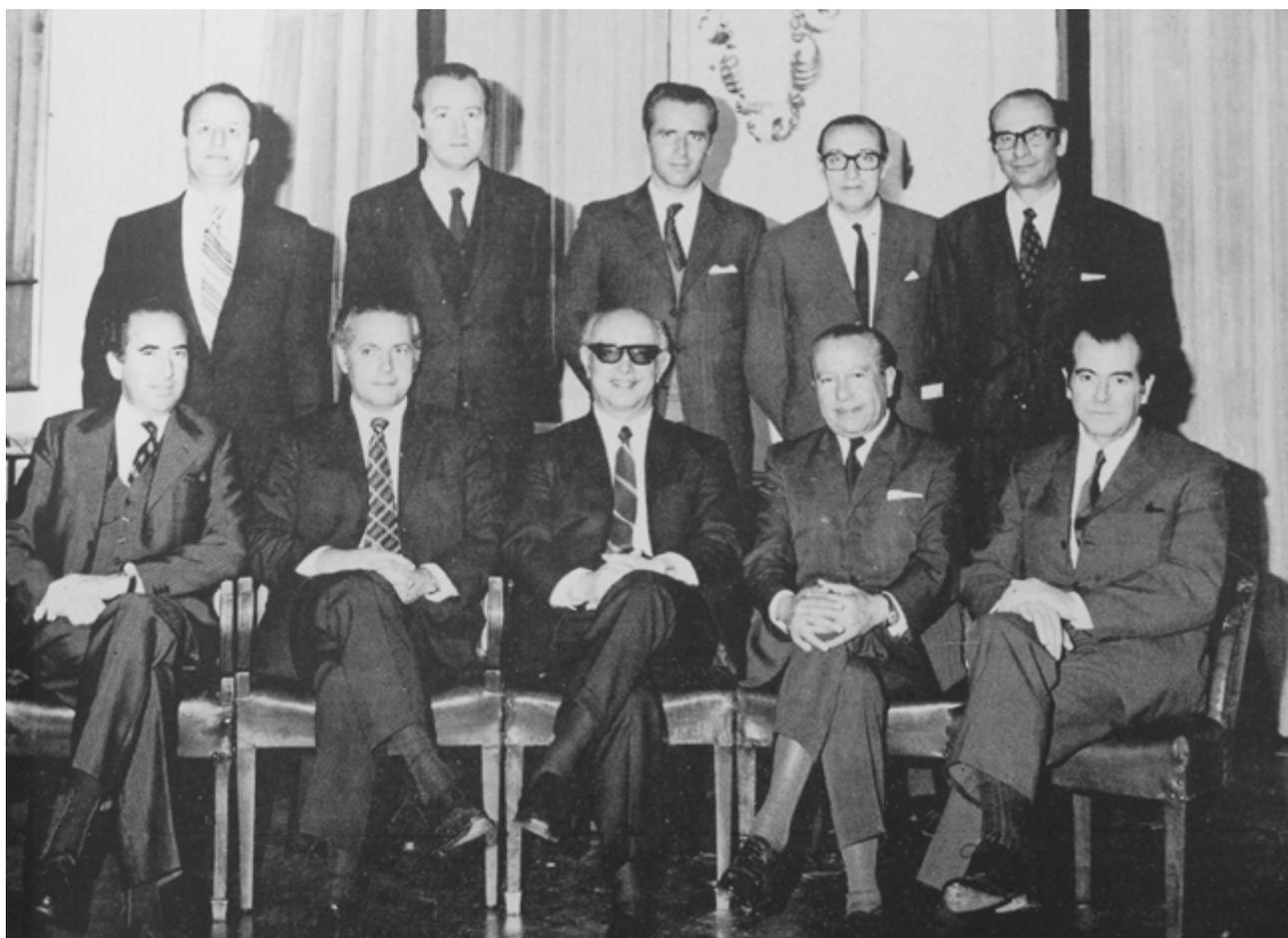
Para realizar la tarea que se me había encomendado, tomé contacto, entre otros,

con los ingenieros Sergio Jiménez de Vialidad, Gastón Mahave de Riego, J. Orphanopoulos de Defensas Fluviales, Guillermo Cortés de Obras Sanitarias, Luis Jovet de Aeropuertos, Puertos, Red Ferroviaria, Edificación Pública excluida la Habitacional, Hospitalaria, Escolar. Los informes de Red Ferroviaria estuvieron a cargo de Jovino García y el de Recursos Energéticos de Hiram Peña y Pablo Jaramillo. Todos presentaron sus respectivos informes, los que derivé a distintos miembros del Comité de OO. PP. de la CChC, entre ellos a Luis Rojas, Ricardo Vacarezza, para que hicieran sus observaciones, como había sido convenido. Además, los reportes fueron remitidos a destacados economistas para que dieran sus opiniones.

No hemos podido encontrar el informe final de este multitudinario esfuerzo del Instituto y de la Cámara, cuyos socios aportaron directamente alrededor de veinte millones de escudos, moneda de la época, además de la invaluable contribución que significaron sus críticas fundadas e ideas sobre los informes.

En el intertanto el Instituto recibió la invitación para participar en la XIII Convención de UPADI (Unión Panamericana de Ingenieros) que se realizaría en Toronto, Canadá del 6 al 12 de Octubre de 1974. El tema de la convención sería “Las Prioridades en el Desarrollo” e incluía “Inventario, Ampliación y Optimización de la Infraestructura”. El Profesor Rodrigo Flores y yo nos inscribimos para asistir y comunicamos que casualmente estábamos realizando un estudio de la Infraestructura Nacional.

El trabajo de la “Infraestructura de Chile”, que a esa fecha no se terminaba, fue aceptado. A su debido tiempo viajamos, participamos en la Convención de UPADI, expuse un resumen del estudio en inglés, y logramos que la próxima Convención de UPADI se realizara en Santiago en 1976 y fuera organizada en conjunto por el Colegio y el Instituto bajo la dirección de Gustavo Arriagada y Rodrigo Flores, presidentes de las



Retrato del directorio 1971 durante el 51° Consejo Nacional realizado el 27 de agosto de ese año. De pie se ve a Sergio Kohn, Jorge López, Alfredo Schmidt, Jaime Gibson y Eduardo Ugarte. Sentados están Sergio Ábalos, Arsenio Alcalde, Raúl Varela, Luis Rojas y David Frías. Imagen para el número 110 de la Revista de la Construcción de agosto de 1971.

instituciones citadas. El evento en Chile reunió a más de cuatrocientos ingenieros extranjeros y muchos más nacionales.

15. RECUERDOS DE CONSEJOS NACIONALES

En su larga y fructífera vida, desde 1959 hasta el año 2020, la Cámara ha celebrado ciento ochenta y un Consejos Nacionales, a la razón de tres por año. De ellos, un tercio ha sido fuera de Santiago y los dos del año 2020 se han debido realizar de forma telemática. Me precio de haber asistido a unos ciento treinta Consejos. Mi esposa Mimí me acompañó a todos los que se realizaron fuera de Santiago, menos al

de Cartagena y al primero de Pucón. En esa ocasión Marilyn de Brofman me preguntó por mi esposa y como no supe qué responderle, Mimí me acompañó a todos los demás fuera de Santiago.

Recordando a Jorge Bronfman, me viene a la memoria el Consejo de Talca en el que, si mal recuerdo, se inauguraba esta Delegación Regional, y el prolongado discurso de nuestro Presidente en medio de una calurosa cena. Al finalizar un Consejo en Viña o en Valparaíso con la clásica poesía «Amada Infiel» de García Lorca recitada por Manolo, previo sus disculpas y pedido de perdón a las señoras presentes, salimos a pasear Marilyn, Jorge Brofmann, Manuel Valcárcel y señora, junto a Mimí. De repente nos encontramos



Sergio Kohn, Guillermo Porter, Manuel Valcárcel y Juan Errázuriz durante el 141° Consejo Nacional, realizado en las termas de Puyehue en noviembre de 2001.

en un pequeño bar bebiendo refrescos que no solamente refrescaban, sino que nos obligaron a bailar la danza de Zorba el griego. Me parece estar viendo como reíamos llevando el compás con golpes en la mesa. Los contertulios nos aplaudieron y, ni cortos ni perezosos, repetimos nuestro espectáculo.

También recuerdo la llamada telefónica durante otro Consejo en Pucón, que hicimos desde el Hotel que después se incendió, junto con otro consejero, para saludarlo y tratar de levantarle el ánimo. Fue la última vez hablé con mi amigo.

En 1970 se realizó el Consejo en el Gran Hotel Viña del Mar. Había llegado antes de que este comenzara, pues venía desde Concón. Me senté en un amplio sofá que estaba a la izquierda de la entrada, esperando que algún consejero

llegara a conversar. Pero apareció una joven dama con quien charlamos animadamente hasta que fuimos interrumpidos por los consejeros que aparecían. Pronto llamaron a reunión. A la salida se me acercó un connotado consejero y me dijo sarcásticamente: «así es que tú eres el 'joven' con que mi hija estuvo conversando esta mañana» No recuerdo que respondí, pero nunca más volvimos a comentarlo.

En 1990, en el Consejo en Iquique, asistí a la conferencia de un joven desconocido para mí, quien nos habló de lo bien que estaban algunas empresas chilenas, presentando varios ejemplos, entre los que citó la propuesta de construir un campamento minero para una empresa extranjera. Cuando se le preguntó a su representante sobre detalles de las casas que serían construidas, respondió que las podían visitar de inmediato y, abriendo el balcón,



Personalidades destacadas de la CChC en el 159° Consejo Nacional. Se ve a Manuel Valenzuela, Sergio Kohn, Jaime Gibson, Luis Grau y José Alberto Bravo. Actividad realizada en Santiago en agosto de 2010.



José Alberto Bravo, Sergio Kohn y Hugo Bascou en el 179° Consejo Nacional, realizado en Santiago en noviembre de 2019.

señaló dos camiones que estaban estacionados al lado del edificio portando cada uno la mitad de la casa que estaba ofreciendo construir. El conferencista era el hoy conocido político Joaquín Lavín que, de paso promocionaba su libro «Una revolución silenciosa».

En el Consejo Nacional en Antofagasta, en 1985, en medio del silencio de la ceremonia de su cierre, una amiga detuvo la cuenta para anunciar por los parlantes el nacimiento de uno de nuestros nietos. “Interrumpimos esta transmisión para comunicar que ha nacido un nuevo nieto de nuestro consejero Sergio Kohn y de su esposa Mimí. ¡Felicitaciones en nombre del Consejo, qué se pongan de pie!» Emocionados obedecimos en medio de los aplausos. Nunca recibimos más felicitaciones por el nacimiento de un nieto que las que tuvimos por Felipe Kohn González, el cuarto de los ocho que mis tres hijos nos regalaron, cuatro mujeres y cuatro hombres. A esta fecha, año 2021, dos son médicos oftalmólogos al igual que su abuelo, el Dr. David Bitrán, otra es médico y se está especializando en la Universidad de New York, y mi querida nieta Geraldine Kohn Bitrán, la menor, pasó a quinto año de medicina en la UC. Felipe, el anunciado en el Consejo de Antofagasta, es arquitecto que actualmente trabaja en Miami, después de recibir un post grado. Toshiro es Ingeniero Informático y dos son Ingenieros Comerciales. Jennifer administra propiedades y Alejandro Kohn G. trabaja: con su padre, sus dos tíos y su abuelo.

Tampoco puedo olvidar el disgusto de una señora con quien nos habíamos puesto de acuerdo para cenar en un restaurante de moda en Viña del Mar en compañía de su marido y un grupo de consejeros. Después de los aperitivos, el chef explicó largamente los distintos platos que podíamos escoger de su extenso menú, la mayoría con nombres afrancesados salpicados de unos poco criollos y empezó su ronda para saber qué habíamos elegido cada uno. Todos seguíamos conversando animadamente cuando, de pronto, fuimos silenciados por un estridente

grito femenino: «¿Cómo se te ocurre pedir eso...?» y la réplica en voz queda «¡Es que a mí me gusta!», «Pero... no es elegante» retrucó la señora en tono ya no tan alto”. «¿Qué me importa a mí?» respondió su marido, “me encanta la plateada con puré...” « Es de roto” creo que contestó la señora ya más calmada. Por suerte o por cortesía la conversación entre los otros comensales había retornado a la intensidad anterior. Tras el suspenso, nadie dijo nada, nadie dijo nada... todos felices. Nuestro alegre intermedio del Consejo terminó muy de madrugada en la casa de un consejero.

En el Consejo de 2019, realizado en Santiago, me acerqué a un socio que no conocía y que estaba solo, al lado un gran florero, en uno de los salones. Conversábamos sobre las vicisitudes del Consejo cuando se no unió un grupo de personas de la delegación de Copiapó. Mencioné que me había impresionado cuanto había cambiado Copiapó desde que era niño, cuando había pasado una temporada de vacaciones en casa de mi tío Eduardo Humeres, ingeniero a cargo de ese sector del Ferrocarril y el progreso que había observado en una visita hacía algunos años atrás. Me retrucaron que los aluviones los habían tratado muy mal y que aún quedaban algunos rastros.

Creo que convivir, aunque sea por dos o tres días una vez al año, produce entre los participantes un sentido de amistad, confianza y unidad, pues se conocen entre sí, y también se conocen sus esposas y pueden hacerse amigas. Todo coopera para que pueda llegarse a acuerdos en asuntos particulares, generales o políticos, algo que, en este momento, hace mucha falta. Recomiendo las instancias en que se comparte, como ocurre en los Consejos Nacionales fuera de Santiago, en lo posible en un hotel de una ciudad pequeña y especialmente en los viajes de grupos afines que en el futuro facilitarán acuerdos que, de no conocerse previamente, serían difíciles de lograr.

IV. AFP Habitat S.A.

16. INICIOS

Dado que el asunto parte el mismo año de mi lejano nacimiento, estimo necesario hacer una brevísima historia de la previsión social en Chile. En 1924 se habían creado la Caja de Previsión de Empleados Particulares y la Caja del Seguro Obrero Obligatorio. Me pregunto si puede considerarse discriminación la separación de los obreros, que laboran usando su fuerza, de los que trabajan en oficinas, empleando principalmente su cerebro.

Se formaron más de cincuenta «Cajas»: de los bancarios, de los periodistas, de los empleados municipales, etc. Cada una tenía distintas imposiciones y ofrecía diferentes servicios. Era *vox populi* que la forma de asegurarse una pensión en la Caja de Empleados Particulares y en otras, consistía en obtener un préstamo para comprar o construir una casa. Personalmente tramité varios préstamos y construí las casas especificadas. Durante el gobierno de Jorge Alessandri se le encargó a un prestigioso hombre público el estudio de las Previsión Social en Chile. Dicen que lo terminó durante la presidencia de Eduardo Frei M. y que se resumía en tres volúmenes de quinientas páginas cada uno. No hubo tiempo de hacer nada al respecto, pues existían muchos intereses comprometidos.

En el año 1979 se me designó, como director de la CChC, miembro de la comisión que estudiaría el esbozo de AFP, preparado por José Piñera, hermano de don Sebastián Piñera, para determinar si la Cámara podía conformar una AFP y solicitarle a sus adherentes que

compraran acciones para formar el capital de \$50.000.000 exigido. Dicha comisión era integrada por mí y Víctor Larraguibel por parte de la CChC, y Eusebio Pérez y otros por parte de la Caja de Compensación de Los Andes. La Caja había empezado el estudio antes, pero por disposiciones legales, había determinado que no podía crear una aseguradora, aunque le convenía incentivar a otras entidades de la CChC que la formaran, simplificando así sus tramitaciones internas, ya que la Caja consideraba que podría ser una buena inversión.

Escuchamos sus argumentos, y corroboramos con el proyecto de ley a la vista, que el sistema que se proponía en reemplazo de los descritos más arriba se basaba especialmente en la responsabilidad de cada persona para lograr una pensión de vejez acorde a sus expectativas. En segundo lugar, que los fondos depositados y sus respectivos intereses serían de propiedad exclusiva del depositante, lo que significaba que si moría durante su vida laboral, el saldo de su cuenta, incluso los intereses acumulados, era parte de su herencia. Además, que el sistema se planteaba igual para todos, pero que existirían distintas empresas, llamadas AFP, que competirían entre sí. También era cierto que este sistema no había sido probado en ningún país y que se basaba en la UF, lo que resolvía el principal defecto de los sistemas de pensiones, a saber, que el pago de las pensiones era en pesos, sin reajustes, por lo que éstas perdían valor en un régimen de alta inflación.

Por nuestra cuenta, entrevistamos y comprobamos, los diferentes problemas que

enfrentarían las aseguradas. ¿Cuántas personas lo aceptarían y se cambiarían al nuevo sistema? ¿Cuál sería la compensación de las imposiciones ya hechas a los que se cambiaran al nuevo sistema? ¿En qué invertirían estas empresas? ¿Qué porcentaje de los ahorros captados deberían, por ley, capitalizar anualmente las AFP para garantizar cualquier error en las decisiones respecto a las inversiones?

En las reuniones examinábamos uno por uno cada problema. Por ejemplo, para compensar lo ya depositado en otras Cajas, el Estado comprometió un bono, distinto para cada persona, que en los últimos años hubiera depositado en alguna Caja, el que se entregaría reajustado al momento en que jubilara.

Personalmente logré hacer dos programas que procuro esbozar: el primero nos indicaba el resultado económico anual de una AFP suponiendo ciertos gastos fijos acordes a la cantidad de afiliados y considerando distintas tasas de reservas legales anuales que se exigirían. El segundo nos indicaba el monto acumulado por cada afiliado en su fondo propio, al cabo de 35 a 45 años de aportes en los que depositara una cantidad fija en UF cada mes, pero solo durante once meses anuales para, en esta forma, considerar los meses no trabajados, pues suponiendo distintas tasas de interés una debía ser fija por cada vez que se aplicaba el programa.

Logramos hacer estos programas en mi pequeño «computador», que aún conservo y uso, que era una calculadora manual marca «Texas Instruments TI Programmable 59» adosada a una impresora que usaba un papel especial. Esta calculadora fue usada por nuestro hijo Eduardo en su memoria sobre seguros de vida para optar al título de Ingeniero Comercial.

Los montos obtenidos del segundo programa, esto es el monto ahorrado por cada afiliado en 35 a 45 años más el total de los intereses devengados se debía presentar a una

Compañía de Seguros ficticia para determinar la pensión que otorgarían. Estuvimos conforme con los resultados.

Finalmente debo indicar que los resultados económicos de las empresas AFP se mostraban muy sensibles a la tasa de reserva legal que se fijara dentro de las cantidades de afiliados que considerábamos posibles entonces, los que eran muy menores de las cifras actuales

Hasta hace poco tiempo no eran las AFP las que otorgaban las pensiones, sino las Compañías de Seguros de Vida que elegía el afiliado. Las AFP sólo le traspasaban el total de los fondos de la persona. Estas podían, sólo a pedido del interesado, dar un retiro programado, el que era por una cantidad previamente estipulada por el afiliado, pero con ciertas restricciones, y que duraba un tiempo acotado que dependía de la tasa de interés que lograra la respectiva AFP. Debemos, tener en cuenta, que el promedio de sobrevivencia en 1979 fluctuaba en torno a los 73 años mientras que al año 2019 debe haber estado alrededor de los 82 años, lo que significa que el promedio de sobrevivencia, medida en años, se ha duplicado. Las normas que regulan las pensiones no se adecuaron posteriormente a los importantes cambios ocurridos en los últimos cuarenta años lo que las descoloca de la realidad social, económica y demográfica actual de nuestro Chile.

17. AFP HABITAT

De regreso de mis vacaciones en California, Estados Unidos, en enero 1981, donde fuimos a conocer a nuestra primera nieta Jocelyn Kohn Bitrán, hoy médico oftalmólogo, me encontré con la sorpresa de que el Directorio, presidido por Máximo Honorato me había designado director de la AFP en formación de la CChC.

La primera reunión en que participé fue en una sala de la «Caja de Compensación Los Andes» ubicada en calle Padre Alonso Ovalle.

Presidía Gustavo Vicuña y participaban David Frías, Roberto Fuentes, Víctor Larraguibel, y quien escribe. Se explicó que contábamos con la amplia cooperación de la Caja y así fue. En ese mismo edificio, se arrendaron las primeras oficinas de la AFP de la Cámara hasta que nos cambiamos a Marchant Pereira N° 10.

Una de nuestras primeras ocupaciones fue escoger el nombre que tendría la AFP de la CChC. Después de múltiples proposiciones, todas relacionadas con construcción, vivienda y palabras relativas a nuestra actividad decidimos nombrarla «AFP HÁBITAT S.A». Se inscribió la escritura de constitución de AFP con un capital de cincuenta millones de pesos, el mínimo exigido, repartidos en un millón de acciones. De ellos la CChC se reservó una porción, creo que el veinte por ciento, y ofreció el resto a sus afiliados a \$50 cada una, pagaderos a plazo, en proporción a las cuotas que pagaba cada uno.

A INEIN, la empresa de la que yo era socio, le correspondieron mil doscientas acciones. Mis dos socios no se interesaron en la oferta y me cedieron la posibilidad de comprarlas todas. Así lo hice pagándolas en el plazo establecido. Como disculpa por la actitud de mis socios y de otros adscritos a la Cámara, reitero que la inversión en acciones de empresas fuera del control propio era muy poco recomendable en esa época, pues se decía que sólo favorecían al grupo controlador y que repartían poco dividendo.

El gobierno había fijado la fecha para que el nuevo sistema empezara el 1° de mayo de 1981, el día del trabajo en Chile. Como un incentivo al cambio de sistema, quienes se afiliaran a las nuevas aseguradoras recibirían la parte que se le descontaba en el antiguo sistema, en resumen, más que si no se cambiaba. Por su parte el empleador seguiría pagando casi lo mismo. Los artículos en la prensa a favor y en contra, y la propaganda de las distintas AFP se intensificaban a medida que la fecha se acercaba. Los gastos en propaganda de AFP Hábitat S.A.

fueron mínimos en relación con todas las otras. Debe recordarse que, aunque los cambios de personas al nuevo sistema debían producirse en los primeros días del mes, los aportes correspondientes sólo se recibirían después del día diez del mes siguiente. Sabiendo la cantidad de adherentes, que era la gran incógnita de todas las otras AFP, Hábitat tendría tiempo para adecuarse e invertir adecuadamente los fondos que recibiera. La Caja nos arrendó un lugar, en cada uno de sus locales para que se inscribieran los que deseaban afiliarse a nuestra AFP y para recibir lo que correspondiera. Llegó el lunes 4 de mayo de 1981, primer día hábil del mes y la cantidad de afiliados sobrepasaba con mucho nuestras expectativas más optimistas. El martes 12 las noticias eran mejores aún. En el primer mes llegamos a más de cuarenta mil afiliados. Competíamos con AFP Próvida por el primer lugar en número de afiliados.

Bajo la gerencia de Sergio Merino S., la Caja de Compensación Los Andes, a cuyo prestigio le asignamos nuestro sorpresivo éxito, contratamos cierto personal, pero la Caja cedió a Hábitat la dotación de personas necesarias, y pudimos salir adelante. Entre los empleados que fueron traspasados a Hábitat estaba Ramón Leyton, que posteriormente sería nuestro Gerente General durante muchos años. Recuerdo, también que nos facilitó a una persona para que fuera nuestro contador, pero este, al poco tiempo se declaró enfermo, creo que abrumado por la tarea que tenía por delante. Fue reemplazado por el segundo en el cargo mientras se buscaba alguien que lo sustituyera. El reemplazante se desempeñó tan eficientemente que no fue necesario buscar un sustituto. Con el tiempo llegó a ser uno de los Gerentes de Departamentos de AFP Hábitat.

Pasado más de un año, me sorprendió que el Directorio recibiera, de parte de Superintendencia de Pensiones, la instrucción de ser cuidadosos con la inversión en instrumentos de un determinado banco. Irreflexivamente creía que los instrumentos de cualquier banco

eran igualmente seguros. Como no era el único director que pensaba lo mismo, nuestro presidente contrató un profesor que, en unas pocas clases, nos explicó las diferencias económicas que podían existir entre los bancos y los niveles de ciertos coeficientes que podían señalar situaciones peligrosas para el banco. No conforme con mis conocimientos al respecto estudié la materia en algunos libros y finalmente participé en un curso vespertino de un semestre de una prestigiosa Universidad ubicado en un local en la calle Condell de Providencia.

Al terminar el primer año de operaciones de Hábitat se hizo evidente que estábamos estrechos en cuanto a espacio. Necesitaríamos más de dos mil metros cuadrados. Visitamos un edificio desocupado que había sido construido para estacionamiento de autos en la acera sur de la Alameda frente a la salida de la calle Estado, pero decidimos, aunque tenía una buena ubicación, no se adecuaba a los requerimientos de Hábitat. Como no encontramos nada adecuado, decidimos, junto a la CChC, construir un edificio que fuera sede de Cámara, la que arrendaría a Hábitat las oficinas que necesitara. Se compró el sitio en la “punta de diamante” que forma la Av. Providencia con Marchant Pereira y Av. Nueva Providencia. Mediante un concurso entre arquitectos inscritos en la CChC, se escogió el ante proyecto presentado por la firma Tadashi Asahi y se designó al ingeniero Sergio May C. para que nos representara en todo lo concerniente con el proyecto y la construcción.

En el intertanto visitamos el edificio recién construido de IBM Chile, situado en Av. Providencia casi al llegar a la esquina de Av. Salvador. Nos llamó la atención que en la sala de computadores estos ocupaban menos de la mitad de la sala, la que se extendía por todo el tercer piso. Cuando le preguntamos al respecto, el gerente que nos guiaba nos explicó que ese espacio y todo el piso superior estaba destinado a ser ocupado por los computadores que faltarían en los próximos dos a tres años. Ante nuestros ojos incrédulos nos llevó al piso superior que

estaba totalmente vacío. Las dependencias para computación del nuevo edificio se diseñaron con las normas que nos insinuó quien nos atendió en nuestra visita al edificio de la IBM. Puedo adelantarles que cuando nos instalamos en el nuevo edificio no nos sobró espacio, pero al instalar el computador para la impresión de las cartas mensuales que, por instrucciones de la Superintendencia, se debían enviar a cada uno de los afiliados, hubo que habilitar espacio no destinado a ese fin. ¡Nadie se imaginaba que sólo un año después, con la llegada de los nuevos computadores, más pequeños, pero mucho más rápidos, nos sobraría espacio!

Más adelante, participé en la gestión de compra del sitio vecino al que habíamos adquirido, por el lado este, que también tenía frente a las dos avenidas con la intención de construir un edificio para otra entidad de la Red Social de la CChC. Conversé con Sergio May la posibilidad de que, empleando este nuevo sitio se ampliaran los pisos de la torre proyectada por Tadashi Asahi, cuyas fundaciones ya estaban en excavación. Sergio se ingenió para resolver todos los asuntos que implica un cambio de proyecto y se construyó la torre que conocemos hoy, cuyos pisos son como un veinte por ciento más grandes que los del proyecto original.

Tiempo después asistí a los «tijerales» de la obra gruesa de la torre donde departí con don Luis Prieto, uno de los socios de la firma constructora, con quien nos habíamos encontrado en un restaurante en Puerto Varas una semana antes. Como estábamos en el mismo hotel con nuestras señoras, terminamos los cuatro nuestra amena charla en mi pieza alrededor de una botella de whisky. Don Luis era también presidente de la Compañía de Seguros en que estaba asegurado mi auto. De regreso a Santiago supe que, el auto había sido declarado «pérdida total», debido a un accidente en que lo manejaba alguien extraño. Don Luis estaba enterado del asunto cuando nos encontramos en Puerto Varas, pues mis hijos habían recurrido a él, pero tuvo la delicadeza de no darme la

noticia. Se lo agradecí personalmente y se lo sigo agradeciendo. Caballeros como él hay pocos. Pero esa es una larguísima historia personal que no creo que corresponda a estos cuadernillos.

En algún momento en el año 1985 la CChC eligió a Germán Molina como presidente de la AFP Hábitat y él me escogió como su vicepresidente. Me hago un deber de dejar constancia que el otro candidato hidalgamente declaró que su empresa no estaba en buena situación económica, por lo que no podía ser considerado para ese cargo.

El cambio de las oficinas centrales de AFP Hábitat fue una operación complicada. La mesa de dinero no podía dejar de funcionar y tampoco podíamos cesar de entregar la información que obligatoria y diariamente se debe enviar a la Superintendencia de Pensiones sobre una serie de detalles económicos de cada AFP y de sus afiliados. Ese organismo los analiza computacionalmente, en particular y en conjunto con los que le entregan las otras AFP y puede detectar cualquier anomalía. Elegimos, para hacerlo un fin de semana largo, no obstante, fue necesario duplicar previamente parte importante del sistema computacional y probarlo antes de realizar la mudanza. El traslado fue un éxito de nuestra AFP y de quienes lo programaron. El lunes después del feriado de tres días AFP Hábitat funcionó como de costumbre en su nueva dirección de Marchant Pereira N° 10 la que continúa operando hasta la fecha como los “Headquarters” de AFP Hábitat, una de las de mayor rentabilidad y la segunda en cantidad de afiliados. La torre de Marchant Pereira también fue la sede de la CChC por más de treinta años, hasta que se cambió al edificio de 22 pisos en Av. Apoquindo 6750, para darle cabida a ella y a varias de sus empresas

18. COMISIÓN CLASIFICADORA DE RIESGO DE LAS AFP (CCR)

En una sesión del directorio de HÁBITAT en 1985 nuestro presidente Gustavo Vicuña nos informó de la creación de la Comisión Clasificadora de Riesgo (CCR) de las AFP. Me ofrecí para integrarla, pues estas compañías debían nombrar tres miembros de los siete integrantes de la Comisión. El Estado, por su parte, estaría representado por los cuatro directores de las instituciones financieras, incluyendo al Superintendente de AFP, además de los superintendentes de Bancos, de Seguros, de Sociedades Anónimas y por el de Seguridad Social, que la presidiría. Los tres representantes del sector privado eran nombrados por la Asociación de AFP. Fui aceptado como miembro suplente, lo que implicaba la asistencia a todas las sesiones. Gracias a esto, tuve el privilegio de haber estado presente en la primera sesión de la Comisión, presidida por Juan Ariztúa, Superintendente de Previsión Social.

Los cuatro superintendentes que representaban al Estado se mantuvieron en sus puestos hasta que fue elegido presidente don Patricio Aylwin. Por el contrario, los representantes de las AFP cambiaban continuamente, a excepción mía. Antes de la creación de la CCR, las solicitudes para que un determinado documento pudiera ser comprado por las AFP eran estudiadas por el organismo técnico de la Superintendencia de AFP y quien decidía al respecto era el propio Superintendente.

Los primeros documentos que solicitaron ser clasificados para ser comprados por las AFP fueron los papeles del Banco Central y bonos emitidos por empresas estatales o privadas. Al efecto, nuestra superintendencia ya había elaborado un listado de antecedentes que se le debían remitir para realizar su informe. Esto facilitó nuestro trabajo, aunque era usual que pidiéramos otros antecedentes o aclaraciones

sobre algún aspecto específico. De todas formas, debí estudiar bastante respecto a los riesgos de los distintos instrumentos y de las diversas industrias que presentaban documentos. Esto me sirvió mucho, especialmente cuando se les permitió a las AFP comprar acciones de empresas nacionales.

En esta instancia discutíamos problemas que eran importantísimos para las empresas que los presentaban a la comisión. Esto requería que los tratáramos con mucha seriedad, atendiendo a aspectos técnicos de gran complejidad. En las sesiones guardábamos estricto silencio respecto a los documentos que se estaban estudiando y solo nuestro presidente anunciaba los documentos aprobados. Pero, a pesar de la importancia de los asuntos que manejábamos, esto no se traducía en un ambiente grave y sin sentido del humor. Por ejemplo, en una oportunidad se trataba de una clínica a la que se le objetaba que su edificio servía solamente para una clínica y yo, impertinentemente dije, sin pensarlo algo así como: “por suerte el arquitecto no proyectó un salón de baile para su cliente”. Se hizo un silencio, y luego nos largamos a reír. Creo que logramos una confianza recíproca y trabajamos por cinco años como una unidad que valoraba la responsabilidad de sus decisiones.

Cuando, en momentos de relajación, conversábamos del inmenso volumen al que llegaría el fondo que manejarían las AFP, y del impacto que tendrían en el desarrollo económico de Chile, proyectábamos cifras y escenarios inverosímiles para la época. Calculábamos que en los años 2005-2007 Chile gozaría de un PIB de 5.000 dólares per cápita, tendría una inflación de 9% anual y su población bordearía apenas los siete u ocho millones de personas.

Una vez que se permitió a las AFP solamente comprar acciones nacionales, creció la cantidad de solicitudes y pronto se hizo popular el mote de «afepeable» para aquellas acciones y documentos que podían ser compradas por las administradoras y que redundaba en el aumento

del valor de estas acciones. Antes de este cambio las bolsas nacionales eran poco profundas y se transaban acciones de unas pocas compañías. Lo que, es más, hasta ese momento la inversión en acciones era poco usual porque se decía que «no repartían dividendos adecuados»

En 1990 asumió la Presidencia don Patricio Aylwin. La llegada del primer presidente elegido democráticamente desde 1973 implicó el respectivo cambio de los superintendentes. Los tres nuevos superintendentes, presididos ahora por el superintendente de AFP don Julio Bustamante, entraron a la sala de reunión donde los esperábamos los tres representantes de las administradoras. Esta primera sesión fue, al principio, tensa. Creo que los nuevos representantes esperaban algo distinto. La encabezó don Julio Bustamante quien, después de presentarse brevemente, introdujo a los otros superintendentes e indicó que procediéramos en la forma habitual. Dada mi antigüedad en el cargo, y a que había dirigido las sesiones las pocas veces que se había ausentado el extitular, tomé la palabra. Después de darles la bienvenida y de presentar a mis pares, les di una somera explicación de la forma en que operábamos. Les comenté que, hasta entonces, todas nuestras resoluciones habían sido tomadas por unanimidad. Luego, nos abocamos a desarrollar la tabla preparada para la sesión previamente acordada. Se leyeron los informes de una serie de solicitudes que se veían por primera vez. Las primeras intervenciones fueron sólo de los antiguos integrantes, pero poco a poco comenzaron a participar los tres superintendentes e incluso nuestro nuevo presidente. Al finalizar la sesión, recuerdo, después de casi treinta años como si lo viera hoy, que me pareció percibir una mezcla de sorpresa y satisfacción en las caras y actitudes de los nuevos integrantes. Se despidieron en forma mucho más cordial que en los saludos protocolares que recibimos al comienzo.

A medida que se sucedían las reuniones estas tomaron un carácter más afable que la anterior. Cada clasificación se abordaba en forma absolutamente técnica, sin que faltaran los relatos intercalados de situaciones relacionadas, a veces graciosas, y otras que nos dejaban pensando. Se hizo habitual que reemplazara al superintendente, Julio Bustamante, cuando no podía presidir las sesiones debido al aumento de sus deberes.

En 1995 el Congreso aprobó una ley que prohibía a las personas relacionadas con las AFP ser parte de esta Comisión. Como correspondía, presenté mi renuncia y fui despedido con un almuerzo en el Club de la Unión que contó con la presencia de Julio Bustamante, de mis colegas en la Comisión y de varios Superintendentes, algunos activos, otros ya dedicados a nuevas tareas.

La CCR realizó una labor que consideraba muy difícil: determinar en qué instrumentos se podían invertir de manera segura pero rentable, los ahorros de los compatriotas destinados a solventar sus propias pensiones de vejez, todo sin causar daños al prestigio público de la empresa o menoscabar al Estado de Chile. Algunas veces debimos negar a las AFP la posibilidad de invertir en instrumentos emitidos por organismos del Estado o en bonos y acciones de empresas privadas. En los diez años en que participé en la Comisión ni el Estado ni ningún particular interpuso demanda alguna contra nuestras resoluciones, algunas positivas y otras muchas negativas.

A mi entender la Comisión Clasificadora de Riesgos de las AFP, integrada paritariamente por altos funcionarios del Estado y por personas nominadas por entidades privadas, constituye un ejemplo muy positivo del trabajo que pueden y deben realizar, en conjunto, el Estado de Chile y las empresas privadas. Hoy en día la clasificación de riesgos es realizada ya sea por el Congreso, o por funcionarios públicos. Creo que el poder legislativo, por la naturaleza de

sus deberes, no puede entender el detalle de las situaciones que pretende resolver de antemano. Por su parte, los funcionarios públicos, tienen en el mejor de los casos, una apreciación sesgada de la situación. La existencia de instituciones como la CCR evitaría los problemas antes de que se produjeran. Imagino que una Comisión de Abusos en Contratos entre particulares o entre estos y el Estado sería de gran ayuda para regular las relaciones entre el Estado y las empresas privadas.

19. VICEPRESIDENTE DE AFP HABITAT

El cambio al nuevo edificio coincidió con mi nombramiento como vice presidente de AFP HÁBITAT S.A. por Germán Molina Morel, quien había sido nombrado Presidente en una junta de accionistas, a la que no pude asistir. Nos reunimos informalmente y decidimos que nuestras prioridades serían, en primer lugar, obtener los primeros lugares en rentabilidad entre las otras AFP y, además, incrementar la cantidad de afiliados para continuar siendo una de las con mayoría de ellos y, finalmente, mantener en orden las cuentas y los archivos necesarios, especialmente de los afiliados.

Las reuniones de Directorio se realizaban una vez al mes, a la hora de almuerzo, y asistían a ellas sus nueve miembros, además del Gerente General, el Sr. Ramón Leyton, y el Gerente de Inversiones, el Sr. Eugenio Valck. Esporádicamente se citaba alguno de los otros Gerentes. La sesión comenzaba poniéndonos de pie. El presidente la abría invocando el nombre de Dios. Luego el Fiscal, el Sr. Pablo Sotomayor, leía el acta de la reunión anterior, la que era aprobada después de las observaciones pertinentes. Se trataban los temas de la tabla y al final se ofrecía la palabra a los directores, en caso de que desearan tratar algún otro asunto. También se realizaban reuniones de los Comités, las que se abocaban en profundidad a sus respectivos temas y cuyos informes se incluían como un punto de la tabla del Directorio.

Como presidente y vicepresidente de la AFP, manteníamos reuniones de información y de dirección con los distintos Gerentes de manera separada, pero siempre en presencia del Gerente General. Después, a solas evaluábamos su dedicación, su iniciativa, sus decisiones y su actuar.

En algún momento debimos lamentar la muerte, de mi querido amigo y compañero en la Escuela de Ingeniería, Víctor Larraguibel, uno de los fundadores de Hábitat, después de un largo y doloroso cáncer. El Directorio guardó un minuto de silencio de pie, después de solemnes recuerdos de su personalidad por los directores.

Me parece estar viendo a todo el Directorio reunido en la gran sala del nuevo edificio, pero recuerdo en forma especial a algunas figuras. Al General (r) Roberto Fuentes por su histrionismo, que en los preámbulos de cada sesión tomaba un vaso grande de agua y repetía “tomo agua para poder beber vino durante el almuerzo. En esta forma no cae”. Recuerdo a Francisco Bertín, por su fortaleza y porque invariablemente llegaba con bastante retraso a las sesiones: primero cojeando, después con bastones y finalmente en silla de ruedas, pero llegaba. Por su perseverancia, también viene a mi memoria mi amigo y colega Alberto Bravo L., ingeniero civil de la U.C., que siempre se sentaba a mi izquierda, supongo que por afinidad, y que en una conversación a *soto voces* me informó que se había matriculado para estudiar leyes en la U.C. ¡a los cincuenta años! En las pausas del directorio, durante los siguientes años, ocasionalmente le preguntaba por sus estudios y me susurraba «bien». Cuando ya había cursado dos o tres años me contó sobre un problema que había tenido con un ayudante o profesor, comentándome que estaba «aburrido». Lo animé a que perseverara en sus estudios. Más tarde me avisó, en medio de una sesión, que se había graduado de abogado y que próximamente debía jurar ante la Corte Suprema. Me permití interrumpir intempestivamente la reunión

para anunciar: «Nuestro Directorio cuenta con un nuevo abogado, ahora Alberto es abogado e ingeniero». Por un buen rato llovieron los aplausos y las felicitaciones, hasta que se pudo continuar la sesión.

En mi calidad de director, también participé en algunas de las reuniones de la Asociación de AFPs en la que estaban representadas todas menos una. En ellas se discutían principalmente las actuaciones de la Superintendencia de Previsión y, entre otras materias, la necesidad de hacer más conocido el sistema al público en general, pero solo se hizo un esfuerzo tibio que no caló en la ciudadanía, como se ha visto en los últimos años.

20. VISITAS A CIUDADES

Como directores, nuestra única participación pública consistía en promocionar nuestra AFP para lograr más afiliados. Para ello debíamos viajar, a una o dos ciudades a la vez, desde Arica a Punta Arenas, acompañados por nuestro Gerente General R. Leyton y de otro Gerente y, ocasionalmente, por nuestras señoras. En cada viaje nos esperaba y se unía al grupo el jefe de la oficina del lugar, quien había tenido la misión de preparar todo el programa de nuestra estadía.

Los viajes de dos o tres días llegaron a tener un programa casi standard consistente en la visita a las autoridades regionales, fueran estos intendentes o alcaldes, seguida por entrevistas con la prensa local. Luego visitábamos alguna industria o centros agrícolas importantes y, si era posible, dábamos una conferencia explicando el sistema AFP, sus beneficios para las personas, para la economía de Chile y las ventajas de ser afiliado de Hábitat. Después se realizaba una visita promocional a los alrededores y terminábamos con un gran coctel a las siete de la tarde, donde eran invitados todos a quienes habíamos visitado además de otros personajes

relevantes de la zona. Ese momento incluía una conferencia similar a la que ya habíamos dado.

El gran cóctel era el punto álgido de nuestras giras. Llegaban los invitados y abríamos con la conferencia. Se servía un abundante bufé, bien regado con vino y refrescos. Conversábamos, a veces entre nosotros, y también con pequeños grupos. Germán se retiraba como a las once de la noche, y yo tenía que avisar alrededor de las doce que se había terminado el servicio y que la recepción finalizaba. Siempre costaba despedir a los rezagados.

Entre los lugares que visitamos recuerdo especialmente algunos. Por ejemplo, en una de las visitas a La Serena nos entrevistamos con don Renán Fuentealba Moena, a la sazón Intendente de Coquimbo. Me impresionó gratamente pues, aunque su avanzada edad se revelaba en su estado físico, nos informó sobre sus proyectos para la región con meridiana claridad. Posteriormente fuimos la fábrica de llantas de caucho para los grandes camiones tolva de las empresas mineras. Cada uno de neumáticos media entre tres y cuatro metros de diámetro y nosotros no sabíamos que estos se fabricaban en Chile. Años más tarde la compañía cerró esa fábrica. Estando en La Serena, fuimos a Vicuña donde se encontraba la faena de construcción del Embalse Puclaro y de su central hidroeléctrica, enclavada debajo del muro. Esta era la primera vez que los visitaban los representantes máximos de distintas AFP y fuimos muy bien recibidos. Para realizar esta obra fue necesario trasladar, previamente, el pueblo completo de Gulliguaica, emplazado originalmente al lado del río Elqui, en el fondo del valle, a una nueva ubicación al costado de los cerros del lado norte sobre la cota máxima del futuro lago. Los proyectistas, constructores y nosotros mismos no nos imaginamos en ese entonces los positivos efectos secundarios que tendría este lago en el desarrollo turístico y económico de la región. Hoy el embalse Puclaro es un centro turístico de atracción mundial

por sus extraordinarias condiciones para practicar deportes náuticos como el yachting y especialmente el windsurf y el kitesurf. El lugar mereció la edificación de un hotel. Actualmente, en el año 2021, no se podría pensar en construir este embalse, pues bastaría con plantear la necesidad de trasladar a un antiguo pueblo de quinientos habitantes para que miles de personas se opusieran. Terminamos esa gira subiendo en la tarde, en auto, por un camino de tierra a un mirador situado en un cerro al sur de La Serena, desde donde se tiene una vista panorámica esplendida sobre la toda la región, cuyo telón de fondo es el mar azul e inmenso. Aun no se construía la Cruz del Milenio.

Como vicepresidente en ejercicio de la AFP, me correspondió encabezar una visita a Valdivia. Todo se desarrolló como de costumbre. La visita fue a la fábrica de Licores Fehrenberg, la más antigua de la ciudad. Estaba programado un acto interno, la premiación a la mejor vendedora del año de Hábitat. La ceremonia se realizó frente a todo el personal de la ciudad y de algunos invitados de nuestras AFP de Temuco y de Osorno. Se trataba de una señorita de unos veinticinco o treinta años y el premio consistía en un paseo por Santiago de varios días, con todo pagado. La ganadora lo agradeció efusivamente, pero a continuación lo rechazó. Cuando se le preguntó por qué, confesó que nunca había estado en una ciudad grande y que la perspectiva de transitar por sus calles, le producía terror. Finalmente nos contaron que habían logrado convencerla, comprometiéndose a asegurar que sus colegas de Santiago la acompañarían en todo momento. Incluso se alojaría en la casa de una de ellas. Creo que fui uno de los más sorprendidos, pues me resultaba incomprensible que alguien con el carácter y desplante que requiere ganar el premio de la mejor vendedora, se amilanara ante la posibilidad de una visita a Santiago. Más tarde después de la conferencia me correspondió moderar numerosas de las dudas de los asistentes, muchas relacionadas con las

alusiones a la contaminación que producía la crianza de salmones. Este era el tema en boga y sabiendo que yo había estado involucrado en ello, varias personas, creo que muchos de ellos periodistas, requirieron mi pronunciamiento sobre el asunto, pero creo que logré no enredarme en el problema y en ambas instancias centrar mis respuestas en cuestiones propias del nuevo sistema, en sus beneficios para el afiliado y para la economía nacional.

En otra ocasión viajé a Iquique, acompañado de mi señora, Mimí. Aprovechamos de visitar el sitio donde está hundida la Esmeralda. Abordamos un barco pequeño con frío por la mañana. Allí rendimos un sentido homenaje a los héroes del desigual combate naval, y les lanzamos una corona de flores. Creo que el hundimiento de la fragata Independencia, escolta del Huáscar, a la larga, definió el resultado de la guerra fratricida entre tres naciones que debieron y debieran tener políticas de estado, de cooperación mutua.

Después de visitar a las autoridades fuimos a las oficinas de la Administración de la «Zona Libre» Para ello debimos bordear la zona de atraque de los barcos que pescan la anchoveta. El olor era nauseabundo, pestilente, pero nuestro representante iquiqueño comentó «Huele a dólares». Admiramos el nuevo edificio de la Administración de Zona Libre y su Gerente nos puso al día en las altas cifras de importaciones que manejaban las que eran principalmente destinadas a Bolivia. Por la tarde visitamos Pozo Almonte, La Tirana y alojamos en “La Huayca”, hotel de la Caja de Los Andes recién inaugurado pero todavía en construcción.

Más tarde regresamos a Iquique para la conferencia y el coctel de costumbre. La concurrencia se entusiasmó a tal grado, quizás con algo de ayuda del vino, que cantaban «Hábitat, Hábitat pura calidad”. Ya pasadas las doce de la noche, me correspondió echar a los

invitados rezagados, ordenando que apagaran las luces.

En el norte, hicimos una visita a Copiapó, que fue excepcional. Fuimos invitados a visitar la casa del suegro de uno de nuestros gerentes. De muchacho, yo guardaba la imagen de una ciudad polvorienta y triste, y de un valle seco con algunos parronales de vides amarillentas esparcidas aquí y allá, y de papayos apañuscados con sus frutos colgando, como rogando que alguien se los llevase. Ahora, en cambio, era una ciudad con calles recién barridas y casas de fachadas limpias. Yendo a la casa de nuestro anfitrión, contemplé los empinados faldeos de los cerros que limitan el valle por ambos lados, rayados con el verde de las hileras de vides que los decoran. El camino, siempre en subida, se desliza entre parronales sin fin, papayos amarillosos, pero firmes, y casas recién pintadas. No sabíamos que la casa se encontraba en el extremo donde termina el valle. Él, y parte de su familia, nos recibieron cariñosamente, con bebidas refrescantes que nos hacían falta. Nos sentamos a la sombra de una añosa higuera cuyo tronco, retorcido por los años, calculo media más o menos un metro de diámetro. De inmediato se entabló una amena conversación, como si fuéramos antiguos amigos. En uno de los silencios, característico de toda charla, nuestro anfitrión, nos contó que cuando comenzó el proceso de expropiaciones durante la Unidad Popular, el suyo fue el primer predio afectado. Por eso, había huido junto a su familia hasta donde nos encontrábamos ahora, y habían vivido por un tiempo en una carpa bajo la higuera que ahora nos protegía del sol. Los paisanos lo cuidaron, y dijeron que se había ido a Argentina. Él arregló y cultivó la tierra cercana, ahora cubierta con parronales, para tener con qué alimentarse. Cuando el presidente Allende fue derrocado, consiguió dos casas de madera del “Hogar de Cristo” en las que vivió hasta que el nuevo gobierno le restituyó su fundo. Y concluyó: “Ahora el valle es un vergel gracias al riego gota a gota introducido por

los técnicos israelís”. Al terminar el asado y el postre, nos mostró esa casa de madera de pino, que nadie adivinaría, estaba construida con los paneles de madera correspondientes a dos casas del “Hogar de Cristo”.

De regreso a Copiapó junto con nuestros dos gerentes, uno de ellos, el yerno del dueño de casa, cada cual elogió el temple, la resiliencia y la simpatía de una familia que, aislada, perseguida y en precarias condiciones, había sobrevivido a cuatro años de persecución política, sin desmayos, por ninguna otra razón que poseer un fundo y que, con el cambio de gobierno, se levantó incólume y sin odio ni ánimo de venganza para con sus verdugos.

Al otro día, después de cumplir nuestra misión en Copiapó, acompañados por nuestro Gerente General, nos dirigimos por tierra a La Serena. Durante las primeras horas del viaje, el camino era tedioso y seco. Pero, de repente, empezó a animarse con una flor roja por acá, un pequeño pango lila más allá, hasta que todo lo que abarcaban nuestros ojos era una carpetita de maravillosos colores que se extendía hasta el horizonte. La voz ronca del chofer me despertó de un ensueño diciendo: ¡Les tocó el «desierto florido»! Sin saberlo ni buscarlo, habíamos elegido viajar justo cuando empezaba este fenómeno que, cada tres o cuatro años, es provocado por lluvias ocasionales, siempre escasas en la región permite que el desierto viva y florezca, que despierten a los insectos y lleguen pajaritos, no se sabe de dónde. El evento dura apenas cinco o seis días. Nos detuvimos para contemplarlo y gozarlo con calma. Desenfundé mi máquina fotográfica, Violeta, la mujer de Germán, y Mimí se peinaron y estiraron sus vestidos. Tomé treinta y seis fotografías, todo el rollo: panorámicas, grupos, individuales, desde arriba del capó, fotografías de todo tipo. Cuando guardé el rollo al llegar al hotel de La Serena, descubrí con espanto que el rollo de películas no había rodado y permanecía en su capsula original. Con temor comuniqué mi falla

a mis compañeros de ruta. Siguieron quejas y recriminaciones surtidas. Mimí recordó que no era la primera vez que me pasaba, y que para la graduación de mi hermana Marcela como profesora de inglés, había sucedido algo similar. Cambié de máquina fotográfica. Dicen que los sabios son distraídos, pero yo sólo soy distraído. Para consolarme, pensé que los recuerdos del grandioso espectáculo del Desierto Florido, que la suerte, inesperadamente, nos permitió contemplar era superior a la observación de cien buenas fotografías, resulta mucho más personal y profundo.

En las pocas ocasiones que me correspondió ejercer como presidente de AFP Hábitat, por ausencia de Germán, solo tuve que dirigir las reuniones del Directorio. Cuando las abría en mi calidad de «presidente en ejercicio» algunos directores me hacían bromas levantando repetidamente los brazos como si estuvieran realmente en clases de gimnasia. También en este cargo me correspondió decidir la adjudicación de la propuesta del seguro de los afiliados. Entre las cotizaciones que recibimos, estaba la de la compañía de seguros “La Construcción” de la CChC. Su Presidente, Sergio Orellana, era amigo mío desde que habíamos sido compañeros en la escuela de Ingeniería, de modo que yo era consciente de cuán importante era esta propuesta, pero su presupuesto no era el más económico. En consecuencia, indicamos que lo más conveniente era aceptar la cotización de la compañía que había ofrecido la tasación más barata. El Directorio, que era consciente del conflicto de intereses, aprobó nuestra proposición de elegir a la compañía que había presentado el presupuesto más bajo y había ganado la propuesta, convencido de que era más conveniente a AFP Hábitat. De inmediato le comuniqué a mi tocayo la desagradable noticia de que La Construcción S.A. había perdido esta licitación. Él estuvo de acuerdo con el criterio aplicado, pero expresó su preocupación por la compañía afectada. Creo que este es uno de los criterios que ha

contribuido al éxito de las empresas de la Red de la CChC y que debe continuar aplicándose. Los miembros de sus directorios, aunque designados mayoritariamente por la CChC se deben moral y legalmente a sus respectivas empresas y no a quien los nombra.

Otra experiencia notable fue la huelga que realizó una parte del personal, principalmente de los vendedores, a la que adhirieron algunas personas de otras reparticiones. Debimos soportar el retumbar del bombo, el ronco tañido de la trompeta y los aplausos de algunos participantes que desde la esquina de Av. Providencia con Marchant Pereira molestaron durante varios días a los vecinos y a quienes circulaban por ese sector. En otros países como EE. UU., está prohibido hacer ruido y detenerse más de lo necesario en la vía pública. La huelga se solucionó accediendo a parte de las demandas. En el intertanto, Hábitat pudo mantener su actividad normal lo que permitió a los gerentes darse cuenta de que tenían personal en exceso y tendieron, oportunamente, a disminuirlo. En algún momento Hábitat había llegado a tener tal cantidad de vendedores, sobre mil, que decidimos, con la aprobación del Directorio y de la Superintendencia, construir un edificio de varios pisos. Sin embargo, después de varios años bajó la necesidad de vendedores y la administración posterior a Germán decidió vender el edificio. Entiendo que la disminución de la necesidad de vendedores se debió, principalmente, a que paulatinamente fueron disminuyendo los posibles candidatos a incorporarse al sistema. En la actualidad, los posibles candidatos a afiliarse a las AFP son quienes recién se incorporan al trabajo, después de un año, y los que se cambian de AFP. El ahorro de más de cinco y medio millón de personas que han depositado el 10% de sus sueldos en las AFP y las buenas inversiones que estas han realizado estas los, ha constituido, repito, una de las bases del extraordinario desarrollo del Chile.

A mediados de los años noventa, la Cámara nos conectó con un grupo de argentinos que pensaba en establecer una AFP en su país. Los recibimos en nuestras oficinas y conversamos sobre diferentes posibilidades para traspasarles nuestra experiencia. Nos invitaron a conocerlos más de cerca, en Buenos Aires. Eran los dueños de un Banco de “segundo piso” y otro, de un prestigioso diario argentino. Pronto nos encontramos en Buenos Aires Germán Molina, Sergio Orellana, Ramón Leyton y quien escribe. Nos recibieron aquellos que habíamos conocido en Santiago y otras personas más. Durante tres o cuatro meses nos reiteraron que deseaban formar algo similar a una AFP chilena, que dispondrían del capital suficiente, y que AFP Hábitat participaría en la propiedad y en el Directorio de la empresa con aportes mínimos, los que figurarían ampliados por la asesoría. Cuando nos reuníamos en la capital trasandina, viajábamos por el día, abordando un avión temprano y regresando a Chile a última hora, por la noche. En una ocasión nos invitaron a almorzar a “La Caldera”, advirtiéndonos de que se trataba de algo rústico y que solo servían churrascos. Aceptamos y después de una reunión de trabajo, bajamos en el ascensor hasta el subterráneo. Yo pensaba que nos llevarían en auto, pero después de recorrer varios pasadizos, nos encontramos en una sala con un mesón parcialmente cubierto con papel blanco y unas bancas de tablonos sin respaldo. Estábamos en la sala de Calderas del edificio. Nos sirvieron unos sándwiches con deliciosos churrascos en pan caliente acompañados de bebidas sin alcohol. Para proteger su privacidad, llamaré Fermín uno de nuestros anfitriones, quien nos explicó que era una costumbre que había nacido cuando notaron que ciertos días los empleados superiores no salían a almorzar. Ellos les explicaron que Juan, el calderero, preparaba churrascos y los vendía muy baratos. Pronto los Gerentes también almorzaban en la Caldera. Debido a su popularidad, fue necesario regular los clientes de la Caldera, que tenía un espacio limitado. El día de nuestro almuerzo correspondía a la

gerencia. Aplaudimos a Juan por su iniciativa y al Gerente que lo solucionó salomónicamente y en forma positiva. Posteriormente Fermín nos contó, que permitir el funcionamiento de La Caldera había mejorado notablemente las relaciones entre los empleados de la compañía y también con la Gerencia.

El Directorio acordó arrendar o comprar oficinas para la nueva AFP y se consiguió una en el segundo piso de un edificio frente a una amplia avenida donde pudimos reunirnos. Después de un largo tiempo de trabajo en conjunto Hábitat de Chile desechó el proyecto. Tiempo después el gobierno argentino expropió los pocos ahorros que se habían recibido. Podríamos haber conocido el cuento que narra a un especialista chileno explicando el sistema AFP a un grupo de economistas argentinos. En medio de la explicación una voz estentórea lo interrumpe diciendo: “Eso no resulta aquí. ¿Vos creés que algún paisano de estos pagos va a pensar en entregar su guita a otro para que se lo retorne treinta años después?” Durante mis múltiples estadías en Buenos Aires pude apreciar el enorme potencial económico de Argentina al leer, por casualidad, en un periódico un aviso chico, de dos columnas de ancho y no más de cuatro cm. de alto, en que se ofrecía un campo de aproximadamente 2.500 hectáreas con 3.000 cabezas de vacunos. No sé si en Chile existe un fundo de esas dimensiones y con esa dotación de animales. Basta volar de día hacia Buenos Aires para darse cuenta de que el avión, después de sobrepasar los últimos contrafuertes de los Andes, vuela por una hora y media sobre un campo plano especial para el cultivo. Si no fuera por sus gobiernos nuestros vecinos serían una potencia mundial.

Hábitat emprendió otro intento de internacionalizarse en Perú. Para ello entramos en contacto con empresarios peruanos durante la presidencia de Fujimori. En nuestra primera visita a Lima nos esperaba un auto que en Chile sería calificado como un “cacharro”: viejo, con

varias abolladuras y mal pintado. ¡Pero por dentro parecía nuevo! Cuando llegamos al hotel la puerta estaba apenas entreabierta y vigilada por dos soldados portando sendas metralletas que apuntaban al cielo. Nos explicaron que eran medidas de seguridad, el auto viejo, pero con una escolta camuflada, que no detectamos, los guardias armados y muchas otras previsiones como precaución de posibles ataques del “Sendero Luminoso”, tras el cual opera el Partido Comunista, y que en esos años asolaba todo el Perú.

Nos concentramos en nuestro propósito y avanzamos bastante. En uno de los subsiguientes viajes a Lima fuimos invitados a la casa de uno de los socios del proyecto. El automóvil que nos llevaba entró a su casa a través de un portón que se abrió justo cuando lo enfilábamos, se detuvo frente a un muro macizo, a ocho metros y paralelo a él, estábamos en un patio de nueve por seis metros de muros altos con dos portones que formaban un ángulo recto. Nuestro vehículo retrocedió y giró hacia la derecha donde se abrió el segundo portón pasado el cual recién avistamos la residencia de nuestro anfitrión. Aunque se trataba de una comida social, no pudimos dejar de notar que, al llegar, los invitados iban dejando disimuladamente en una mesa escondida tras una cortina, cinturones con pistolas y municiones. Seguramente no quedaban totalmente desarmados, así que me sentí inquieto por un rato, pero después se me olvidó al son de la muy cordial y variada charla del encuentro. Aunque hicimos varias visitas más a Lima con junto con R. Leyton y Augusto Bruna para continuar las conversaciones sobre una AFP peruana con participación de AFP chilena todavía el “horno no estaba para bollos”. Entiendo que actualmente AFP Hábitat participa como tal en Perú.

En septiembre u octubre de 1993 Germán Molina me comunicó que debía dejar mi cargo de vicepresidente pues la compañía extranjera con la que la CChC estaba en conversaciones

avanzadas para asociar su AFP Hábitat requería ese cargo. El directorio y algunos Gerentes me ofrecieron una cena espléndida, la que terminó con varias intervenciones que me llenaron de satisfacción. Traté de agradecerlas y desearles que nuestra AFP y todas las otras siguieran realizando su misión única de invertir los ahorros de los chilenos en la forma más rentable posible, equilibrándola siempre con la debida seguridad.

No puedo terminar este relato, sin agradecer nuevamente, esta vez en este cuadernillo, a los presidentes de AFP Hábitat con los que tuve el gusto de trabajar, Gustavo Vicuña y el recientemente fallecido, Germán Molina M., así como a todos los directores que integraron este cuerpo colegiado durante mis trece años de labor, ocho de ellos como su vicepresidente. Su paciencia, buena voluntad hacia mi persona, la comprensión que manifestaron ante mis involuntarios errores y, especialmente, las siempre atendibles intervenciones de los directores y los sabios consejos de Germán. También merecen palabras de profunda gratitud todo el equipo de gerentes y su personal, que actuaron conmigo y Germán, encabezados por Ramón Leyton y posteriormente por Hernán de Solminihaç. Indudablemente todos estábamos convencidos de estar trabajando para que nuestros afiliados gozaran de pensiones satisfactorias, para lo cual era necesario que los ahorros de los trabajadores de Chile se invirtieran en forma tal que produjeran una alta rentabilidad. En buena medida, el desarrollo económico y social que hemos experimentado como país, se debe a los miles de millones de dólares que las AFP han invertido en Chile y el extranjero. Pues solamente invirtiendo, en forma rentable, una parte de nuestro trabajo, es posible lograr desarrollo tanto individual como nacional.

21. CORPORACIÓN CULTURAL DE LA CChC

Corría el año 2006 cuando recibí una comunicación informando que la CChC había nombrado a Alfredo Silva como director de su Corporación Cultural. La misión de la Corporación es promover la cultura entre el personal de las empresas adheridas a la Cámara y sus familias. Su presidente me llamó reiteradamente para invitarme a la reunión de su Directorio. Aunque, en general, no disponía de mucho tiempo, finalmente accedí a asistir a un Directorio con la idea de declinar el cargo. La reunión se realizaba en una amplia sala del edificio de la Cámara, y fui tan amablemente acogido por su presidente y por el Directorio, entre los cuales había varios que eran muy amigos míos que resolví que esa no era la ocasión para rechazar el cargo... me mantuve en él hasta el 2013 o 14.

Uno de los primeros problemas que tuve que enfrentar como miembro del directorio fue la cuestión de la falta de espacio para el desarrollo de las actividades de la Corporación. Aunque la administración disponía de algunas oficinas en otro piso, estas no le eran suficientes para atender a su público y pagar los honorarios de los artistas que debía contratar para cumplir su función. Finalmente, el directorio resolvió cambiarse al sexto piso de un edificio aledaño a la Iglesia de la Divina Providencia. Una vez que arrendamos el espacio, decidimos remodelarlo, para lo que se contrató a un arquitecto que proyectó los planos del espacio interior. Si bien esta se demoró más de lo proyectado, finalmente nos cambiamos. Ahí disponíamos de una sala multiuso para realizar las reuniones del Directorio.

Pronto se planteó la necesidad de proceder con una estrategia o plan de acción de desarrollo a cinco años. Este era impulsado por el director José Ramón Valenzuela, quien quería que fuese un plan muy acotado en tiempos

(semestres), personal, dinero en caja, y reserva, proyectos etc. Nos demoramos algún tiempo en llegar a un acuerdo. Para zanjar nuestras últimas diferencias, Alfredo nos convocó a un conclave de un día fuera de Santiago. Este resultó un éxito total, pues llegamos a un acuerdo en detalle del plan de acción. Además, fue una oportunidad para conocernos mejor.

En cierto momento me hice cargo de la Auditoría de la Corporación. Para ello, me reunía cada quince días con el gerente general y con el contador, con quienes revisábamos las cuentas. Los contratos con terceros, por su parte, eran realizados por nuestro abogado. La auditoría se desarrolló normalmente hasta que el gerente fue absorbido por el tráfigo de la remodelación incrementada por su nula experiencia en la materia. No podía asistir a las sesiones de auditoría y si lo hacía tenía la cabeza en otra parte. Hubo que cambiarlo. Asumo mi responsabilidad por no haberlo hecho notar con fuerza en el Directorio.

En el año 2011, el directorio programó un viaje de los directores con señoras a las Torres del Paine, con alojamiento en el hotel “Llanuras de Diana” de la Caja de Compensación Los Andes. Además del directorio, asistió nuestro gerente general, el Sr. Alejandro Lara y su señora. En total éramos catorce personas.

Llegamos a las Llanuras de Diana como a la una de la tarde y nos citamos a almorzar a las 3. Pero antes, impensadamente, nos reunimos en el living del Hotel donde nos sirvieron aperitivos. Sonia, una de nuestras directoras, volvió presentarnos a su marido, que era el único hombre del grupo que no era conocido por todos.

En el comedor nos sentamos frente a una mesa larga que corría paralela al muro. Alfredo, que la presidía, quedaba mirando por una ventana desde la que se podía contemplar un floreado jardín que remataba en una gran laguna. Detrás de ella se extendía un bosque

interminable, cerros y el cielo azul. Pero no estábamos para contemplar paisajes pues faltaba poco para las cuatro de la tarde

Después del primer plato se sugirió que cada pareja contara como había conocido a su media naranja. Alfredo relató su historia especial, y mi querida Mimí intervino para decir que “ella se lo había robado a su mejor amiga”. Detalló que su amiga le había confesado que habían terminado su pololeo conmigo, pero que deseaba volver. Le estaba pidiendo ayuda porque, según decía, yo era un muy buen pololo. Su amiga habló tan bien a mi favor que Myriam se entusiasmó conmigo y aquí estábamos juntos sesenta y ocho años después. Solamente pude acotar “¡Lo que significa una alabanza!” La anécdota fue seguida por carcajadas, risas y largos aplausos. Pensándolo con calma, Ernest Hemingway tiene razón cuando dice, en su libro *Por quién doblan las campanas* que “la vida es como un tejido de múltiples lanas de diferentes colores”. Después de las “confesiones” de cada una de las parejas quedamos definitivamente más amigos que antes, especialmente las señoras.

El día siguiente, salimos temprano del Hotel. Esta vez Mimí, que siempre iba a los paseos, prefirió quedarse en el Hotel, diciendo que ya había realizado esta excursión. En el minibús que nos trasportaba, Luis Felipe Montero nos hizo una prueba para demostrar su capacidad de memoria. Cada uno de nosotros debía decir una palabra y él recordaría quién la dijo o que palabra había dicho cada uno. Cada quien dijo su palabra y Luis Felipe se tomaba su tiempo para grabarla en su cabeza. Terminada esta parte y después de varias pruebas en que cada cual preguntaba por su palabra nos convencimos de que había logrado registrar en algún rincón de su cerebro todas las palabras y el nombre de quién las había pronunciado. Al final de su presentación le dimos un gran aplauso y gracias a este divertimento el trayecto hasta Puerto Natales, de casi una hora, se nos hizo corto.

Una vez allí abordamos un barco que muy pronto navegaba a través de canales estrechos labrados en la roca hace millones de años, por glaciares que databan de la época en que nuestra América estaba emergiendo de la glaciación total. Aunque la oportunidad de admirar un glaciar sea un espectáculo común en los canales del extremo sur de Chile, es poco común en general. Yo sólo lo he visto en el famoso “Cañón del Colorado” y en Alaska, también navegando.

A ambos lados del glaciar nos dirigían enormes cerros. Algunos ostentaban miles de nidas de cormoranes, los que volaban sobre el barco. Otros, del lado opuesto, exhibían largas y finas cascadas. Ambos mostraban en sus caras, pulidas por los antiguos glaciares, líneas curvadas de diversas sedimentaciones geológicas, las que subían o se sumergían en el mar. Eran huellas indiscutibles de grandes movimientos tectónicos ocurridos cuando la tierra estaba terminando de formarse, hace millones de años.

Después de un par de horas de navegación desembarcamos en Puerto Toro y luego de una breve caminata, en medio de un tupido bosque de arbustos y mojados por una incipiente garúa, admiramos el imponente glaciar Serrano, que se encontraba al otro extremo de un lago, cubierto de témpanos multicolores. El glaciar, como un gran telón de fondo blanco, cerraba el maravilloso espectáculo. Nos acercamos al glaciar en una lancha inflable, donde apenas cabíamos los trece más el botero, entre témpanos de pálidos colores: lila, oro y verde. Bebimos whisky con hielo milenario sacado con golpes de remo de un témpano cualquiera.

Debíamos proseguir en lancha por el río Cruces, que es la entrada sur al parque “Torres del Paine”. En la lengua del pueblo *Aónikenk*, los antiguos habitantes de esta zona, *paine* significa azul. En general, la entrada al parque es la oriental, habilitada para vehículos motorizados. Para el recorrido por el río debimos vestirnos con ropas adecuada que nos resultaron muy difíciles

de poner, pero muy prácticas para nuestro propósito. Nos subimos a otra lancha inflable, que tenía asientos individuales. La subida del río transcurrió sin mayores incidentes. En las dos horas que duró el viaje por el río contemplamos un paisaje cambiante de cerros nevados, llanuras verdes, lluvias y sol, aunque estaba nublado en general. Cuando debimos pasar a través de un rápido, los dos guías que nos acompañaban nos recomendaron afirmarnos con ambas manos al bote, pues las aguas nos zamarreamos muy fuerte y hubo, incluso, algunas personas que gritaron.

Cuando desembarcamos nos quitamos los trajes sobrepuestos y nos sentimos más livianos, pero con hambre. Eran apenas las doce y nos esperaba un aperitivo y un almuerzo suculento cocinado por una señora del lugar. El plato de fondo era un gran trozo de salmón recién pescado, con papas cocidas. Creo que me lo repetí.

En el bus que nos esperaba recorrimos rápidamente el Parque. Si bien el recorrido en detalle estaba programado para el próximo día, pudimos admirar, entre nubes, sus clásicos cuernos, sus lagos y sus maravillosos paisajes. Finalmente regresamos a las Llanuras de Diana bordeando el Lago Negro, en parte del largo camino.

Al otro día, visitamos al Parque Azul, es decir, el Paine, en nuestro cómodo bus, accediendo esta vez por la entrada oriente, a través de un amplio camino de tierra. Subimos hasta el final de la ruta en el bus y continuamos ascendiendo a pie un trecho de mil metros para, al final, admirar un caudaloso río precipitarse por una pendiente abrupta, encajonado por cerros. De regreso, nos sorprendió un gran rebaño de llamas que pastaba libremente al costado del camino. Nos detuvimos para sacar más fotografías cuando uno de los del grupo debió alejarse corriendo del rebaño, pues el macho alfa lo encaró.



Retrato grupal.

Más tarde, admiramos el lago Pehóe y almorzamos en la hostería Grey que debe su nombre al lago homónimo que la circunda. Nuevamente entre nubes admiramos los cuernos del parque, con su característico coronamiento de roca negra con tintes de café. Ya de regreso visitamos la Cueva del Milodón, un enorme socavón en un cerro donde, tiempo atrás se encontró la piel de ese animal prehistórico, que se conserva en un museo de Londres. Al final del día pasamos a conocer Puerto Natales y volvimos a nuestro hotel donde nos esperaba, a modo de despedida un asado al palo de un cordero. Aunque estábamos cansados por el paseo, celebramos, entre risas, tallas y agradecimientos, hasta pasado las doce de la noche, degustando el asado precedido por aperitivos y seguido por los bajativos correspondientes.

No obstante, sé por algunos comentarios de pasillo, que el viaje parece haber sido objetado por la CChC, creo que esta reunión de cuatro días fue el cimiento de las relaciones cordiales y de confianza entre los directores de la Corporación Cultural de la CChC. Hasta antes de esta excursión nuestra Corporación solo había realizado acciones que me permito catalogar como rutinarias, aunque eficaces para cumplir las finalidades de una corporación cultural. A excepción de un proyecto Bicentenario que consistió en un convenio con la PUC, en que cooperamos junto a la Caja de Compensación los Andes en el financiamiento de la impresión y publicación de un libro que contiene parte del “registro patrimonial” de fotos de René Combeau de los tiempos de gloria del teatro chileno (1949-1969), y que culminó en una exitosa exposición en el Museo de Bellas Artes. Otro proyecto digno de destacar es el vínculo

que establecimos con el Sindicato de Artistas de Circos, el que culminó en una presentación en el Teatro Municipal de Santiago con un espectáculo muy bueno y variado, en el que se destacó la participación de la CChC.

Sin embargo, con posterioridad al paseo que he comentado, la unidad y confianza que se estableció entre los directores de ese tiempo y con los que los reemplazaron después permitió, que, además de incrementar sus acciones rutinarias, se realizaran, hasta mi retiro hace seis años, tres actividades que estimo dignas de destacarse. En primer lugar, en 2015 la Corporación fue designada fiel depositaria y aval de fondos que ascendieron a US\$ 20 millones para ser invertidos en el Pabellón de Chile en la Exposición de Milán. El directorio consideró y discutió en detalle la responsabilidad que implicaba la posibilidad de aceptarla para decidirse en su favor. El tema de la exposición de era “La alimentación en el planeta” y el asunto del pabellón nacional fue “Chile potencia alimentaria”. Debo decir que considerando la pequeña área cultivable de Chile estimo que “potencia” nos quedaba híper grande. Tal vez habría sido más acertado titularlo “Chile, productor de variados y exquisitos frutos”. El Comisario General de este Proyecto fue Lorenzo Constans ex presidente de la CChC. En segundo lugar, cooperamos con la celebración de los sesenta años de la CChC, produciendo una adaptación visual-musical de “La Flauta Mágica” de Mozart y organizando su gira por seis ciudades con auditorios colmados por el personal de entidades de la Cámara. Finalmente, con motivo de los treinta años de AFP Hábitat S.A. la Corporación, organizó y realizó una gira por el país de la afamada cantante de ópera nacional Verónica Villarroel.

Antes de finalizar este capítulo deseo disculparme públicamente ante el marido de Sonia Ramos por no haberlo reconocido cuando en el centro de Santiago, en la esquina de las calles Agustinas con Ahumada, me saludó

y tuvo que identificarse como el marido de Sonia. Siento que mis disculpas en ese momento no lo satisficieron. Entre mis diversas fallas, no reconocer a gente con las que he compartido recientemente y mi más que pésima ortografía, son las que más me han molestado en mi vida.

Una noche a fines del 2014 fui objeto de una comida de despedida de la Corporación a la que asistió todo el directorio de la corporación, además de algunos gerentes acompañados de sus señoras. Al finalizar la cena, ya pasados los discursos de rigor, los que agradecí, finalicé mi intervención recitando el poema “Vida, estamos en paz” de Amado Nervo, que comienza diciendo “Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo vida”. Contaba entonces con noventa años.

V. Varios

22. LLEGADA DEL WINNIPEG A VALPARAÍSO

De acuerdo con lo solicitado por WhatsApp por un querido Alerce, cuyo nombre desconozco pues sólo me indicó su número de teléfono, narraré lo que mi padre me contó sobre la recepción de refugiados españoles republicanos que llegaron a bordo del carguero Winnipeg. Llegaron a Chile tras treinta días de navegación en precarias condiciones de salubridad y alimentación, pese a los esfuerzos de nuestro vate Pablo Neruda por reacondicionar el barco y proveerlo adecuadamente.

El hoy famoso Winnipeg atracó en el puerto de Valparaíso en la mañana del día 3 de septiembre de 1939, fecha que coincide con la aciaga invasión de Polonia por parte de la Alemania Nazi, que dio comienzo a la Segunda Guerra Mundial. Los esperaban autoridades chilenas sobre una tarima abarrotada, quienes vieron descender del carguero una larga columna con dos mil personas, que incluía mujeres, hombres y algunos niños, todos mal vestidos. La mayoría escuchaba pacientemente de pie los discursos de bienvenida, cuando cerca de del medio día, sonó la sirena del Puerto que anunciaba las doce. Toda la columna se lanzó al suelo y quedó tendida allí. Nadie permaneció de pie. Habían reaccionado instintivamente a la tara de la guerra de la que venían saliendo, con un postrero recuerdo de los bombardeos nazis que destruyeron Guernica y azolaron las ciudades de la España republicana.

Manuel Valcárcel, ya fallecido, uno de los tripulantes del Winnipeg, me contó en repetidas ocasiones, que estaba grabando partes de su vida y que ya tenía muchas cintas registradas. Sería muy valioso encontrar esas grabaciones y transcribirlas, para dar a conocer las experiencias de estos emigrados de la república y sus vivencias en Chile. Por ejemplo, me contó que una vez terminada la recepción del Winnipeg, al salir sin rumbo del recinto portuario, se acercó a un carabinero para preguntarle dónde podría comer sin pagar. El carabinero le respondió que no conocía un lugar así, y le ofreció un cigarrillo. Terminó almorzando en su casa una “cazuela caliente y abundante” y probó por primera vez el choclo, que comió desde la coronta.

Ya en Santiago mi amigo recordaba haber entrado en una óptica ubicada en el cruce del Pasaje Matte y ofrecer al dependiente imprimir un folleto. El señor que lo atendió era mi padre, que al saber que Manuel era uno de los refugiados del Winnipeg, lo llevó personalmente a un restaurante cercano, en un subterráneo de la calle Huérfanos, donde consiguió la impresión de la folletería. Este fue su primer trabajo en Chile y también el motivo de nuestra primera conversación en la Cámara, cuando me preguntó si conocía a Enrique Kohn. Fue el comienzo de una amistad difícil de emular.

Durante nuestras largas charlas posteriores, Manuel Balarce me contó que durante la guerra civil le había sido encomendada la tarea de llevar un mensaje al alto mando leal, por el camino de Barcelona al sur. Mi amigo



Almuerzo del Grupo Alerce.

viajaba a horcajadas de una moto conducida por un soldado, cuando fueron atacados con fuego de ametralladora por un avión. Ambos se agacharon, procurando esquivar las balas. La cara de Manolo quedó sobre la espalda del soldado, a escasos centímetros de su cabeza y, años después todavía recordaba oír el sonido de una “sandía que se parte”. Mientras el propio Manuel voló para caer sobre una mata de las zarzamoras que bordeaban el camino, el cuerpo del soldado yacía sobre el camino con su cabeza en un charco de sangre.

Me hago un deber recordar el protagonismo de Manuel Valcarcel, especialmente cuando intervenía en los Consejos Nacionales de la CChC, para clarificar y exponer el meollo del tema en cuestión y su opinión al respecto, impostando la voz, técnica que había aprendido en la escuela de teatro de Federico García Lorca. No había cena final de un Consejo Nacional

de la CChC en la cual no oyéramos, a pedido de la concurrencia, después de sus consabidas disculpas colmadas de picardía, los versos de la “Casada Infiel” de Francisco García Lorca que empiezan:

*“Y yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta
pero tenía marido...”*

Muchos otros españoles llegados en el Winnipeg se han destacado en nuestro país. Entre ellos, recuerdo especialmente a tres: Leopoldo Castedo, que hizo un magnífico resumen de la Historia de Chile de tres tomos escrita por el erudito Francisco A. Encina en veinte volúme-

nes; al Dr. Victorino Fargas que arribó siendo niño, cursó medicina en la Universidad de Chile y posteriormente escribió un tratado de enfermedades pulmonares que constituye un texto de consulta y estudio de muchas escuelas de medicina hasta la fecha, y que, casualmente, es uno de los abuelitos de la esposa de un nieto mío, ambos son actualmente médicos; y por último debo señalar a un arquitecto, que al principio ofició de artesano e hizo el mosaico de mármol de colores, que adorna el piso de la entrada de mi casa como retribución a una de las profesionales que le habían ayudado. Él retornó a su patria.

Debo expresar nuestros agradecimientos a Pablo Neruda, artífice del Winnipeg y a sus colaboradores que, por motivos humanitarios y políticos, trajeron a cientos de familias españolas a Chile, quienes tuvieron un tremendo impacto cultural que perdurará por mucho tiempo en nuestro ambiente.

23. VIAJE A PUERTO RICO AL CONGRESO FIIC

Estamos en el año 1970. Fiel a mis principios me inscribí en la lista de los postulantes a viajar a Puerto Rico y, luego de un tiempo, nos “enavionamos” rumbo a San Juan, su capital, para asistir al congreso bianual de la Federación Interamericana de la Industria de la Construcción (FIIC).

Nos esperaba un enorme hotel. Nunca habíamos estado en uno que tuviera salas de conferencias y galerías con tiendas variadas, pues en ese entonces no existían ni en Santiago ni en Rio de Janeiro.

Aunque asistí a la conferencia inaugural y a otras, junto Mimí y un grupo de amigos CChC nos dedicamos principalmente a conocer la ciudad. Paseamos por el “Barrio Antiguo” con sus estrechas calles adoquinadas, donde compramos algunos recuerdos. Nos llamó mu-

cho la atención el porte del fuerte “El Morro”, con la cadena que antiguamente impedía la entrada a la bahía de barcos enemigos o piratas y sus grandes cañones que hacían el puerto en inexpugnable.

La cena de despedida fue de vestido largo para las señoras, de modo que Mimí tuvo que comprar uno en unas de las tiendas del hotel. Después tuvo que llevar su vestido durante el largo recorrido que nos quedaba, pues planeábamos visitar Los Ángeles, San Francisco y Berkeley.

Un sábado, de madrugada, volamos a Los Ángeles con escala en Miami a la casa de una de las innumerables primas de Mimí. En el aeropuerto nos esperaba Cecilia con su marido Gabriel Gómez y su hijo, Gabrielito. Gabriel es pastor de la Iglesia Mormona de Los Ángeles y aspira a ser su obispo. Aunque el viaje a casa fue larguísimo, continuamos conversando hasta altas horas de la noche. Cuando nos despertarnos, no había nadie en la casa. La familia nos había dejado un papel para avisarnos que habían ido a Misa y que volverían como a las cuatro. Recién eran las doce, así nos preparamos el almuerzo y nos dormimos de nuevo.

Cuando volvieron, en la tarde del domingo, nos contaron que Carol Thocher, que junto a su marido había recibido a nuestro hijo Roberto durante su intercambio en Estados Unidos, había llamado para avisarnos que ellos vendrían a buscarnos el próximo sábado para llevarnos a su casa en Berkeley. La semana en Los Ángeles se nos hizo corta entre visitas a parientes y conversaciones. El sábado temprano los Thocher estaban a las puertas de la casa. Nos habían avisado que deberíamos partir temprano pues programaban una visita a un lugar en el camino.

Desayunamos y tomamos el camino de la costa, no la autopista. Es un paisaje similar al del camino entre Reñaca y Concón, pero mucho más largo, todo a orillas del mar hasta que se

interna en tierra. El día estaba totalmente despejado y, a medida que subíamos por él, el cielo azul hacía resaltar las verdes colinas. De pronto apareció un enorme castillo, más bien una construcción con dos torres parecidas a las de la Iglesias. Se trataba del “Castillo Hearst”, construido por William Randolph Hearst, magnate de la prensa y excéntrico, quien eligió San Simón, lugar con suaves colinas permanentemente verdes situado en la mitad de lo que hoy es el “camino antiguo” entre San Francisco y Los Ángeles. Para dirigir su construcción había contratado a una de las mejores arquitectas de California, la Sra. Julia Morgan, y había traído a San Simón estatuas, pilares, baldosas, azulejos, banderas, trozos de pisos, etc., de todo el mundo. Lo recorrimos hasta el cansancio durante tres horas. Es un lugar indescriptible, cada pieza merece un comentario: el comedor con una mesa larga para doce o más comensales por lado, en el que cada puesto tiene sillones traídos desde algún castillo medieval y estandartes adornando su alto cielo. Una de las piscinas al aire libre con azulejos y agua clarísima, transparente está rodeada de estatuas, que me parecieron griegas. Hay otra piscina interior, temperada, una sala de cine con su máquina original cuando ello era la última moda y así otras muchas habitaciones. Es un museo, en el cual vivió e hizo intensa vida social, invitando a personalidades y famosas actrices de la “farándula” de la época. El Castillo está rodeado de jardines maravillosos con casas para los huéspedes a los que convidaba permanentemente.

Continuamos nuestro viaje y nos alojamos en una cabaña en Carmel, Monterrey, pueblo que se precia por mantenerse antiguo, pues sólo se permite construir casas de hasta dos pisos en el estilo del lugar. Allí degustamos unos exquisitos tallarines con salsa de nueces, y un postre de delgadas torrijas de manzanas acarameladas, en un pequeño restorán para el que había que reservar mesa con días de anticipación. Fuimos y volvimos a pie por calles débilmente alumbradas por faroles eléctricos que

imitaban a los de gas, que fueron los primeros en instalarse. Por la mañana visitamos el acuario de Monterrey, edificado una antigua fábrica de conservas de choritos, que en Estados Unidos son conocidos como mejillones o *mussels*. El acuario es con vista al mar, desde donde se puede observar las veloces nutrias, *otters*, en su ambiente natural, sacando con sus patitas delanteras bivalvos o jaibas, las que abren con sus dientes, mientras siguen nadando de espalda, impulsadas por su potente cola.

Seguimos nuestro viaje, ahora camino a la casa de los Tocher. El camino bordeaba extensos campos cultivados, en filas infinitas, de plantas de alcachofas. Después de pasar por San Francisco y atravesar un largo y alto puente metálico sobre el mar, finalmente llegamos a Derby Street, conocida nuestra, pues le habíamos escrito numerosas cartas a nuestro hijo Roberto cuando estaba de intercambio. Esta casa, también diseñada por la arquitecta Julia Morgan, es de dos pisos y una buhardilla con una ancha escala en caracol abierto. En el hueco del caracol, los Tocher hicieron instalar un ascensor eléctrico para que su único hijo, fallecido de leucemia un año antes de recibir a Roberto, pudiera moverse por su casa en su silla sin necesidad de ayuda. Antes de que Roberto partiera de intercambio, los Tocher nos contaron en una carta de la muerte de su hijo. Dudamos si mandar o no a Roberto a una casa en duelo y sin niños que pudieran ser sus compañeros. Reuní la familia y a algunos amigos y decidimos aceptar su ofrecimiento, pensando en que se debe comer toda la torta, incluso el queque o bizcocho, a veces insípido, aunque lo apetitoso sea la mermelada de frutos rojos, que le otorga sabor o la crema que la adorna.

A la larga, Mimi y yo nos hicimos íntimos amigos del matrimonio de Carol y Don, quizás porque compartíamos el gusto por cocinar y degustar buena comida, o por nuestra afinidad por los viajes, o por nuestra común avidez por lo nuevo. Esta amistad se prolongó por más de veinte años hasta que ambos fallecieron. Ca-

rol asistió a todos los matrimonios de mis hijos, incluso al de Luis en Hamamatsu, Japón, cuando ya era viuda de Don. En uno de sus primeros viajes juntos a Chile, en la primavera de 1968, los llevamos en auto junto a Luis y Eduardo a un recorrido por el sur, pasando por la extensa “Hacienda Las Mariposas” en la zona del Maule, que deslindaba con la frontera con Argentina y era administrada por Leonel Soto Santelices, concuñado de mi padre por su segundo matrimonio. En Pucón debimos esperar a que arreglaran el motor de una barcaza necesaria para acceder al paso Tromen o Mamuil Malal, que pasa a Argentina. Llegamos a Bariloche, donde también estuvimos varios días, y retornamos por el paso Cardenal Samoré, ex Puyehue, saliendo a Chile por Osorno. A la altura de Chillán, con 35° de temperatura, se nos descaucharon las dos ruedas posteriores del auto. Carol y Don eran macizos, y entre ambos deben haber pesado 260 kilos.

La noche de la confirmación de Allende como presidente de Chile recibí una llamada de Don ofreciéndome su casa para vivir en Estados Unidos y pocos días más tarde me llamó para decirme que tenía un posible trabajo para mí. Después de dudarlo un poco, rehusé, pues había sido elegido vicepresidente de la CChC. Mis hijos Luis y Eduardo, en cambio, adelantaron su viaje de intercambio con la Youth for Understanding. Su partida se programó para el 25 de octubre en la noche, que coincidió con el día del asesinato del general René Schneider, comandante en jefe del Ejército por un grupo de ultraderecha. Cuando todavía estábamos en el aeropuerto se decretó toque de queda. Ambos fueron revisados minuciosamente pero finalmente lograron embarcarse. Tuvimos que volver a Santiago con más de ocho de los compañeros que habían ido a despedir a nuestros hijos.

En nuestra casa en Santiago solíamos, en primavera y en verano, desayunar y cenar en una pequeña terraza interior. Era más fresco y representaba un cambio. A los Tocher les pare-

ció tan buena la idea que, previo permiso de los vecinos de la cuadra ratificado por la firma del plano, construyeron en su ante jardín, delante del comedor y de la cocina, una terraza de madera, *deck*, que fue inaugurada con gran pompa aprovechando una de nuestras visitas.

En otra de nuestras visitas, Carol y Don nos pasearon con nuestros hijos, Luis y Eduardo, en su Mercedes-Benz, especialmente reforzado, desde Berkeley al Cañón del Colorado, pasando por varios estados y comiendo en lugares con reserva previa. Fue un tour de una semana, uno de cuyos pasajes culminantes, después de admirar la belleza y grandiosidad del Cañón, fue asistir al festival en el que los indios “Pueblo” bailan pidiendo que llueva, mientras sufríamos un aguacero mayúsculo y los bailarines, disfrazados de indios, chapoteaban en el barro.

Nuestra amistad prosiguió después que Eduardo y Luis regresaron a Chile en 1975. Carol y Don asistieron al matrimonio de Roberto con Regina Bitrán en 1979. Carol también asistió al casamiento de Eduardo en 1980, pero Don no pudo porque tenía que someterse a exámenes médicos. Le diagnosticaron un cáncer de estómago del que falleció en 1981. Roberto y Luis estaban con ellos. Luis tuvo que llevarlo en brazos para sacarlo del hospital y llevarlo a su casa para que falleciera en Derby St. En su funeral se reunieron sus amigos, entre quienes estaba una amiga común chilena, la Sra. Ester de Back, quien nos contó, extrañada, que todas las damas estaban vestidas con trajes largos y los hombres con trajes de calle no oscuros. Se juntaron para recordar anécdotas y chascarros de la vida de Don Tocher, mientras se servían entre ellos, exquisita y variada comida y postres preparados por las damas presentes. Nadie dijo una palabra pesimista, nadie recordó nada triste ni desagradable. Me precio de mi cercanía y de la experiencia de haber conocido Don Tocher, veterano de la guerra de Corea, sismólogo internacional, que decía haber dado ocho veces la vuelta al mundo. Don gozó y repartió alegría en cada instante de su corta vida.



Retrato grupal.

24. CONFLICTO DEL CANAL BEAGLE

En 1978 viajamos a Berkeley a conocer a nuestra primera nieta, Jocelyn, que había nacido el 1° de junio. Al día siguiente de nuestra llegada, el sábado 23 de diciembre fuimos invitados a una cena en casa de un matrimonio amigo. Como llegamos tarde, pasamos directamente a la cena, que se servía en el jardín. Nos correspondió compartir una mesa con otros tres comensales, un matrimonio y una señorita, que no conocíamos. La dueña de casa nos presentó y al poco se retiró. De inmediato la conversación versó sobre la inminente guerra con Argentina, de la que no sabíamos nada, por nuestra ausencia de dos semanas de Chile. Ante nuestro asombro, nos enteramos de que el ejército estaba acuartelado, que los hospitales exhibían cruces rojas en sus techos, y otras informaciones alarmantes. La señorita contó que ella acababa de llegar en vuelo LAN de Buenos Aires, donde vivía en la casa de unos parientes mientras estudiaba. Allí sí existía un clima de guerra con obscurecimiento varias veces en la última semana y movilización de varios regimientos completos a la zona sur. Sus parientes no la querían dejar viajar a Chile y le decían que acá la podían maltratar en la calle por su acento argentino y que

la harían detener por sospechosa de espionaje. LAN era la única línea que seguía operando entre Buenos Aires y Santiago, y había viajado a Chile esa misma mañana con el compromiso de avisarles de su llegada apenas aterrizara. Cuando les avisó que había llegado bien, sus parientes no podían creer que en Chile no la hubieran detenido ni interrogado antes de dejarla entrar al país, ni que todo aquí parecía en calma y ella asistiría a una fiesta esa misma tarde.

Nos pusimos al día sobre los aprestos para la guerra de ambos países. Además, Chile se sentía amenazado por la declaración de Bolivia que apoyaba a Argentina, invocando su pretendida salida al mar a través de nuestro territorio. Chile en realidad enfrentaba una posible guerra en tres frentes. Le fue necesario colocar minas en amplios sectores de su frontera norte como medida de protección. La situación de Chile era agravada por el embargo de armas de Estados Unidos.

La posible guerra, que iniciaría Argentina tras desconocer el Laudo Arbitral de la Reina de Inglaterra, habría tenido catastróficos efectos en ambos lados de la cordillera, tanto en el inmediato como en el largo plazo, quienquiera-

ra fuera el vencedor. Baste decir que, aunque han pasado al menos seis generaciones desde la Guerra del Pacífico, todavía sufrimos una enemistad innata con Perú por una guerra ocurrida hace más de 140 años atrás.

El conflicto con Argentina sólo fue evitado por el hábil manejo de la situación del presidente Pinochet y de su ministerio y gracias a la cordura de alguien al otro lado de los Andes, que logró la intervención papal y el Tratado de Paz y Amistad que puso término al conflicto.

Se viene a mi memoria y cuento algo que me sucedió en esa época muy relacionado con lo anterior. Un grupo de antiguos amigos de Santiago Benadaba decidimos hacerle una recepción a Santiago por su éxito como uno de los ministros Plenipotenciarios ante la Santa Sede que lograron el Tratado de Paz y Amistad que, repito, puso fin al diferendo sobre el Canal Beagle. Nos reunimos en la casa de uno de ellos esperando la llegada del homenajeado. De pronto apareció Santiago acompañado de un señor desconocido, a quien presentó sin más, con palabras entrecortadas por la emoción: “Este señor es el chofer del taxi que me trajo, y se niega a cobrarme porque yo soy uno de los gestores del tratado de Paz y Amistad con Argentina que le salvó la vida a su hijo, que estaba en las trincheras en Punta Arenas mientras hacía el Servicio Militar, enfrentando a un ejército muy superior en número”. La dueña de casa le sirvió el vino de bienvenida y mientras el chofer nos contaba que había visto la fotografía de Santiago en varios diarios y no podía creer que un señor tan importante, que había hablado con el mismo Papa, tomara su taxi, por lo que al final del viaje le preguntó su nombre y, al comprobar que era él, lo único que se le ocurrió fue no cobrarle. El chofer se retiró a la media hora pese a nuestra insistencia de que continuara en la fiesta.

A lo largo de la velada, Santiago nos contó, entre muchas anécdotas, que pese a que ambas delegaciones estaban alojadas en Roma,

los ministros del Vaticano nunca las juntaron para discutir cara a cara. Ellos conversaban con los miembros de cada delegación paseando por los preciosos y bien cuidados jardines del Vaticano. También relató que en una conversación él dijo algo como «... es que la propuesta de Argentina es muy divergente a la nuestra» y fue inmediatamente interrumpido por un monseñor que lo acompañaba, diciéndole: «Ministro, no digamos muy divergente, es mejor decir» poco convergente». A lo largo de la comida, Santiago declaró varias veces que su estadía en el Vaticano había sido la mejor lección de diplomacia que había recibido, a pesar de que había sido secretario de la Embajada de Chile en Londres.

El gobierno argentino preconizaba públicamente su deseo de hacer la guerra a Chile y había llevado a su pueblo a un estado de efervescencia tal que este lo apoyaba ciegamente. En cambio, el gobierno de Chile, dirigido por Pinochet, un militar como el presidente de Argentina que también se había hecho del poder por un golpe de estado, supo evitar la confrontación armada que, repito, habría tenido funestas consecuencias para ambos países, que habrían tenido que lamentar decenas de miles de muertos y heridos, militares y civiles, mujeres niños y hombres. El presidente Augusto Pinochet y los que participaron las negociaciones en el Vaticano, merecen mi respeto por este trascendental hecho, haber evitado una guerra con Argentina.

25. VIAJES A VALDIVIA DESPUÉS DEL TERREMOTO

Como gerente de nuestra fábrica de estructuras metálicas había visitado Valdivia en repetidas ocasiones, pues antes del terremoto de mayo de 1960 suministrábamos las estructuras metálicas de galpones y los planos de sus fundaciones, en asociación con una filial de don Otto Hoffman.

El 22 de mayo la ciudad fue azolada por el mayor terremoto del que se tuviera noticia en la historia del mundo. El sismo tuvo una intensidad 8,5 Richter y duró 14 minutos. Las zonas costeras fueron asoladas por el tsunami que le siguió.

En Santiago, las noticias de la destrucción de Valdivia y de la zona aledaña hacían imaginar que no había quedado una casa en pie. Todas las noches escuchábamos por la radio, pues en esa época no teníamos televisión, a un periodista que transmitía desde la isla Teja, aledaña a la ciudad y parte de ella, noticias de calamidades sin fin derivadas del terremoto.

Dos meses después, bien pertrechado, hasta con bototos altos y gran provisión de frutos secos y chocolates, volé a Valdivia. Pensaba que mis pocos conocidos estarían arreglando sus casas o buscando vituallas. Al bajar en el aeródromo de Pichoy, al norte de la ciudad, una voz conocida me dijo: “don Sergio, ¿Lo llevo?”. Era el chofer que me había trasladado en viajes anteriores. Ya dentro del taxi ingenuamente pregunté: “¿Dónde me lleva?”, “al hotel de siempre”, respondió, “Sólo los ascensores no funcionan y se cayeron las lámparas del comedor” que pendían de ganchos abiertos.

Atravesamos el río Callecalle por un puente sobre pontones de una sola vía, construido por el ejército y tomamos la Av. Picarte rumbo al hotel. De improviso se detuvo y lo vi persignarse y, sin mediar preguntas, me contó que el día del terremoto mientras estaba detenido en ese lugar, la fachada del edificio lateral, que yo podía observar con sus grandes piezas del segundo piso abiertas y sin ventanas, se desplomó y “abisagrando” sobre los pilares del primer piso cayó sobre su auto. Tuvo la suerte de que cayera sobre él una ventana, por lo que el auto había tenido daños menores y él resultó ileso.

Desde la ventana de mi pieza en el hotel Pedro de Valdivia se podía apreciar el puente de

concreto armado sobre el Callecalle que unía la ciudad con la isla Teja. El puente tenía un escalón, por desnivelación, de más de un metro respecto a la calle que lo accedía. El terraplén de entrada al puente se había hundido por compactación debido al movimiento sísmico.

Don Walter Bergen, el Gerente de la instalación de galpones, me llevó a ver lo que quedaba de la fábrica de mote que operaban en la isla Teja. La había conocido en un viaje anterior, y ahora aparecía como si un gigante con rabia hubiera hecho añicos la maquinaria. Lo que más me impresionó, sin embargo, fue visitar el primer piso, donde usualmente trabajaba la contabilidad. Habían sacado los escritorios y máquinas de escribir que vi, al pasar, destrozados y arrumbados en un rincón. En la sala vacía de doce por ocho metros de paredes de concreto, estucadas y pintadas en beige pálido, solo quedaban la caja de fondos, un cuadrado mueble antiguo y la caja fuerte, de un metro veinte por lado y dos metros y tanto de alto, coronado por una armazón enrejada que disponía de bolas de fierro en sus muchas puntas. Estaba en un sitio cualquiera de la sala, como si hubieran tratado de sacarlo. En las cuatro paredes se veían las huellas de las bolas de la corona de la caja de fondos, ¡pero estaban a mayor altura que la de la caja! Durante los 14 minutos que duró el temblor, la caja de fondos, que pesaba por lo menos una tonelada, había volado dentro de la pieza destrozando, en su vuelo, los escritorios que vi arrumbados, y chocando repetidas veces con las paredes de la sala. De estos golpes de la corona de la caja provenían las numerosas marcas en las paredes.

Me llamó la atención la tranquilidad de don Walter, mientras comentaba las pérdidas que el terremoto les había ocasionado. Cuando se lo mencioné escuetamente me respondió “Teníamos seguro contra desastres naturales” ¡Qué previsores! pensé. Tiempo después me invitaron a una picada al lado del Callecalle. Ellos pidieron choros zapatos y yo lo mismo, porque me fascinan. Ellos se sorprendieron

y me comentaron que pocos santiaguinos los piden. Al embrujo de varias cervezas, y entre risas, me comentaron que el seguro catastrófico que habían tomado pocos días antes del terremoto se debía a una mala comunicación entre ellos. Brevemente, en la sesión de su directorio del último martes de abril se había acordado subir el seguro de incendio. Al término de la reunión, don Otto, que se había quedado en la oficina pensó que siendo feriado el día siguiente, su gerente podría olvidarse de subir la cobertura del seguro y pasó por la compañía. Ya era tarde cuando un solitario empleado lo atendió y tomó nota de la solicitud de aumento del seguro. Días más tarde, al llegar los papeles del seguro, se dieron cuenta de que el monto había subido el doble de lo acordado, pues el Gerente, al terminar el directorio de inmediato había solicitado el aumento. Como resultado, la compañía de seguro, que no podía retrotraer los seguros tomados porque ya los había reasegurado, ofreció su cambio por uno catastrófico. Fue uno de los pocos seguros de la región que operó frente al desastre...

¡No hay mal que por bien no venga!

Un amigo arquitecto, que en el momento del temblor se encontraba conversando con otro amigo, sentados en sendos sillones en su departamento en el 7º piso del único edificio alto que había en Valdivia me contó que, durante el terremoto, ni su amigo ni él pudieron levantarse de los sillones y tenían que amortiguar con los golpes en los muros cuando podían. Mi amigo comentó que por suerte no había ventanas de piso a cielo, porque hubieran sido lanzados al vacío.

Desde entonces miro con escepticismo los letreros que llaman a usar sólo las escalas en caso de temblor. En los temblores fuertes y en los terremotos no se puede estar de pie. En el sismo de 1985 nos fue preciso afirmarnos de la reja para no caer con Mimí. Ambos nos sentimos mareados cuando terminó. Un matrimonio a quien Mimí le había construido una casa en

Tejas Verde nos relató, después del terremoto, que para ir a ver a su hija bebé que dormía en una pieza contigua, habían tenido que gatear porque no podían sostener de pie.

Volviendo a Valdivia distintas personas nos dijeron que habían observado que justo antes del terremoto que las reses se apiñaban en el centro de los potreros, en vez de seguir pastando desparramadas dentro de él. Sería un posible aviso de algo que los animales perciben y los humanos no.

Desde la isla Teja había visto la techumbre dentada de una fábrica. Una sucesión ordenada de varios módulos, de planchas cincadas, levemente inclinadas, brillando al sol, que terminan al sur, sobre ventanales casi verticales, medio escondidos debajo de las planchas. Ahora, después del terremoto, parecía que esa techumbre hubiese sido pisoteada por un monstruo, tal era el desorden de las planchas y ventanales. La implacable lluvia valdiviana terminó la destrucción de lo que había debajo.

Fui a la famosa Fábrica de calzados Rudloff en la misma isla. El edificio antiguo había soportado el terremoto mejor de lo que se esperaba, aunque a mi parecer tenía daños estructurales, pero las máquinas estaban fuera de sus lugares, algunas caídas y otras aplastadas con trozos de ladrillos.

Visité un estanque de agua derrumbado. Los cuatro pilares se habían cortado en el lugar de los empalmes de los seis fierros verticales. No tenían suficiente traslazo.

Al otro lado del Hotel había un chalé moderno muy dañado. Su fotografía se hizo conocida en diarios y revistas, junto con la de una calle en que se veían casas bastantes a mal traer a ambos lados del camino. Caminando por Valdivia di con la calle de la fotografía. Evidentemente, las casas se habían construido sobre el relleno de una quebrada. En cambio, las viviendas del final de la quebrada, que estaban

en tierra firme, habían resistido el terremoto con daños menores.

Observé que una norma, no oficial, de separar dos casas pareadas de madera con un muro de ladrillo que sobresale de la cubierta del techo, fue el elemento que destruyó o dañó severamente las casas construidas en esa forma. El muro de ladrillos, elemento pesado, se balanceaba entre los dos armazones de madera de ambas viviendas durante el terremoto, causando la máxima destrucción si caía sobre una de ellas.

Dos o tres meses después del gran terremoto, Valdivia persistía en vivir con comercio, agricultura activa y hasta algunas fiestas, aunque la mayoría de sus viviendas sufrieron daños. Gran número de sus habitantes procuraban olvidar y volver a sus labores habituales y algunos niños regresaban a sus colegios.

Las noticias deben siempre hablar y fotografiar las cosas extremas, pero, en caso de catástrofes distantes, no nos desesperemos ni deprimamos al imaginar lo que nos dicen o presentan en los noticieros. La realidad es otra. La vida del conjunto y la individual constituyen una fuerza tan poderosa que puede sobreponerse a todo, menos a la muerte del individuo. Siempre hay un mañana, siempre vuelve a salir el sol.

Mis hijos tuvieron un festín a mi regreso de Valdivia, cuando abrí la maleta con los chocolates que había llevado por si escaseaba la comida.

Volvimos a Valdivia dos o tres años después del terremoto, ahora de vacaciones de verano. Partimos en una camioneta Chevrolet y, como no cabíamos todos en el asiento delantero, mis tres hijos de 9, 11 y 13 años, viajaron atrás en el pick-up, sin amarras en asientos improvisados. En el camino nos detuvimos a alojar en el Hotel Rio Laja. De madrugada desayunamos contemplando la espléndida

catarata que formaba el rio Laja, al oriente del antiguo camino al sur.

Nuestra próxima parada fue Valdivia. En ese momento era una ciudad alegre, aunque se notaban las huellas del terremoto que la había destruido. Saludé por teléfono a don Otto Hoffman, quien me convidó a su fundo el domingo.

Recorrimos la ciudad y nos detuvimos en el “Torreón de Barro”, antiquísimo fuerte defensivo de la ciudad que data aproximadamente del año 1520. Me vi en duros aprietos intentando explicarles a mis hijos el origen y la historia de este monumento. Los lugareños cuentan que fue descubierto cuando alguien, a fines del siglo XIX, mandó cortar unas enredaderas que estorbaban la vista. Las plantas habían cubierto esta enorme estructura construida en base a adobes.

En jardín botánico de la Universidad de Valdivia, en la Isla Teja, nos embelesamos con las lagunas que mecen las hojas de nenúfares con sus grandes flores blancas. Mimi, admiradora de Claude Monet, trató de explicarles a nuestros hijos y a mí, que él había pintado una serie de cuadros con “les nymphéas”, que son considerados una de las cúspides de la pintura impresionista. Se explayó largamente al respecto, lo que motivó varias preguntas del grupo de paseantes que la habían escuchado, y un aplauso cuando no retirábamos.

Llegamos en nuestra camioneta al fundo de don Otto. Aunque yo recordaba que estaba al lado oriente del camino, ahora había en ese tramo un terraplén de varios kilómetros de largo para pasar sobre terrenos cubiertos de agua, que antes del terremoto eran tierras de cultivo. Para entrar al fundo debimos pasar por otro terraplén perpendicular al camino principal, también rodeado de agua a ambos lados, de las que emergían por doquier troncos secos de árboles que antes del cataclismo servían de sombra al ganado. En realidad, el terremoto

fue de tal fuerza que alteró no sólo la altura del entorno de Valdivia, sino cambió la posición del eje de la tierra en algunas décimas de segundo.

Don Otto, que nos esperaba, nos presentó a su señora y algunos de sus hijos o nietos y nos invitó a un bosque cercano, donde nuestros hijos vieron por primera vez un copihue rojo que asomaba temeroso entre el verdor del follaje natural. Más allá florecía un copihue blanco. Lo descubrió uno de mis hijos que lo señalaba con uno de sus dedos, que mudamente preguntaba “¿Es verdad?”

Mientras mis hijos participaban de una partida improvisada de fútbol con los nietos de don Otto, él nos hizo señas para que lo siguiéramos. Nos llevó a un potrero cercado de una media cuadra, donde había unas mil estacas verticales de un metro de alto y ninguna hierba. Quedamos en silencio un largo momento y nos dijo “Son alerces”, con un disimulado y legítimo orgullo. “Crecen uno o dos centímetros por año “continuó y, como adivinando nuestra pregunta, terminó: “Los planto para mis tataranietos”. Esta frase me quedó grabada. Demuestra el espíritu emprendedor, a toda prueba, que indujo a sus ascendientes, y que persiste en él y en su generación, a tomar la decisión de trasladarse al más lejano lugar del mundo en busca de libertad y la prerrogativa de practicar la religión que desean, y de pensar y trabajar en lo que estimen conveniente. Usé la misma frase, “plantó los alerces para sus tataranietos”, en mi presentación sobre el “Espíritu Cámara” al Consejo de la CChC en Santiago en junio del 2021. Fue una forma de rendir un silencioso homenaje al grupo, en su mayoría de alemanes, que ayudaron a repoblar Valdivia, Puerto Montt y Osorno, quienes demostraron poseer un espíritu similar al de la Cámara y que su progenie, como don Otto Hoffman, también manifestaban.

26. VIAJE A LA CARRETERA AUSTRAL

En 1981 se habló en la Cámara de un viaje a la Carretera Austral al que me inscribí. Éramos tantos los interesados que fue necesario dividirlos en dos grupos. Los primeros viajarían por la carretera de norte a sur y los otros de Chaitén a Coyhaique. En el día convenido volamos de Santiago a Puerto Montt y allí tomamos en un avión más chico, de dos motores, hasta Coyhaique. Volando a baja altura podíamos observar los cerros cubiertos de palillos blancos, paralelos entre sí, como si alguien hubiera desparramado desordenadamente una caja de fósforos sin su cabeza negra. Alguien explicó que eran los restos de árboles quemados y botados por el viento del gran incendio que años atrás asoló la región, saltando de isla en isla, sin que nadie pudiera detenerlo. Los troncos seguían ardiendo lentamente bajo la nieve hasta que, al verano siguiente, el fuego, azuzado por el incesante viento tomaba fuerza de nuevo.

En el aeródromo “Teniente Vidal”, a cinco kilómetros de Coyhaique, nos esperaba un cielo azul y un viento helado. Las doce parejas fuimos trasladadas al Hotel inaugurado algunas semanas atrás. Era de un piso con largos pasillos interrumpidos por gradas y por puertas con grandes vidrios. Después de almuerzo escuchamos una quebrazón de vidrios. Uno de los nuestros había chocado con una de las mamparas y se había quebrado la nariz. Debimos retrasar nuestra partida, pero conocer Coyhaique fue muy interesante. Esta ciudad, fundada años atrás por el presidente Ibáñez, se caracteriza por su plaza, a la que acceden seis calles en vez de las cuatro u ocho normales.

Tuvimos la oportunidad de departir con el ingeniero de caminos, un joven chileno a cargo del trazado y construcción de la carretera que nos acompañó con su avión en todo nuestro recorrido. Se trataba del después senador de la región, el Ingeniero Antonio Horvath. Dicen las malas lenguas que cuando llegó a la Dirección de Vialidad la orden de nombrar un ingeniero



Paseo al parque Lahuén Ñadi, región de Los Lagos.



Paseo al parque Lahuén Ñadi, región de Los Lagos.



Paseo a Salto del Petrohué, Región de Los Lagos

para Aysén, nadie quiso exiliarse en un pueblo tan chico, aislado y helado, preveían que este trabajo podría truncar sus carreras. Antonio Horvath era de los recién llegados a la Dirección y no le quedó más que trasladarse. Recuerdo el dicho: “nadie conoce su futuro, pero cualquiera que sea, procura maximizar sus posibilidades”. Él nos explicó que entre las muchas dificultades encontradas para su construcción estaba la profundidad de la capa de barro bajo algunos posibles trazados del camino. Esta era tal, que era imposible consolidarlo y en esas partes era necesario usar un sistema llamado “envarado”, que consiste en colocar varas de troncos de árboles de doce a quince centímetros de diámetros atravesadas al camino en un ancho de seis a siete metros, amarradas entre sí, y sobre ellas una capa de ripio con un aglutinante que

sirva como capa de rodado. Sobre ese camino debía transitar nuestro bus.

Nuestro colega herido ya estaba relativamente curado, así que decidimos partir. Subimos la pendiente que bordea Coyhaique y enfilamos al norte. Los árboles del bosque continuo oscurecían el sol, y a ratos llovía. Yo llevaba mi primera máquina digital para películas. Era un armatoste enorme, con pilas aun más grande y pesadas que la cámara, que debían ser llevadas por un ayudante. Mimi las llevaba en un bolso aparte, conectado a la cámara por alambres. Nunca vi las películas que filmamos. Si algún día las encuentro, espero tener la tranquilidad para verlas.

Alguien explicó que pasamos por varios sitios de los “envarados”. No se notaba, salvo que

esos tramos eran aparentemente horizontales. Más o menos después de cuatro horas llegamos a Puerto Cisnes, una localidad de pocas casas, donde nos recibió la alcaldesa Eugenia Pirzio Birioli Marini o “la Señora”, como era llamada por los vecinos. Una dama que no disimulaba su origen en la nobleza italiana. Nos mostró con orgullo el hospital en construcción, pero habilitado en parte, y el recién edificado edificio de la municipalidad, una de cuyas salas contenía un mueble que era un computador regalado por la firma representante. En 1982 la localidad solo disponía de electricidad entre las 19.00 y las 21.30 horas. El computador serviría para hacer las planillas de sueldos mensuales de la Municipalidad, que no tenía más de veinte empleados. En ese tiempo la “Señora” ya era conocida por conseguir de los Ministerios lo que se le ocurriera, en base a esperar pacientemente a que el ministro la atendiera, todo para su Puerto Cisnes. Durante la comida, Víctor Larraguibel, que oficiaba de jefe del grupo, agradeció a “la Señora” la espléndida recepción que nos había brindado. Alguien debiera escribir su biografía

A la mañana siguiente partimos rumbo al poblado de Puyuhuapi, recorriendo primero en sentido inverso el tramo que lo une a la Carretera, ahora teníamos el río a nuestra derecha. De vuelta en la carretera pudimos admirar el nevado de Queulat, y a lo lejos el “glaciar colgante” mientras descendíamos por medio de apretadas curvas hasta bordear el mar. Seguimos por un camino, cada vez más estrecho, con un alto cerro a nuestra derecha y un brazo de mar a la izquierda, hasta quedar detenidos por faenas de construcción. Se trataba de un paso muy difícil, pues la roca del cerro era poco consistente lo que producía derrumbes que ponían en peligro a los operarios.

Para no esperar nos subimos en un bote que llevaba a las Termas de Puyuhaupi, al otro lado del brazo de mar. Ahí parece que nos estaban esperando, pues de inmediato nos asignaron las piezas y nos invitaron a usar las aguas termales. Como nadie llevaba traje de baño, decidimos

bañarnos en ropa interior, primero las mujeres y después los hombres. El baño era en un pozo natural y alargado. De uno de sus extremos fluía agua muy caliente y por el otro se vaciaba en el mar distante y abajo, a unos doscientos metros. Nos bañamos, comimos y dormimos. Después del desayuno, navegamos temprano hasta la ciudad de Puyuhuapi, que en realidad es un pueblito situado en el extremo norte del brazo de mar, similar a Puerto Cisnes, en el que fabrican alfombras en telares manuales. Con Mimí alcanzamos a verlos y a comprar un gran trozo de queso de cabra antes de abordar el bus rumbo a La Junta, donde debíamos almorzar.

Bordeamos el largo lago Rosselot, atravesamos un río en una balsa movida por manos que se asían a unos cables de acero empotrado en tierra a ambos lados y se mantenía elevado por sendos pilotes de troncos de seis o siete metros, afianzados a su vez por innumerables cables. Todo rústico pero práctico. Ya eran las cinco de la tarde, habíamos desayunado temprano, y todavía no llegábamos a La Junta, donde debíamos almorzar. De repente, aparecieron unas marraquetas y nosotros aportamos el queso de cabra. Todo desapareció tan pronto como fue repartido.

En algún lugar degustamos un cordero asado al palo y cruzamos la hoy desaparecida Villa Santa Lucia. Debimos “balsear” nuevamente, ahora para atravesar el río Yelcho, que desagua el lago del mismo nombre, antes de llegar a Chaitén. En ese tiempo, veinte kilómetros hacia el norte, estaba la faena de construcción de la Carretera que avanzaba para unirse a la Carretera Panamericana en Puerto Montt. Esta obra dependía del Ejército y fuimos muy deferentemente atendidos por el oficial a cargo. Nos explicó que era un tramo que debía excavarse en la roca, por lo que se requería de dinamita y se avanzaba lentamente.

Conocimos el antiguo Chaitén, que actualmente está en vías de recuperación después de haber sido completamente destruido por la



Viajes Grupo Alerce

erupción del volcán homónimo e inundado por la acumulación de cenizas que taponearon el Yelcho. Era un lugar pujante pero tranquilo.

Una mañana esperamos en su aeródromo la llegada del grupo de la Cámara que debía recorrer la Carretera Austral hacia Coyhaique. Cuando llegó, éramos todos conocidos. Nos abrazamos, deseándonos mutuamente felicidades y embarcamos satisfechos de la excursión, una de las primeras en recorrer la Carretera Austral. Al llegar a Tepual, aeródromo de Puerto Montt, notamos que el avión daba una vuelta alrededor de la ciudad y luego otra y otra más. Nos explicaron que el aeropuerto tenía un exceso de tránsito. Al aterrizar, supimos que en nuestro avión no había funcionado la bajada de las ruedas en forma hidráulica y que tuvieron que hacerlo de forma manual, dando vuelta por turnos a una pesada manivela. Regresamos a Santiago sin novedad.

27. CONSEJO DE PBEC (PACIFIC BASIN ECONOMIC COUNCIL) EN HONG KONG

Como delegado de la CChC me correspondía participar en los Consejos Generales de la Confederación de la Producción y del Comercio. En esos años esta era presidida por Manuel Valdés Valdés, que cuando supo que mi esposa y yo viajaríamos a Japón al matrimonio de nuestro hijo Luis, me designó como representante de la CPC en la reunión del «Pacific Basin Economic Council» (PBEC) que se realizaría en Hong Kong a mediados del año 1981. En el matrimonio de Luis con Michiko Sakimoto gozamos y lloramos de alegría. Aprovechamos de pasear por la ciudad de Hamamatsu, donde vivía Michiko. También conocimos Tokio y luego volamos a Hong Kong, donde me integré a la reunión de la PBEC.

Esta asociación, con sede en Hong Kong, había sido fundada en 1967 y estaba

integrada por los CEO de cerca de mil empresas o instituciones no gubernamentales pertenecientes a los países de la cuenca del océano Pacífico. Su objeto era promover la expansión del intercambio comercial y de la inversión a través de mercados abiertos y libres. Después del discurso de apertura del presidente, hubo una ronda de presentaciones en la cual me correspondió señalar que representaba a la CPC de Chile, y que aunque era el país más distante de todos, nos encontrábamos muy cercanos a los propósitos y las aspiraciones de la PBEC.

En el transcurso de las sesiones de trabajo me quedó claro que las grandes empresas de Chile, como Codelco, Endesa, la Papelera, el Banco de Chile o Concha y Toro, eran muy pequeñas, tanto en capital como en número de empleados frente a las grandes empresas de Estados Unidos, Japón, China e India. Opté, entonces, por escuchar y tomar nota durante las reuniones, y promover el comercio de estos países con Chile durante los intervalos.

Como éramos los únicos representantes de Chile, fuimos invitados al banquete de despedida de la reunión de la PBEC de Hong Kong, a la que solo asistían los presidentes de las delegaciones con sus señoras. Esta fue el último evento que se realizó en la sede del Instituto de Ingenieros de Hong Kong, pues el magnífico edificio que la albergaba, de estilo colonial inglés y uno de los primeros construidos en la isla, sería demolido para construir uno más de los cientos de rascacielos que caracterizan hoy en día a la ciudad. La señora del presidente, que sabía que Mimi era arquitecta, nos invitó, junto a otras personas, a recorrer la sala de lectura y otras dependencias de este verdadero palacio inglés enclavado en una isla en el otro extremo del mundo. Allí tuvimos la ocasión de admirar, por primera y última, vez la muy bien conservada sede, en lo que parecía un paseo por un antiguo palacio en las afueras de Londres. El banquete fue a todo lujo. Detrás de cada puesto había un mozo designado para atender a la persona que le daba la espalda. Llenaba la

copa cada vez que bebía un sorbo y retiraba los platos en la medida que se probaban. Uno de ellos era de exquisito y exclusivo salmón que, en 1981, no eran corrientes en Chile como lo son hoy.

Al finalizar la conferencia, quisimos conocer la China incógnita, cuyo gobierno, se decía, obligaba a los padres a matar al segundo bebé de cada matrimonio para contener la explosión demográfica. Temprano abordamos un tren que nos llevaría y traería el mismo día a una ciudad próxima a la frontera. Nuestro primer encuentro con la República Popular China fue en la frontera, a pleno sol, haciendo una larga y lenta fila para revisar el pasaporte, y una segunda hilera, en el mismo lugar, que verificaba los papeles de vacunas, ambas colas a todo sol. Nos subimos nuevamente al tren, pero ahora nuestros acompañantes eran en su mayoría lugareñas, que evidentemente viajaban para contrabandear productos.

Llegando a la estación nos esperaba un antiguo bus, más antiguo y destartado que nuestras «micros» de entonces. Éramos unos 15 o 20 «gringos» y acompañados por una guía china que, después de un rápido recorrido por la «ciudad» nos llevó a almorzar a un buen lugar que estaba en una colina en las afuera. Aprovechamos de refrescarnos y comer algo que en ese momento nos satisfizo. La guía nos paseó por la ciudad, que no tenía nada memorable, salvo una casa en no muy buen estado de conservación, que según nos explicó era el hospital, que había sido construido por los franceses en 1921. Finalmente nos dejó en la misma estación a la que habíamos llevado, donde tomaríamos el tren de vuelta a Hong-Kong.

Mientras esperábamos nuestro tren, nos atrevimos a recorrer las calles cercanas a pie. Estas tenían casas continuas, de un piso, mal pintadas. Nos detuvimos frente a una gran vitrina de vidrio que hacía tiempo que no recibía el cariño de un trapo húmedo y que solo exhibía

un ovillo de lana azul desteñido, atravesado por un palillo. La vitrina continuaba en un hueco penumbroso al que no nos atrevimos a entrar. En un lugar cercano compramos una barra de chocolate, envuelto en un papel desteñido de tono café con letras blanquecinas que parecía un diario ajado.

En algún momento nos topamos con un ordenado desfile de hombres que solicitaban algo, quizás estaban ahí para ser vistos. Todos estaban vestidos iguales: camisa verde suelta, con cuello cerrado, tipo Mao, y pantalones largos, del mismo color. Los trajes se fabricaban todos de la misma talla, por lo que a los más altos se les veían las canillas, mientras que los más bajos tenían que enrollárselos para evitar arrastrarlos. Aunque habíamos quedado de comer con otra pareja a nuestro regreso a Hong-Kong, quedamos tan deprimidos por la pobreza del pueblo chino que no tuvimos fuerzas para salir. Pensamos que sería muy difícil que se mantuviera indefinidamente la diferencia abismante en la calidad vida, la abundancia, y la libertad entre los chinos, Japón y Occidente. Pero han transcurrido treinta y nueve años y hoy China se yergue como una potencia mundial y los países de la cuenca del Pacífico conforman un centro tecnológico y comercial del mundo.

Seguimos turisteando y gozando de las variadas atracciones y buenas comidas de Hong Kong por otros dos días. Un atardecer recordamos que nos habían recomendado visitar los Restaurantes Flotantes de Aberdeen. Tomamos un taxi que después de un largo recorrido, durante el cual había caído la noche, nos dejó en una calle mal iluminada. Por un lado, la calle bordeaba el mar con un muro de cinco metros, y por el otro, había una corrida de bares de los que reverberaba el característico sonido del «Majón». Sentíamos que estábamos en una situación peligrosa.

De repente se nos acercó una mujer mayor a indicarnos, con señas, que para ir al restaurante debíamos abordar un bote que llaman Saipán.



Viajes Grupo Alerce



Viajes Grupo Alerce

Para esto debíamos bajar una escalinata angosta de piedra, pegada al muro, sin baranda. Confiando en la suerte, pero muy temerosos, accedimos y, precedidos por la mujer, bajamos la escala. Ella saltó ágilmente al Saipán y nosotros nos subimos como mejor pudimos. La dama china le dio instrucciones al único tripulante, quien nos extendió la mano en señal de pago. Le deposité algunas monedas y saltó a la escala. El falso Saipán encendió los motores y nos llevó a un tour por los arrabales flotantes de Aberdeen. Aunque intentábamos decirle, con gestos y voces, que queríamos ir a comer, no nos hizo caso. Como el Saipán es alto, teníamos una vista panorámica de cada una de las barcasas flotantes, unidas en interminables filas, todas iluminadas con una ampolleta colgante, algunas con ropas multicolores tendidas y todas con hombres vestidos hasta la cintura sentados alrededor de una mesa. El paseo duró una media hora que a nosotros se nos hizo eterna por el pánico que nos invadió. Finalmente cruzamos, por debajo de un gran puente metálico y divisamos el bien iluminado barco que intuíamos era nuestro destino, los «Restoranes Flotantes de Aberdeen».

Fuimos rápidamente hasta el comedor donde finalmente pudimos relajarnos gracias al champagne con que saboreamos tiernos pichones con salsa. Ya más tranquilos salimos del comedor y entramos en la sala de Majón donde escuchamos nuevamente su característico chasquido. Salimos luego a encontrarnos con un chef, que en un amable y característico inglés de Inglaterra nos preguntó que deseábamos comer. Nos explicó que la especialidad del restaurante eran los peces y nos condujo a la sala de acuarios donde se podía elegir el pez que cada uno deseaba servirse. Nos detuvimos frente a un acuario en que nadaban apaciblemente dos lenguados, un chico, el otro grande, ¿"Which one would you choose?», preguntó el chef. "The big one" repliqué impulsivamente. "No, please..." respondió, "that would be too old. The small one should be tender". Instantáneamente Mimí me tocó con

su codo y me susurró "por eso no nos comieron en el Saipán". Reímos. Han pasado treinta y nueve años y aun siento su suave roce y puedo oír su querido susurro.

Al día siguiente, al tomar el taxi al aeropuerto vimos un aviso en la puerta del Hotel que decía: "¡PELIGRO! Usted puede desaparecer si toma un taxi no registrado". Volamos, con escala en Narita, Tokio y Hawai. Allí, sin programarlo, de improviso, nos encontramos el aeropuerto con los novios: Michiko y Luis Kohn. Qué duda cabe, "el mundo es una aldea".

28. VIAJE A JAPÓN, COREA DEL SUR Y CHINA

En 1993, organizamos un viaje de estudio a Japón que había sido concebido en las sesiones-almuerzos técnicos. Tadashi Asahi hizo los contactos, hicimos un presupuesto, fijamos fechas y consultamos entre los miembros de la CChC quiénes podrían participar. Se inscribieron varios y nos juntamos con nuestras señoras en el Club Manquehue, para que se conocieran. Fue una gran idea, y en esa comida comenzaron amistades que perduran hasta el día de hoy. El grupo estaba integrado por Aquiles Acosta y su señora Jean, Tadashi Asahi y su mujer, Tosiko, Raúl Gardilic junto a Lissette, Horacio Pavez y su esposa María, Alfredo Behrmann acompañado por Paulina, Armando Holzapfel y yo mismo, como siempre con Mimí.

Los primeros días en Tokio los dedicamos principalmente a acostumbrarnos a la nueva hora, pues Japón está adelantado en doce horas, y a conocer la inmensa y superpoblada ciudad. Un día nos correspondió junto a Mimí visitar las instalaciones de investigación de una gran empresa constructora japonesa. Durante el viaje en un tren suburbano, se subió un grupo de niños a cargo de una joven profesora. Se instalaron frente a nosotros que estábamos sentados dando la espalda a las ventanas.

Percibí su asombro, al darme cuenta de que cuchicheaban entre ellos, comentando nuestras caras pálidas con ojos redondos. No estaban acostumbrados a ver personas no asiáticas. Su profesora se puso roja, y al darse cuenta de que captábamos de qué se reían los pequeños, se deshizo en explicaciones en japonés que, por supuesto, no entendíamos. Le cedí mi asiento, pero ella siguió disculpándose con Mimí en japonés.

Descendimos en la estación correspondiente, Tadashi nos esperaba en la empresa y nos presentó. Me asombró que el presupuesto para investigación de la empresa ascendía a cien millones de dólares al año y me sorprendió aún más saber que si esa cantidad no se usaba práctica y eficientemente, la empresa quedaría fuera del mercado mundial.

Entre las novedades que vimos, había un edificio de tres pisos construido sobre apoyos elásticos hechos en base a caucho. La construcción era monitoreada por cientos de instrumentos y por grandes vibradores, pues esperaban un temblor importante que permitiera conocer la eficacia del sistema. Unos años antes, en la Universidad de Berkeley, en Estados Unidos, había presenciado un ensayo de un muro de bloques de concreto construido sobre una plataforma que vibraba imitando un terremoto.

Una mañana temprano el grupo viajó en un tren bala hasta Osaka que se detendría en Hamamatsu, donde nos bajaríamos Mimí y yo para visitar a nuestros consuegros japoneses. Nos volveríamos a reunir con nuestros compañeros de viaje en Osaka por la tarde. La experiencia de viajar en tren a 275 Km/h fue una novedad para todos. El vagón parecía deslizarse sobre una superficie aceitada y los automóviles que se veían en un camino paralelo al tren aparecían como detenidos, en vano leíamos el marcador de velocidad del tren que decía 280 Km/h. En la estación de Hamamatsu estaba nuestra consuegra, la Sra. Aiko, acompañada de su nieto.

Nos saludamos con reverencias, al estilo del país. Los trenes Shinkansen parten lentamente, así que nuestros compañeros de viaje, detrás de las ventanas del vagón, saludaban y aplaudían nuestro encuentro a medida que el ferrocarril se lanzaba suavemente en su carrera hacia Osaka. Desde la estación fuimos al hospital a visitar a nuestro consuegro, el Sr. Torao, que estaba convaleciente y luego hicimos un paseo por la ciudad que habíamos conocido en 1981. En ella destacaban sus edificios de 20 o más pisos y una gran plaza remodelada. Se nos unió la Sra. Satoko, hermana de Michiko, una de mis queridas nueras y nos llevaron a un restorán cerrado fuera de la ciudad. Tenía un comedor con una enorme ventana sin soportes intermedios, como de diez metros de alto por cincuenta de ancho. Los refuerzos eran láminas gruesas del mismo cristal de 30 cm. de ancho y de toda la altura de la ventana. Esta caía sobre una laguna adornada por grandes cisnes de cuello negro que nadaban tranquilamente. El almuerzo fue ambientado por una dama vestida a la usanza de Japón antiguo que tocaba y cantaba al son de un instrumento que se extendía en el suelo. Fue una velada gratísima e inolvidable.

Llegamos a Osaka ya de noche en el Shinkansen. Nos encontramos inesperadamente con nuestro grupo en la misma estación, grata sorpresa, pues me estaba inquietando porque no recordaba cómo ubicarlos. En esa ciudad nos hospedábamos en un magnífico hotel. Nuestra pieza tenía instalaciones para instalar computadores, los que todavía en Chile eran poco comunes. En el comedor descubrimos unos queques que cada uno de nosotros tomó y comimos en el porche. Apenas los habíamos terminado, apareció un mozo a limpiar las migas que habían caído, al mismo tiempo que un señor, vestido de etiqueta, nos dijo, respetuosamente, que estaba prohibido comer fuera del comedor.

Un día nos trasladamos a Kobe en el tren suburbano. Allí conocimos la ciudad, característica por sus techos rojos, y paseamos



Viaje al Parque Paine del Directorio de la Corporación Cultural de la CChC

en bus por una gran autopista. En el gran terremoto de Kobe en 1995, solo quince meses después de nuestra visita las casas de la ciudad cayeron bajo sus techos rojos y la autopista se derrumbó. Como coletazo de ese sismo, bajaron fuertemente los precios del salmón, afectando negativa y profundamente la incipiente industria chilena de exportación de salmón.

Volamos a la capital de Corea del Sur, Seúl, desde Osaka. Nos impresionaron sus grandes edificios, que anunciaban con orgullo en sus fachadas el nombre de las empresas de que eran sedes corporativas. Los coreanos contrastan en esto con los chilenos, que buscamos silenciosamente la riqueza, pero procuramos demostrar que somos pobres. Odiamos a los ricos y veneramos a los vulnerables, pero deseamos ser poderosos. Es un dilema difícil de resolver.

En una pequeña tienda de artículos para mujeres, que anunciaba fabricar carteras, Mimí preguntó por una cierta marca europea. La persona que la atendía le indicó, con un gesto, que la siguiera. En el fondo del local, sacó de un refrigerador una variedad de carteras de diferentes marcas famosas. Las fabricaban, pero sólo las vendían sin la marca.

Luego viajamos por avión y por bus a Pekín, en China. Mientras íbamos en el bus observé que la autopista, de dos vías por lado, no tenía tránsito, y que las plazas de peaje funcionaban. Más adelante supe que es política del gobierno preparar la infraestructura de la región antes de promover algún plan de desarrollo de ella. Parece una sabia medida. Allí nos alojamos en un hotel que proporcionaba un muy abundante y variado desayuno a tenedor libre. Visitamos la “Ciudad Prohibida” con sus múltiples salones, los aposentos para las concubinas de los emperadores y el lugar de los ciervos o esclavos. También visitamos una porción de la Gran Muralla China y paseamos sobre ella. Mimí compró un precioso mantel como recuerdo. De regreso fuimos a conocer un

reciente descubrimiento de un ejército formando filas, con sus miles de guerreros fabricados en cerámica. Dedujimos que para fabricarlos se habían usado, cientos de años atrás, técnicas similares a la moderna “producción en serie” pues, además del ejército enterrado, que estaba en estricta formación militar, se habían desenterrado brazos, piernas, troncos, cabeza, en otros, que estaban amontonados. Esto prueba que los cuerpos de los soldados eran ensamblados a partir de piezas de se fabricaban con anterioridad.

Nos despedimos de Pekín con una cena en un restorán donde cocinaban el “pato pequinés”. Nos asignaron dos mesas redondas frente al escenario donde, dirigidas por un presentador, unas damas vestidas a la usanza china cantaban algo que las otras mesas escuchaban atentamente y aplaudían al terminar. Los chinos usan una escala diatónica distinta a la nuestra, por lo que, para mí, el canto era muy desafinado y en ciertos compases insoportable. Finalmente sirvieron el pato en una fuente que un mozo circuló a la redonda. Según explicó el maître en mal inglés, lo que se debe probar es un trozo del cuero. La mayoría obedeció, pero la pareja anterior a nosotros se sirvió todo el cuero restante por lo que nos correspondió sólo chupar los huesos del pato pequinés. La comida se animó, se presentaron varios números y hasta hubo un show en que uno de nuestro grupo actuó como emperador.

En el aeropuerto para viajar a Cantón alguien dijo nuestro típico garabato nacional, por supuesto, se nos acercó un chileno con el que departimos hasta que nos subimos al avión. Cantón es diferente, cosmopolita, se veía gente vestida no solamente a la moda china si no que con turbantes, o a la moda europea. En el mercado, donde hacía un calor insoportable, se vendían todo tipo de alimentos: cientos de especies diferentes, peces vivos en acuarios, perritos y simpáticos gatitos vivos, todo a elección entre un vocerío digno de taparse los oídos. Para la cena el grupo me agasajó especialmente por

mi cumpleaños con una comida especial en el mismo hotel. Fue un gratisimo cumpleaños lejos de mis hijos. Dejamos Cantón por barco y navegamos a lo largo del “Río de las Perlas” rumbo a Hong Kong. El viaje resultaba cansador, así que decidimos hacer el resto del viaje en tren. En el trayecto, observamos al pasar, labriegos cultivando un campo de arroz, chapoteando en el agua. Ahora la gran ciudad fronteriza con Hong Kong, que habíamos visitado en 1981 era una urbe llena de gente, con edificios cuya altura rebasaba la ventana del tren que se abría camino entre ellos. Durante dos días gozamos las vistas espectaculares, diurnas y nocturnas, las tiendas y los restaurantes franceses, indios y asiáticos de este increíble enclave británico en el lejano oriente y volamos rumbo a Chile vía Los Ángeles. Fue un periplo exquisito, de tan gratos recuerdos que en los próximos ocho años viajamos, cada dos, a distintos países. A Australia, a la India y a Madagascar respectivamente, con el mismo grupo base, pero siempre con nuevas parejas. Lamento no haber podido participar en los dos últimos. De estos solo oí fascinantes comentarios. Me parece que Alfredo Behrmann y su señora Paulina participaron en todos ellos, y en algunos más.

29. TOUR A NUEVA ZELANDIA, AUSTRALIA, INDONESIA, TAILANDIA, MALASIA. SINGAPUR Y TAHITI

En los preparativos del tour, se dice que nuestro contacto en Singapur preguntó por cable ¿Qué desean visitar? Nuestra respuesta de país subdesarrollado obvia fue: El puerto. Pregunta sorpresa: ¿Qué puerto de Singapur desean visitar? Pregunta: ¿Existe más de un puerto?, ¿cuáles? Respuesta: Existen como quince: los dedicados a pasajeros, cargas surtidas, granelero, petrolero, contenedores, minerales y así seguía la lista. Apabullados contestamos: Contenedores.

En 1995 volamos a Auckland aunque la capital de Nueva Zelanda es Wellington. Dormimos para superar la diferencia horaria de 15 horas entre Auckland y Santiago.

A la comida varios solicitamos langosta, de modo que nos invitaron a un langosterio, la elegimos, pesaron cada una y en la cuenta individual ese plato valía en relación al peso del animal elegido.

Paseamos por la ciudad que está en un istmo que separa físicamente la isla norte. Visitamos su campiña. Se maneja al revés, por la izquierda, lo que provocó más de un grito al cruzarnos con un vehículo en las bien pavimentadas, pero aparentemente estrechas carreteras suburbanas de doble pista.

Almorzamos en una lechería atendida por sus dueños, mujer, marido y Diego, quienes nos deleitaron con un asado de abundante carne que destacaba por su blandura y buen gusto, con ensaladas surtidas, cocinado por la esposa quien fue aplaudida al presentarse.

Después de un largo café visitamos el establo a la hora de la ordeña. Las vacas están acostumbradas y se instalan solas para ser ordeñadas. El dueño, asistido por Diego, los mismos que nos habían servido el almuerzo con delantales blancos impecables, estaban ahora con botas y buzos de agua para instalarle a las vacas los chupones en las ubres. La leche extraída se almacena directamente y no es necesaria la intervención de otras vasijas que podrían contaminarla. La leche es almacenada en un estanque refrigerado que estaba a la entrada del predio, de donde es retirada periódicamente por la cooperativa correspondiente. Una vez libres de la ordeña, las vacas caminan lentamente a su potrero, mientras Diego y el dueño, premunidos de una manguera con agua a presión y otros enseres, limpian el estiércol que se escurre por canaletas ad hoc y dejan el establo lavado y limpio, listo para la nueva ordeña en la



Viajes Grupo Alerce

madrugada del día siguiente. Felices regresamos a nuestros albergues.

Volamos a Sídney, en Australia, la que apareció de improviso después de cuatro o más horas de vuelo sobre un mar azul y aparentemente infinito. Recorrimos la ciudad. Desde su edificio más alto divisamos su icónico puente y el teatro, el que, según se dice, fue fruto de un concurso que fue fallado dos veces. En la primera ocasión, ante el retraso del barco que traía al presidente del jurado, el resto de los jueces asignó el premio a un proyecto que el presidente objetó. Finalmente, logró convencer a la municipalidad de que construyera el teatro que hoy conocemos. Pero las dificultades no se acabaron ahí, pues la compañía encargada de ejecutar la obra gastó el doble de lo presupuestado y debió declararse en quiebra. Fue un escándalo que implicó, dicen, la renuncia del alcalde. Finalmente, el teatro logró terminarse y a la fecha de mi historia, había reportado a la Municipalidad de Sídney más de cuatro veces su inversión.

Desde Santiago habíamos reservado entradas para las óperas “La Bohème” de Giacomo Puccini y Nabucco de Verdi. Fuimos a cenar con Mimí en el teatro, siguiendo nuestra costumbre de comer antes de la función, y nos deleitamos con la música y con el teatro cuyo interior es de madera. Mimí, que es arquitecta, no terminaba de admirarlo y, aunque ella no era muy fanática de la ópera, me confesó que no se había imaginado asistir en ese teatro a la representación de una obra en que la protagonista lleve su nombre.

Al reservar en Santiago “El Nabucco” no me di cuenta de que lo representaban en otro teatro. Fuimos hasta allá, y para nuestra sorpresa, la ópera estaba ambientada en tiempos modernos conservando la misma música. El famoso coro de los esclavos, “Va Pensiero”, era cantado por un grupo de obreras y obreros encadenados y vestidos con overoles predominantes verdes. En otra escena aparecía

un helicóptero. Fue una experiencia, adicional a las del viaje, muy especial.

Recorrimos y admiramos la ciudad en el tren elevado. Nos bajamos en el inmenso acuario que se puede recorrer en un transparente que permite admirar a los tiburones y manta rayas que pasan sobre la cabeza los visitantes.

Alojábamos en un hotel con media pensión, por lo cual se nos hizo costumbre que las señoras del grupo y algunos de los maridos hiciéramos sándwiches, que guardáramos en sus carteras junto con frutas surtidas, para pasar el almuerzo. El grupo se dividiría entre los que preferían ir a Melbourne, al sur y los que viajaríamos al norte, al balneario de Cairns. Visitamos las “Blue Mountains”, donde abordamos un viejísimo funicular, tan destartado que me dio miedo, pese a que el letrero indicaba que había sido revisado por la autoridad. El viaje requirió el tentempié de las carteras de las señoras.

La noche de despedida comimos con Aquiles Acosta y otras parejas en un sitio con una espléndida vista a la bahía y al teatro que, iluminado de noche, se reflejaba en las calmadas aguas, del estuario de Sídney. Al son de un agradable fondo musical y de una entretenida y fluida charla, saboreamos sendas y sabrosas langostas, seguidas de un postre maravilloso, todo regado con abundante vino blanco helado.

De vuelta en el hotel, después de las ocho de la noche, pedimos un whisky. Las señoras se retiraron y, en la conversación, se nos ocurrió hacerle una broma a Alfredo Behrmann, que oficiaba de líder del grupo. En una máquina de escribir, redactamos, en inglés, entre las carcajadas y ayudas de mis socios de broma, una carta en que el gerente del hotel cargaba a la cuenta de Alfredo, como líder del grupo chileno, US\$ 342 por el extra del desayuno de tres días de 28 personas. Aunque se negaron darnos el número de la pieza de Alfredo, pusieron el sobre con la carta en un casillero para que lo retirara

en la mañana. Llegamos muy tarde a desayunar, pero el grupo ya sabía que temprano Paulina había recogido y leído una carta de la gerencia para Alfredo. Asumiendo su parte de culpa, se la pasó a Alfredo que la leyó medio dormido e, indignado, la arrugó entre sus manos, se vistió rápido y bajó para protestar a la gerencia el cargo a su cuenta. No creyó las explicaciones del secretario, que le aclaró que la carta era falsa, y exigió, furioso, hablar con el gerente, a quien tuvieron que despertar para que lo atendiera. Este, que no podía dudar que se trataba de una broma, se lo repitió varias veces. Alfredo continuaba sin creerle y, todavía muy alterado, pidió ver los libros. Sólo aceptó que la carta era falsa y que se trataba de una broma cuando el gerente le mostró su propia cuenta en la que no figuraban los US\$ 342 dólares. Mientras tanto, nosotros nos sentamos en una mesa para cuatro frente a frente a Paulina que en voz baja repetía: “¿Quién será? ¿A quién se le puede ocurrírsele este tipo de bromas?” Mimi, que todavía dormía cuando regresé a la habitación, no tenía idea de la broma. Mis compañeros del whisky de la noche anterior también callaron. En el bus rumbo a Cairns, todos, incluso Alfredo, se reían y se preguntaban, quién podría ser el bromista. Surgieron varias posibilidades, pero no estábamos nosotros entre ellos porque, al parecer, creían que éramos los serios del grupo. Durante el viaje a Cairns, Alfredo fue relatando toda su entrevista con el gerente y confirmó que lo obligó a levantarse de la cama, pues creyó que el secretario, que lo atendía, no sabía de la carta. Mientras, impávidos, íbamos observando canguros, que ya nos miraban y saltaban, junto a avestruces. El bus se detuvo. En el camino los cocodrilos tienen la preferencia. Se demoró en pasar, pero llegamos.

Cairns es un balneario a la orilla de un mar tan tibio que varios letreros advierten que estar más de cuatro horas en el agua es peligroso. Me explicaron que la piel absorbe el agua tibia y el exceso de agua en el cuerpo constituye peligro de muerte. Nunca estuvimos en el agua

más de tres horas y media. Varios matrimonios acordamos comer en un lugar famoso. Hicimos una reserva, y llegó a buscarnos una brillante y larga, pero larga, limusina negra. Cada una de las cuatro parejas ocupó una butaca, que sumando la del chofer hace un total de cinco. Algunos probamos un surtido de carnes exóticas: de canguro, que sabe a pollo; de camello, que es negra y fibrosa; de avestruz dura y cocodrilo, que tiene gusto a pescado. No quise repetirme ninguna, prefiero el congrio frito de Algarrobo.

Regresamos por avión hasta Brisbane, otro balneario, más extenso aún, sobre una playa interminable. Desde ahí tomamos un bus hasta Sídney, desde donde viajamos rumbo a Bali. Bali es en realidad, una isla de Indonesia, no una ciudad como creía hasta escribir estas líneas. Después de dos horas aterrizamos en el aeropuerto de Ngurah y desde allí fuimos al hotel, cerca del balneario de Kuta. Ya antes de entrar fuimos asediados por un enjambre de vendedoras, todas de talla baja, que se hacían entender en español, ofreciendo todo tipo de prendas de vestir de vistosos colores para damas y varones. Si se les proponía una parte de lo que pedían contestaban “Quebrar” pero se llegaba a un precio parecido. Varias de nuestras señoras les compraron alguna de las prendas que vendían.

Al día siguiente nos bañamos secándonos a la sombra de las palmeras. Luego desayunamos cerca de la playa con los amigos del grupo. Visitamos un santuario cercano pasando nuevamente por el enjambre de vendedoras. Previamente el guía nos conminó a guardar los anteojos y toda cosa que brillara como aros, collares, pulseras, etc. El santuario estaba lleno de monos vivos que pesaban entre uno y cinco kilos y saltaban entre las barandas, las cornisas del templo y nosotros. Uno cayó sobre mí, pudimos olerlos y mi transpiración debe haber sido tan desagradable para el mono como fue la suya para mí, así que saltó rápidamente, dejándome libre. Tuve suerte. Otros del grupo debieron espantarlos en medio de los alaridos

de las damas que tuvieron la mala suerte de ser elegidas por algún macaco. El templo tenía escalinatas y más escalinatas, monos y más monos, y figuras de monos y mujeres adornaban el templo. No supe para honrar qué divinidad había sido construido.

En la noche, después de la comida, asistimos a una representación de baile típico de la isla. Mujeres vestidas con túnicas color café claro ondulaban lentamente sus brazos y manos desnudas en secuencia interminable, mientras se desplazaban sobre el piso brillante de la pista.

Recorrimos en bus la campiña cercana, pasando nuevamente por el enjambre de vendedoras que se mantienen de guardia en la puerta del hotel día y noche. Ya conocíamos a algunas por sus nombres. Saliendo por el camino asfaltado, hay una feria interminable de muebles, máscaras, cuadros, algunos bonitos, lámparas, esculturas en madera o en piedras diversas, chicas y grandes, toda suerte de artículos surtidos, algunos fabricados por los mismos vendedores o algún lugareño. Pero nada es “Made in China”. Aunque daban ganas de comprar algunas piezas, el sobrepeso y su costo nos frenaba. Parecía que todos en Bali eran artistas y vendedores.

El campo es de un verde intenso, profundo. Se cultiva hasta el último rincón plano. Más allá sigue el verde de los árboles hasta los volcanes de conos negros, y el azul del cielo con alguna nube blanca o gris oscura.

Al día siguiente fuimos a Yakarta, capital de Indonesia, en la isla de Java. Es una urbe populosa y apretujada, con más de diez millones de habitantes. Decidimos visitarla solo para conocer un nuevo modo de transporte que decían poseer. En realidad, era un juego en un parque de diversiones. Caímos víctimas de la propaganda, pero no nos arrepentimos. Fuimos al antiguo puerto de Sunda Kalapa para ver sus goletas de madera. Personas de piel morena, desnudas salvo un pantaloncito, descargaban

grandes fardos de verdura y embarcaban toneles, todo a pulso. No me pude resistir de comprar la réplica de un barco antiguo de tres mástiles con su velamen desplegado. Pese a nuestros esfuerzos, no llegó en buenas condiciones a casa. Aun lo conservo con intención de arreglarlo.

Era el 18 de septiembre de 1995 y fuimos a la embajada de Chile en Indonesia, en el otro extremo de la ciudad, a una hora en el bus. Entonamos nuestro himno nacional y disfrutamos de oír parlotear en chileno y de un excelente abundante coctel con empanadas y vino tinto. La ocasión es propicia para volver a agradecer al embajador Fernando Cousiño y a su señora por su hospitalidad y el grato momento de chilenidad que pasamos veintiséis años atrás.

A la fecha, año 2021, Yakarta se hunde diez centímetros por año debido a la extracción de agua de sus acuíferos, sumada a la subida de las mareas causada por el cambio climático, que provoca varias inundaciones al año, pese a los diques que se han construido. Por esto, han decidido cambiar la capital a una ciudad nueva en la cercana isla de Borneo, mucho más extensa que deslinda al norte con Malasia y Brunei.

Llegamos a Bangkok, en Tailandia, de mañana y fuimos a visitar el templo de Buda Esmeralda. Recorrimos el templo entre brillantes torres amarillas que rodean una mucho más alta, hasta llegar a la puerta donde se encuentra el Buda Esmeralda. Es una estatuilla de unos cincuenta centímetros de alto que, según el guía, no era de esmeralda. Sus pequeñas dimensiones resultaban decepcionantes en relación con la altura de la cúpula cónica que la alberga.

De regreso a la ciudad paseamos por uno de los mercados a la orilla del Chao Phraya, el río más importante del país, que divide su capital. Con Mimí nos adelantamos un poco al grupo y nos topamos con dos personas que mantenían, en sus hombros, una enorme serpiente viva, de unos veinte centímetros de diámetro, que



Viajes Grupo Alerce

intermitentemente asomaba su bífida lengua. Nos ofrecieron algo que no entendimos al principio: que Mimí también podía llevarla y, sin más, mi señora se vio con la serpiente en sus espaldas. Se mantuvo tranquila mientras todas las cámaras del grupo, que nos había alcanzado, la fotografiaban. Yo, más preocupado que ella, no atiné a tomar una fotografía. Nuestros amigos aun comentan el incidente.

Navegamos por el río Chao Phraya en largos y estrechos botes de madera con toldos, impulsados por motores fuera de borda. Aunque la travesía en un sentido se prolongó más de una hora, nunca llegamos a ver el extremo de Bangkok, cuyas casas, bares y tiendas, construidas por sus dueños, parecían interminables.

Saltamos rumbo a Kuala Lumpur, en Malasia, país que se extiende a lo largo de la península del mismo nombre por más de mil quinientos kilómetros de longitud. En el hotel tuvimos varias ocasiones de reunirnos con Carlos Hurtado, que andaba de gira por el sudeste asiático. Usualmente lo acompañaba un representante del gobierno malayo que hablaba español. En varias conversaciones informales, el representante malayo nos contó, entre muchas situaciones, dos que me parecen necesario traer a colación hoy, veintiséis años después. La primera es que su gobierno tenía becaba alrededor de doce mil jóvenes, graduados en Malasia, para que estudiaran fuera del país, principalmente en Estados Unidos. La segunda, que habían establecido un sistema para financiar la concesión de su carretera longitudinal basada en una tarifa por kilómetro, recorrido que pagaría el usuario, más una garantía de que si la recaudación anual era menor de cierta cantidad, Malasia abonaría una proporción del déficit. Pero si la ganancia resultaba mayor que cierta cantidad, el país recibiría una proporción de superávit. También nos contó que su gobierno estudiaba la factibilidad de promover alguna industria que tuviese un mercado mundial permanente y no

constituyese solo una moda. Entiendo que a la fecha Malasia es el principal fabricante mundial de acondicionadores de aire. Las dos primeras ideas me parecieron apropiadas para los asuntos que se debatían en Chile en la época y que siguen teniendo actualidad. La tercera es digna de considerarse.

Visitamos varias obras. Los obreros de la construcción me parecieron, entre los que habíamos visto, los más parecidos a los nuestros: calzaban ojotas, pañuelo anudado en la cabeza, trabajaban con palas y con carretillas manuales, etc. La única diferencia era que hablaban un idioma ininteligible para nosotros, el bahasa melayu. Estaban construyendo los cimientos de las Torres Petronas (Petróleo Nacional Ltda.), que son hoy un ícono de Kuala Lumpur, cuyo arquitecto era el argentino Cesar Pelli. Alguien nos señaló que tendrían cuatrocientos metros de altura y nosotros supusimos que se había equivocado o que estaba loco.

Recorrimos en bus los 350 kilómetros que nos separaban del puente de entrada a la isla de Singapur. En la aduana nos hicieron firmar un documento de acuerdo con el cual aceptábamos que la posesión de marihuana o de cualquier otro alucinógeno, era condenada con la pena de muerte. Debimos firmarlo a regañadientes

Nos encontramos en un sector de la ciudad de edificios de corte inglés. En las calles está prohibido fumar y mascar chicle, con multas de US\$ 50. Paseamos y disfrutamos el “tea time” un hotel inglés que parecía estar en Londres. Las damas y caballeros locales estaban elegantemente vestidos y nosotros lo mejor que podíamos.

Nuestra visita al puerto consistió, primero, en un gran salón en el piso veinte y tanto, donde pasaron una película sobre los puertos de Singapur previa a una breve explicación. Tal como se nos había explicado antes del viaje, la ciudad-isla tenía varios puertos separados, cada

uno con su especialidad, unos incluso en islas aledañas. Se nos explicó que podían descargar y cargar un barco con contenedores en ocho horas y otras particularidades del puerto que veríamos. Los puertos se manejaban en forma computacional y la recepción y despacho de los barcos se programaba también electrónicamente por computadores. La idea era que el barco estuviese el menor tiempo posible en el puerto, pues la tarifa por cada día en el puerto era muy alta, mientras que, si estaba navegando, sólo debía pagar el petróleo que consumía. Por los grandes ventanales vimos barcos atracados hasta perderse en la distancia.

Recorrimos el puerto en un bus. A nuestra derecha se veían grandes grupos de contenedores enfilados hacia el mar, de aproximadamente, cinco contenedores de alto por cuatro de profundidad. Cada uno era abastecido por una grúa situada en rieles paralelos al muelle. No vi a ninguna persona a pie y me pareció que las grúas eran dirigidas por computadores a distancia.

Paseando por la bahía desde el puerto de yates, nos mostraron, entre las nubes a la distancia, el puerto petrolero, más allá dijeron que estaba el de minerales.

El camino al aeropuerto hacia Tahití vía Sídney, era una anchísima avenida que, de acuerdo con el chofer se podía transformar en una pista de aterrizaje de emergencia, sacando los grandes maceteros con flores y árboles que separaban las pistas de los autos.

En Papeete, capital de Tahití, la mayor de las islas de la Polinesia francesa, tuve que poner en práctica mis pocos conocimientos del francés. Ello nos permitió usar la locomoción pública, unos buses con asientos laterales enfrentados, que se abordan por detrás y están premunidos sólo de un toldo, debido al calor. Paseamos, nos bañamos, hicimos snorkel para observar los pececillos de colores, —algunos nos picaban

tratando de defenderse— bailamos, descansamos de un largo, ajetreado pero maravilloso viaje.

De regreso a Santiago, hicimos escala en Rapa Nui por tres o cuatro horas. Nos recibieron con las típicas guirnaldas e hicimos una rápida visita a su capital, Hanga Roa, a la playa Anakena, de arenas blancas, sombreada por palmeras, y a los Moais, figuras humanas talladas en las canteras del volcán, que pesan sobre diez toneladas y fueron acarreados hasta dejarlos con la espalda hacia el mar, sobre un Ahu, que es una meseta donde se colocan varios moais.

En este viaje, que recuerdo con más alegría de la que pobremente expresan estas páginas, conocimos, en veintitrés días, lugares no habituales, de culturas muy diferentes, y habíamos gozado y profundizado amistades.

Después de consultarlo con Juan y a Aquiles, invité al grupo a mi casa para revelar a Paulina y Alfredo, quienes éramos los autores de la broma, y pedirles que nos perdonaran por las molestias que les habíamos causado. La amable pareja ya intuía a los bromistas y todo terminó en cariñosos abrazos y en amistades reforzadas que se prolongan hasta el día de hoy, pese a la pandemia.

Antes o después de este viaje, Aquiles nos invitó a su “parque” en Concepción. Estuvimos en un lugar maravilloso, ubicado en el cerro donde él trabaja su cantera. Se extiende, entre añosos árboles, alrededor de una gran laguna adornada con cisnes blancos de cuello negro. Rodeándola se llega a su pequeño pero surtido zoológico con pavos reales, aves multicolores y hasta un Pudú, el más pequeño de los ciervos de las américas. En medio del espléndido almuerzo, oímos acercarse una música lejana que venía del otro lado de la laguna. Era un escocés, vistosamente ataviado, que extraía dulces sonos de su gaita. Hasta los cisnes detuvieron su lento deslizar para oírlo mejor. Gracias, muchas gracias Jean, Aquiles y a todos.



Paseo al parque Lahuén Ñadi, región de Los Lagos.

30. PASEOS DEL GRUPO ALERCE

Entre los años 2007 y 2014 tuvimos el placer de participar, con Mimí, de los “Viajes Alerce”. Aquí presento solo algunos de los hechos que recuerdo y que para mí, son representativos de cada viaje. Nuestros paseos siempre se caracterizaron por su ánimo fraternal y alegre. Comenzaré por un almuerzo en Puerto Montt en el 2007. Llegamos un poco tarde al restorán, pero los Alerces nos hicieron espacio en la mesa del grupo. Sin embargo, otra

pareja del grupo, que no conocíamos, llegó más tarde y tuvo que acomodarse en otra mesa. Con Mimí nos trasladamos para que no estuvieran aislados. Resultó que el marido había nacido en esa ciudad, lo que motivó su tardanza en llegar. Era arquitecto como mi señora, y su nombre era, Norman Goijberg y su señora Cuco. Fue el comienzo de una amistad que perdura hasta el día de hoy y resultó en una importante colaboración profesional.



Paseo del Grupo Alerce al volcán Osorno.

Años después, también en el Hotel de la Caja en Punta Gruesa, rodeado de hermosos jardines colmados de flores multicolores que te reciben conduciéndote la piscina y te acompañan a sus cabañas, mi exalumno y amigo, Jaime Allende organizó un paseo a unos cultivos especiales en las cercanías. En el viaje no me pareció tan próximo. Al llegar aparecieron unos potreros que me parecieron irreales, algunos teñidos de rojo, otros azules, varios tapizados de blanco. Las máquinas fotográficas captaban el paisaje desde antes de bajáramos del mini bus. Aun no estaban en uso los teléfonos celulares. Se trataba de una producción de los bulbos para exportación de las flores que, sin querer, embellecían el paisaje.

Desde el mismo hotel, en otro viaje, escuché por radio, desde mi confortable cama, el dramático rescate final de los mineros de la mina San José que habían sobrevivido, sin contacto con el exterior. Encerrados durante diecisiete días con sus noches por un derrumbe en un “refugio minero”, tras las que se logró saber que “Estamos bien en el refugio los 33,” los mineros debieron continuar encerrados por otros largos treinta y tres días hasta que el primero fue sacado dentro de una capsula, llamada Fénix 2,

a lo largo de un tubo de escasos 70 centímetros de diámetro desde, setecientos metros bajo tierra donde habían sobrevivido por un total de cincuenta días. Eran las 00 horas con 05 minutos del miércoles 13 de octubre de 2010. No pude dormir esa noche, esperando que apareciera cada uno de los mineros, espaciados por una hora, que eran recibidos con abrazos y besos por sus esposas, hijos y algunos padres, con aplausos de los presentes, música y bailes. Antes del ascenso del primer minero, un intrépido y esforzado socorrista descendió voluntariamente en la cápsula para ayudar a los mineros en el refugio. Él, Manuel González, “Manolo” entre sus amigos, fue el último en salir a la superficie al día siguiente. Nunca más nadie osó visitar el “refugio minero.” Para mí, Manolo es uno más de los treinta y tres héroes de esta epopeya que se agrega a la nutrida saga de la minería en Chile.

Creo que debemos tratar de extraer lecciones de este acontecimiento. Entre ellas destaco el espíritu de solidaridad, enfrentando el peligro máximo, demostrada por los treinta tres mineros. Este fue decisivo para su sobrevivencia. Debe serlo también para la vida toda, encerrada



Almuerzo de fin de año del Grupo Alerce.

en el “Planeta Tierra”, especialmente ante la posibilidad del cambio climático provocado por el hombre, de la súper población global, de la digitalización de datos personales y de muchas otras calamidades mundiales inducidas por los seres humanos y que, por lo tanto, pueden ser evitadas en la medida que actúen en forma concertada, solidaria y en escala planetaria. Otra lección del accidente es el éxito de una acción en que participaron con un solo mismo objetivo y al unísono diversas entidades del Gobierno, varias empresas privadas, las fuerzas armadas, y toda la ciudadanía, no sólo los habitantes del “Campamento Esperanza”. Muchas otras lecciones subyacen al actuar de los mineros y de quienes participaron en la exitosa faena de la superficie. ¡¿Qué esperamos para concertar acciones mundiales para evitar que la humanidad desaparezca, víctima de las actividades de los propios seres humanos?¡ Invito a los lectores de este cuaderno a pensar en otras enseñanzas e interiorizarse de esta cuasi tragedia, que fue evitada gracias al esfuerzo de muchos y se convirtió en un ejemplo de perseverancia mundial, seguido en vivo por millones de personas en el mundo. Termino esta historia recordando la visión del ministro Laurence Golborne, mientras anunciaba por televisión que un nuevo derrumbe impediría el rescate. Se le quebró la voz, sollozó y se restregó los ojos. Tengo la certeza que él fue el alma del exitoso rescate.

En el paseo a Mendoza del Grupo Alerce, una ciudad que se caracteriza por sus grandes árboles, un tour en bus por la ciudad nos llevó al lugar donde fueron fusilados los hermanos Carrera. El lugar está al costado de la Plaza Pedro del Castillo, lugar de fundación de la ciudad en 1561, por orden del Gobernador de Chile. Ahí se encuentra, adosada a un muro que decía ser del antiguo Cabildo, en el lugar preciso una pequeña placa que dice:

*“En el muro de fusilamientos
del cabildo fueron ejecutados
los patriotas chilenos, generales
Luis y José Carreras el 8/4/1818
y José Miguel Carreras el 4/9/1821”*

La novelesca y azarosa historia de cada uno de los hermanos Carrera se pierde en la niebla de los años, pero debemos recordar que José Miguel Carrera fue el mandatario de Chile hasta el “Desastre de Rancagua” en octubre de 1814. Luego, en Estados Unidos, se hizo por cuenta propia de una flota o armada de seis o más navíos destinada a liberar a Chile. Esta fue expropiada en Buenos Aires por Pueyrredón quien se hizo cargo de las deudas del prócer.

Almorzamos opíparamente en una viña en los alrededores de la ciudad. Previamente habíamos probado varios tipos de vino de la cepa Malbec, el mosto estrella de la región.

Con poco entusiasmo de mi parte, concurrimos a ver el monumento a San Martín. Quedé francamente maravillado. Antes no apreciaba la trascendencia de la gesta que organizó y encabezó personalmente al cruzar la Cordillera de Los Andes, al mando de más de cinco mil soldados por seis rutas distintas entre el 19 de enero y el 8 de febrero de 1817. La batalla de Chacabuco fue el 12 de febrero. Nuestra caballería tuvo solo tres días para descansar. El monumento, ubicado en el Cerro de la Gloria, tiene en su cúspide la figura de José de San Martín montado y al galope, precedido por una figura de mujer alada que mantiene entre sus manos extendidas una cadena cortada. Lo interpreto como que San Martín es guiado por la LIBERTAD que ha roto la cadena de la ESCLAVITUD o de la IGNORANCIA. El conjunto presenta numerosos otros símbolos y

cuadros en bronce, todos alusivos a su heroica gesta.

Regresé contento de haber reconocido la importancia de José de San Martín en la historia de Chile y de América del Sur. Su gran sueño de una América Latina unida no se cumplió, pero logró la independencia de Argentina y Chile, y participó en la de Perú y Bolivia. Sur América continúa dividida en más de veinte países, pese a que hablamos el mismo idioma, salvo dos: Brasil, el más extenso, y Haití, el más pobre. En ese tiempo los próceres visionarios como San Martín y Bolívar sólo podían pensar en una unidad material, un solo gobierno central. Hoy ya no es necesaria gracias al desarrollo tecnológico: con el avión y especialmente la internet el mundo es una aldea, o tal vez un “conventillo”. Las buenas y las malas noticias nos afectan más rápido de lo que nos imaginamos. Podemos unirnos de diversas maneras, una, por ejemplo, es la mancomunidad de alimentos que implicaría el libre tránsito de estos por las fronteras y que necesitaría de una moneda común, ya sea el dólar u otra. Sólo necesitamos liberarnos de prejuicios y de suspicacias

En una suave colina, al sur de Puerto Natales en las Llanuras de Diana, nombre de la extensa zona que la circunda, se alza majestuoso el Hotel Llanuras de Diana, hoy de la Caja de Compensación Los Andes. Cuando se construyó fue un audaz emprendimiento ubicado en el medio de la nada pero cerca de Puerto Natales, antiguo lugar de embarque de los vellones de lana y de carne congelada para Inglaterra que era producida por la “Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego,” que llegó a poseer miles de hectáreas.

Paseamos en bus por los maravillosos paisajes del “Parque de la Torres del Paine”. Nos acompañaba un viento que en algunos momentos el chofer tuvo que detener el vehículo. Embarcamos para admirar de cerca un glaciar, bebimos whisky enfriado con hielo extraído de

un témpano que se había formado cien mil años atrás.

De regreso, el bus se detuvo de improviso. A la vera del camino estaba recostado un puma solitario, de un metro veinte de largo. El chofer hizo cerrar las ventanas y no permitió que nadie se bajara para fotografiarlo. El puma se sentó. Los pasajeros, todos amigos, se agolparon en las ventanas para fotografiarlo. Como estábamos al otro lado nos fue imposible hacerlo.

Al día siguiente visitamos Puerto Natales, y almorzamos locos en uno de sus numerosos restaurantes. En la tarde fuimos a la Cueva del Milodón. Ahora hay que pagar por entrar. Han facilitado el camino con una pasarela de madera y colocado una réplica de la figura del Milodón, de pie, del doble de mi altura. Cuando la visitamos por primera vez en 1969 no había nada de esto. Debo decir que su aspecto natural era más impresionante.

Desde allí nos trasladamos a visitar un antiguo frigorífico. Llegamos a la parte alta en que estaban las instalaciones donde se trasquilaban y faenaban las ovejas, para ya no existe nada de eso. Bajamos, por grupos, en un antiguo ascensor abierto en un plano inclinado que se usaba para bajar la carne que se trasladaría congelada a Inglaterra al frigorífico. Entramos al que desde 1996 es el Monumento Nacional Frigorífico Bories, amplias salas que se destinaban a distintos usos. No encontré nada que llamara mi atención hasta que, al pasar una puerta, nos encontramos con unas pasarelas con barandas de bronce, que nos llevaban por las antiguas instalaciones de calderas, de fuerza motriz, y de refrigeración de este monumento al espíritu pionero en el fin del mundo. Vimos máquinas limpias y brillantes, que parecían lista a para funcionar. Sin embargo, tenían el sello de lo antiguo. Lo moderno pareciera tener menos ángulos, parece más redondeado, más dinámico. Terminada la pasarela entramos a uno de los amplios y bien alhajados vestíbulos del The Singular Hotel un lugar de lujo en la región y

en cualquier parte del mundo, de cinco estrellas. Fue construido dentro del frigorífico, usando sus antiguas dependencias. Es una antesala acorde para la visita al espectacular Parque de las “Torres del Paine.” Me parece que para los antiguos ingenieros del grupo ver las máquinas antiguas listas para funcionar, fue una experiencia extraordinaria, una visita al pasado de nuestros padres.

En alguna de las varias visitas a La Serena tuvimos la oportunidad de subir a la “Cruz del Milenio”, cuando estaba todavía en construcción. Era un día despejado, raro en la zona, por lo cual pudimos admirar el paisaje espléndido y maravilloso. Al norte, La Serena con las múltiples torres de sus Iglesias, el río Elqui y más allá un suburbio de ciudad en el cual termina el valle marcado por el verdor de sus cultivos. Al sur, la bahía La Herradura convertida en playa de veraneo y más allá nos pareció divisar la Carretera a Santiago. Al oriente los imponentes primeros contrafuertes de la Cordillera de Los Andes. En esta parte de Chile no existe el Valle Central, es reemplazado por los Valles Transversales.

En el paseo que hicimos a La Serena, nos hospedamos en el magnífico Hotel de la Caja de Compensación Los Andes, que cuenta con dos piscinas, una de ellas temperada, salas de reuniones, amplios comedores y confortables piezas con baños individuales.

En nuestros paseos por la ciudad visitamos el mercado, La casa-museo donde vivió el presidente Gabriel González Videla, la plaza, con sus grandes árboles chirimoyos. Por la tarde, acompañados por el presidente de la Delegación de la CChC, fuimos a un colegio de niñas para entregar un obsequio en nombre de la Cámara.

El día siguiente viajamos a Vicuña. De paso, admiramos la represa de Puclaro y el precioso lago que el día de hoy se ha convertido un centro turístico internacional de deportes

acuáticos: kitesurf y windsurf principalmente. Bajo el muro de la represa se encuentra la Central Hidroeléctrica Puclaro que convierte la energía de los más de cuarenta metros de altura del agua represada en electricidad suficiente para doce mil viviendas. Es una central de paso, limpia sin huella de carbón, que usa, al pasar, la presión del agua destinada al riego sin alterar ni su cantidad ni su calidad. Chile debe usar todo su enorme potencial hidroeléctrico para el bienestar de su gente. Las líneas eléctricas de alto voltaje que cruzan campos bien cultivados se ensamblan para constituirse en muestras visibles de desarrollo económico y social democrático.

Vicuña, que está a veinte kilómetros de Puclaro, subiendo por el valle del río Elqui, es una ciudad pintoresca. Alberga el Museo de Gabriela Mistral y varias destilerías de Pisco, entre las que visitamos la del Pisco Capel.

Fuimos a Monte Grande, en la comuna de Paihuano, para conocer la tumba de Gabriela. Para ello, es necesario recorrer un camino áspero y estrecho, encajonado entre altos cerros. En tiempos de su niñez, Gabriela debía trasladarse a caballo o, más probablemente, a lomo de mula. Vivió en una casa de tres piezas chicas y oscuras. La escuela en que estudió sus primeras letras y donde después hizo clases, se mantenía en su emplazamiento original, hundida en una quebrada. Imaginé a los escasos alumnos de la profesora Godoy, descalzos la mayoría, todos yertos de frío repitiendo: “O, Oj, Ojo” una y otra vez o murmurando, “Tres por tres... nueve”. Mimí a mi lado, musitó: “¿Cómo pudo inspirarse, escribir tan bello, criándose en un lugar tan osco, tan apartado del mundo...?” Subí las escalinatas para llegar al mausoleo de nuestra insigne escritora. Lo adornan una placa conmemorativa y un busto de ella. También un ramo de flores, de algún peregrino anterior a nosotros, ajadas por el tiempo.

Visitamos la iglesia frente a la plaza alemana a la escuela y posamos para la fotografía

del grupo frente a la casa, que dijeron, era de don Raúl Varela, que siempre recordaba con cariño su vida en Monte Grande

Regresamos, en un principio abrumados por las emociones que habíamos experimentado o simplemente cansados. Pero a medida que nos acercábamos a La Serena, algunos hablaban del bañarse en la piscina temperada, otros descansar con una cerveza o gozaban, con anticipación, de la usualmente regia comida del Hotel de la Caja.

A propósito de las bondades del hotel de la Caja en La Serena es pertinente relatarles que cuando un amigo nuestro decidió trasladarse, junto a su familia a Estados Unidos, tres matrimonios que habíamos sido y éramos muy amigos de ellos, decidimos agasajarlos con un viaje a La Serena y sus alrededores. El grupo estaba compuesto por el Dr. David Brailowsky y su Sra. Renata, mi compadre, el Dr. Mordo Alvo G. y la Sra. Dra. Nelly Abodosky, mi cuñado Dr. Benjamín Rosemblut G. y su señora, la profesora de artes Gaby Ratinoff B. y Mimi, mi señora, la arquitecta, Myriam Ratinoff B. Todos han fallecidos a la fecha y escribo estas palabras en su homenaje.

Planifiqué el viaje en un mini bus arrendado con chofer. Pretendíamos que hacer un tour descansado. Además de paseos por La Serena, solo visitaríamos Vicuña y, eventualmente, el observatorio astronómico La Silla. La idea era alojarse en el hotel de la Caja, pero durante el viaje, entre los ruidos del motor, me pareció oír "... pero nos podemos cambiar..." Evidentemente se referían al hotel. Pensé: "la sorpresa que les espera cuando lo vean". El grupo estaba compuesto por cuatro médicos acostumbrados a las malas instalaciones que, en general, tienen los servicios públicos y se imaginaban que un hotel de la Caja de CChC no podía ser mejor. Cuando finalmente llegaron al hotel donde nos alojaríamos vieron su alto estándar y reconocieron que habían dudado de nuestra elección.

Paseamos por La Serena y visitamos su típico mercado, su Jardín Japonés y otros de sus lugares típicos. Por último, viajamos al Observatorio. El camino es el preámbulo del desierto de Atacama, un espectáculo de cerros multicolores y, en el fondo del valle, aparecen algunos manchones verdes con una casa solitaria adornada por una tenue humareda

En el Observatorio fuimos recibidos en forma muy amable como si nos conociéramos toda la vida. Nos dieron una conferencia en inglés y pasaron una película de una observación de una noche dirigida desde... Alemania. Regresamos fascinados. Después de un gran Pisco Sour, el tour terminó en Concón, donde nos recibió "Don Chicho" con un congrio con papas, ambos fritos crocantes, ensalada chilena y papayas con helados como postre.

En el trayecto al norte desde Antofagasta al Hotel Hornitos de la Caja, por la Panamericana, llamó mi atención que los postes de los cruces del camino tenían luminarias alimentadas por paneles solares que, durante el día cargaban su batería para entregar energía por la noche. En su momento, esto representaba un avance para la seguridad del tránsito nocturno. Era la primera vez que lo veía.

El Hotel Hornitos está diseñado en un estilo moderno: amplios espacios de recepción y salas de estar con adornos originales. En un ala hay piezas confortables que miran a la piscina, en la otra está el amplio comedor. Se encuentra cerca de una extendida sucesión de casas, de tres o más kilómetros de largo, todas casi en la arena de la playa, algunas buenas, otras mejores. Están a lo largo de una calle principal que sigue las curvas de la playa, y me parece que todas tienen vista al mar. Hornitos es uno de los balnearios de Antofagasta, el que le dio su nombre al Hotel donde nos hospedamos.

Despedida

Deseo agradecer a Javiera Müller, Susana Gazmuri, Hugo Bascou, Alfredo Berhrmann S. y a Norman Goijberg por su apoyo, comentarios, correcciones y paciencia con mis memorias que termináis de leer.

Quiero explicar que todo lo escrito está basado totalmente en mi ya envejecida memoria, salvo parte de lo relatado sobre el 45° Consejo de Concepción en 1969, la Reforma de la Empresa y lo relativo a la Infraestructura de Chile, sobre los cuales me hicieron llegar o encontré entre mis papeles algunos apuntes relacionados.

Debido a lo anterior solicito disculpas si los nombres, las fechas, los hechos u otros detalles no se ajustan a la realidad tal cual sucedió. A lo anterior debo añadir que he experimentado un fenómeno que procuro describir: al empezar a escribir muchos de los cuadernillos que han tenido la paciencia de leer, tenía en mente relatar sólo dos o tres cosas referentes al tema, pero de pronto, mientras los tipiaba, surgían en mis recuerdos otras materias relacionadas, las cuales nunca había rememorado. Pareciera deberse a una extraña asociación de temas entre lo consiente y lo inconsciente que, repito, nunca había experimentado.

Si en algo he distorsionado involuntariamente la realidad o cualquier cosa, valga la frase del poeta portugués Luis de Camöens, al pie de su estatua de bronce en Lisboa, en la que con un manto translucido se pretende cubrir una figura de mujer evidentemente desnuda, dice: “Sobre la cruda realidad de la verdad, el manto diáfano de la fantasía”.



cchc
CAMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCION